

ESTA VIDA MÍA
Recuerdos y poemas

Esperanza Hidalgo

ESTA VIDA MÍA

Recuerdos y poemas

Esperanza Hidalgo

Con la colaboración de Luis Mínguez Santos



Madrid 2016

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio ya sea digital, fotocopia o cualquier otro medio de reproducción o difusión sin la autorización por escrito del autor.

Ediciones **EL LIBRO DE SU VIDA**

Responsable editorial: Luis Mínguez Santos

Calle Islas Cíes, 47, 5º L Madrid

Tel. 91 738 91 33

www.librodesuvida.com

Diseño de cubierta: **EL LIBRO DE SU VIDA**

Producción editorial: **EL LIBRO DE SU VIDA**

Impreso en España

2016. Madrid (España)

*A mis hijos y a mis nietos,
y a todas aquellas personas, presentes y ausentes, para las que yo
haya significado algo.*

UNA HUÉRFANA DE GUERRA

Entre 1936 y 1939 se desarrolló en España una terrible guerra civil. Muchos niños perdieron a sus padres en los combates. Algunos de ellos, como me ocurrió a mí, no llegamos siquiera a conocerles.

Vine al mundo como fruto del amor del matrimonio que habían formado mi madre, Petra Cano Cuenca, y mi padre, Ángel Hidalgo Medina, los dos nacidos y criados en un pueblo de Cuenca, Naharros, hoy poco más que una aldea pero entonces razonablemente poblado.

Mi progenitor había nacido el 1 de marzo de 1911 y era el más pequeño y el único varón de cuatro hermanos en la familia formada por sus padres, Guillermo y Bernarda. Las hermanas mayores, Marca y Gabriela, se casaron a su debido tiempo y mi padre compartió buena parte de su infancia con la tercera hermana, Angustias, que padecía una minusvalía bastante severa, aunque se valía lo suficiente para cocinar y arreglar la casa. Labrando las tierras de la familia, mi padre supo tirar para adelante y hasta llegó a tener un par de mulas y un potrillo, que ahora parecerá poca cosa pero entonces, y en un pueblo como el nuestro, no dejaba de ser un patrimonio a tener en cuenta. Aunque habría tenido la instrucción más básica, me consta que al menos sabía leer y escribir.

Dentro de la humildad, creo que con su trabajo y las tierras que había heredado tenía el futuro bastante despe-

jado cuando entró en relaciones con mi madre, que era dos años más joven que él. Me han contado familiares que mi padre tenía fama de gustar bastante a las mujeres; que estaba bastante solicitado, por así decirlo. Mi abuelo materno llegó a contarme que, cuando supo que su hija se estaba viendo con aquel joven, habló con él y le pidió que, si no iba en serio con ella, por favor la dejara en paz. Y mi padre al parecer respondió: « Me adjudican muchas novias, don Tomás, pero yo le aseguro que si Petra quiere, será mi mujer».

Mi padre no había tenido que cumplir el servicio militar por tener a su cargo a la hermana impedida, pero cuando en 1936 comenzó nuestra infausta Guerra Civil, ya nada le iba a librar de incorporarse a filas con su quinta. Tenía por entonces 25 años y le propuso a mi madre casarse antes de que esto ocurriera. Ella aceptó de inmediato. Muchos amigos y familiares no lo aprobaban, siendo el futuro tan incierto para todos los que tendrían que ir a luchar, pero él quería que, si acaso le aguardaba el peor de los desenlaces, hubiera podido disfrutar antes del amor y de la convivencia con la persona de la que estaba enamorado. Pasados tantos años, y sin haberle llegado a conocer, entiendo perfectamente que actuara así.

Contraieron matrimonio exactamente el 2 de diciembre de 1936, tras dos años de noviazgo y seis meses después del comienzo de la guerra. Según me han contado vecinos de nuestro pueblo, el mismo día de su boda se podía escuchar el estruendo de los bombardeos en poblaciones vecinas. No era una zona de guerra pero esta se dejaba sentir de una u otra manera en todos los pueblos de España. Todas las familias que tenían un hombre, o varios, en el frente, vivían lógicamente angustiadas por la suerte que pudieran correr estos.

Comenzaron su convivencia junto a la referida tía Angustias, con quien mi madre seguiría compartiendo la casa al ser finalmente alistado en el ejército mi padre. Con la poca ayuda que aquella podía prestar, mi madre cuidó de los animales y atendió los terrenos de cultivo, aunque para esto último fue fundamental el auxilio que tuvo de sus seis hermanos: Ascensión, Felicidad, Fidel, Isidro, Esperanza y Paco, aunque entonces los más pequeños no eran más que unos niños. Entre todos pudieron hacer la cosecha, que aseguraba el pan y que las tierras no quedaran yermas y se estropearan.

Pasaron los meses, volaron las cartas entre los recién casados, y en una de ellas mi padre daba cuenta de que a su batallón lo iban a destinar a Tarragona, pero que antes de ello pasarían por Cuenca capital y permanecerían allí dos días, por lo que proponía a su esposa que viajase hasta allí para poder verse y darse al menos el abrazo y los besos que tanto anhelarían. Así lo hizo mi madre, junto a algunos vecinos de nuestro pueblo que tenían parientes en el mismo destacamento.

Según las cuentas de mi abuela —porque mi madre nunca quiso darme detalles al respecto— durante ese breve encuentro fui concebida yo. En una corta cita en medio de un conflicto bélico. Se entenderá el odio que me provoca cualquier guerra. No las soporto ni en las películas.

Se separaron de nuevo, las semanas y los meses se fueron sucediendo, llegaron más y más cartas, siempre con la alegría de constatar que mi padre seguía vivo... hasta que una de ellas resultó muy distinta. Ya no llevaba su nombre en el remite, sino el del ejército.

Comunicaban en la misma que el soldado Ángel Hidalgo había fallecido en combate el 17 de abril de 1938.

A mi madre le quedaba entonces ya menos de un mes para llevar a término su embarazo. Puedo imaginarme bien el golpe tan duro que sería la muerte de un marido del que apenas había tenido tiempo de disfrutar para la joven esposa que solo unos días antes acababa de cumplir los veinticinco años, y que sin duda sentía la enorme ilusión de ver cumplido el sueño de cualquier mujer: el de ser madre por vez primera.

Tengo que decir que el cadáver de mi padre nunca se recuperó. Jamás tuvimos un lugar donde ir a rezarle. Su muerte está corroborada por un compañero pero no sabemos dónde está su tumba. Ni siquiera sé si luchó con la República (que es lo más probable) o con el ejército de Franco, aunque ello me importe poco. Mi madre nunca me habló de estas circunstancias, seguramente porque le dolía demasiado. A mis seis años o así me concedieron una especie de pensión —de una peseta diaria— como huérfana de guerra, pero no puedo saber si ello significa que fui hija de un combatiente del bando vencedor, o si se concedían también y sin distinción a los descendientes de los vencidos.

Como ya estaba ocurriendo desde que mi padre marchara al frente, tras su fallecimiento mi familia materna vino al rescate. Mi abuela —que adelanto ya que ha sido la mujer más importante de mi vida— tomó enseguida la disposición de que mi madre regresara al hogar común junto a sus seis hermanos, todos por cierto más pequeños que ella. Unos y otros la cuidarían y sacarían adelante a la pobre huerfanita que esperaba el momento de salir al mundo. La tía Angustias se mudó también un tiempo, hasta que resultó imposible seguir conviviendo todos juntos. Ni siquiera había cama para ella. Angustias volvió

pues a la casa donde había vivido con mi padre, donde sobrevivió como pudo, ayudada siempre por los nuestros pero en condiciones materiales muy difíciles. Yo la seguí tratando siempre. Me quería tremendamente y muchas veces la escuché lamentarse de lo distinta que hubiera sido su vida de no haber muerto mi padre. Tenía dos hermanas, como ha quedado dicho, que a diario la llevaban la comida, pero creo que pudieron hacer más por ella. Pero no voy a entrar en más detalles.

Nací, en la casa de mis abuelos, el 7 de mayo de aquel 1938 en que aún no se veía cuándo ni cómo terminaría nuestra guerra. Sé, por lo que me han contado, que para mi madre no fue precisamente un día feliz. Pesó más en su ánimo la inmensa tristeza por la ausencia del marido al que ni siquiera había podido enterrar, y el sentimiento de que nunca me conocería y yo sería para siempre una niña privada del cariño, el apoyo y los cuidados de un padre.

Un padre al que nunca conocí pero cuya memoria me ha acompañado siempre. En las páginas que siguen encontraréis varias poesías con las que, de vez en cuando y seguramente más con voluntad que con auténtico mérito, intento plasmar mis sentimientos. La primera que os ofrezco es la que he dedicado a mi padre:

*¡Padre! Palabra la que nunca pronuncié
el destino y circunstancias de la vida
me robaron sin tener ningún por qué*

*Es una espina que te clavan en la vida
cuando el padre te falta ya al nacer.
Ya no están esas manos de hombre fuerte
que anhelamos que nos puedan proteger*

*En mi vida siempre te tuve presente
a pesar que nunca te pude ver.
Soñaba siendo niña que venías
pero nunca de ese sueño desperté*

*Muchos años han pasado desde entonces
mi vida está vacía y yo cansada
pero tengo tanto amor para ti guardado
el que nunca pude darte con palabras*

*Nunca tuve un lugar donde rezarte
pero sé que mis rezos te llegaban,
era tanto el fervor que yo ponía
que muy cerca de mí te imaginaba*

*Tu nombre desde niña yo pensaba
que algún día en tus raíces estaría
y por ello cuando Dios me dio mi hijo
no dudé que tu nombre llevaría*

*Ángel fue el nombre que te pusieron
era el único que tu vida merecía
eras bueno, como a mí me dicen todos
por eso, padre, como ángel tu me guías*

*Este poema te dedico con amor
el que una hija da a su padre.
Grabo en tinta lo que no pude decirte
pues no tuve yo la dicha de abrazarte*

La pérdida de un padre es una desgracia que no tiene remedio y que ha pesado siempre en mi vida, pero debo

decir ya que con mi familia materna nunca llegaría a faltarme el amor y el calor humano. Desde mi llegada al mundo me convertí en algo así como el octavo hijo de mis abuelos junto a mi madre y sus seis hermanos y hermanas. Estos últimos serían siempre más unos hermanos que unos tíos, y mis abuelos, María y Tomás, jugaron para mí el papel de unos padres. Aunque obviamente yo tenía madre y la trataba como tal (compartíamos además habitación, aunque junto a mi tía Esperanza), lo cierto es que cuando necesitaba algo a quien recurría era a mi abuela María. Puedo decir con el corazón lleno de agradecimiento que con los mimos y el cariño de todos fui creciendo sin sentir la ausencia del padre.

Mi tía Ascensión, la mayor después de mi madre, era una buena costurera y como tal se encargaba primordialmente de mi ropita. Por edad fue la primera en echarse novio, y yo muchas veces la acompañaba en sus paseos con su pretendiente o asistía a sus diálogos a la puerta de nuestra casa. La quería mucho, y cuando tuvo que preparar la casa en la que se iría a vivir de casada, a mí me encantaba acompañarla y repasar su ajuar. Mi complicidad con ella creció aún más cuando tuvo su primera hija, Iluminada, una niña muy chiquitita que yo consideré algo propio y a la que me tocó cuidar a menudo y con mucho gusto en sus primeros años. Por una enfermedad contagiosa que contraería el padre, Iluminada estuvo durmiendo conmigo y con mi madre durante unos meses. Hoy, tantas décadas después, nos seguimos tratando y queriendo.

Mi tía Felicidad se casó poco después. Era mi madrina y eso establecía entre nosotras un vínculo de cariño especial.

Mi tío Isidro destacaba por lo mañoso que era, y por lo fuerte y trabajador. Lo que se proponía lo acababa consi-

guiendo, como cuando acometió un pozo para el riego. Llegaría a ser el alcalde del pueblo. Era una persona muy valiosa que hubiera hecho feliz a cualquier mujer, pero su única novia fallecería muy joven y ya no hubo otro amor para él.

A mi tía Esperanza, que me llevaba nueve años, la traté hasta que ella cumplió los catorce, cuando se fue a servir con un matrimonio de Cuenca establecido en Madrid que la trató siempre como a una hija más que como a una empleada. Aparecerán más adelante en estas páginas más de una vez, junto a mi propia tía, de la que se comprobará lo importante que llegaría a ser para mí.

Con mi tío Pablo, el más pequeño de la familia, solo seis años mayor que yo, se entenderá que fue con quien más jugué y más aventuras infantiles compartí. Era para mí el más hermano de todos, para lo bueno y para lo malo: nos peleábamos como tales, pero nos queríamos en la misma medida. Íbamos juntos a coger los almendricos y las aceitunas, acarreábamos juntos en la siega, y tantas y tantas cosas más.

Dejo para el final, aunque fuera el cuarto por edad, a mi tío Fidel, por una razón muy especial, y es que según fui teniendo uso de razón, y a pesar de que él era todavía muy joven, empecé a considerarle como mi padre de hecho, tanta era la atención y el amor que siempre me dispensaba. Aunque lo natural hubiera sido atribuirle esta condición a mi abuelo Tomás, que era el patriarca de la casa, nunca lo hice así por la sencilla razón de que me parecía demasiado mayor. Estaba muy achacoso, ya no trabajaba, y tenía problemas de movilidad que le impedían ayudar en las faenas del campo. Le recuerdo sentado siempre en un sillón, con su garrota. Era un hombre muy bueno y cariñoso, pero quien llevaba el timón de la casa y tomaba las decisiones era indiscutiblemente mi abuela.

Cuando mi tío Fidel regresaba de trabajar las tierras yo corría a sus brazos y él siempre me traía algo que llevarme a la boca, muchas veces reservándolo de su propia merienda. Eran tiempos de hambre en casi toda España, y mis amigas me tenían envidia por tener un «padre» así de atento y generoso. Enseguida me daría cuenta de que si sus progenitores no tenían con ellas este detalle no era por egoísmo o por falta de sentido paternal, sino porque seguramente lo que las esposas les habían metido en el talego para alimentarse durante la jornada de trabajo apenas daba para una única y pobre ración. Así había quedado España tras la devastación de la guerra. En los pueblos como el nuestro muchas familias pasaban hambre, aunque se comentaba que en las ciudades estaban aún peor.

Honestamente, en casa de los abuelos no faltó nunca el alimento. Además de cuatro mulas para las labores agrícolas teníamos cerdos, ovejas, algunas gallinas y la suficiente extensión de tierras (propias unas, arrendadas las otras) que no solo mantenían ocupados a todos, sino que en los meses de mayor labor había que contratar a un buen número de jornaleros. Mis tíos varones no habían tenido que ir a la guerra por su corta edad de entonces, pero sí habían trabajado los campos desde muy pequeños, asegurando que no se echaran a perder y que el patrimonio de la familia se conservara durante el conflicto. La casa en que vivíamos no era muy grande, pero en general andábamos bien en lo material. Nunca nos faltó de nada.

Yo iba creciendo feliz porque en mi mente no existía la palabra huérfana. Consideraba como padre a mi tío Fidel, y además era un «padre» con un físico digno de admiración: alto, esbelto y guapo, con un precioso pelo negro y rizado. Adelanto ya aquí que le he querido toda

mi vida como a un padre auténtico, un amor que en otro sentido he prolongado luego hacia sus hijos.

Pero esta ensoñación de padre a veces confrontaba con la dura realidad. Teniendo seis o siete años, en una discusión de niñas, una de estas quiso hacerme de rabiar recordándome que ella tenía padre y yo no. Me marché a casa llorando, muy triste, y le conté a mi abuela lo que aquella niña cruel me había dicho. Como tantas veces lo hacía, la abuela me sentó en su regazo, y nunca olvidaré la manera en que me consoló, con la promesa de que mientras ella y mis tíos vivieran, tal vez no podría yo llamar padre a nadie, pero nunca tendría que echar de menos todo lo que este título representa. Sus palabras lograron tranquilizarme entonces, como lo conseguían en cualquier otra situación, y en adelante seguí viviendo tan feliz y despreocupada en aquella familia tan maravillosa que Dios me había dado.

De mi abuela podría hablar durante horas. La admiré enormemente. Mujer fuerte que siempre encontraba soluciones para todo, que sabía tratar a cualquier persona y proporcionaba los mejores consejos cuando acudía a ella. De adulta le dediqué este poema que condensa solo algunos de los sentimientos que guardo sobre ella. Lo he titulado como no podía ser de otra forma: *A la abuela más buena del mundo.*

*Era alta, muy delgada pero esbelta
fuerte y lista como a nadie conocí.
la vida le fue ingrata y muy difícil
desde niña trabajó para subsistir*

*Luchadora debió ser desde la cuna
pues sus padres fallecieron siendo niña.*

*Quedó a cargo de dos hermanos
a los cuales adoró toda su vida*

*Ya de adulta se casó, tuvo siete hijos
a los siete de sus senos amamantó
todos somos fuertes y educados
de lo cual ella mismo se encargó*

*No sabía de letras ni de números
pero jamás dejó que la engañaran.
Me contaba, cuando estaba en su regazo
las mañas que para ello utilizaba*

*¡Cuánto amor recibí entre sus brazos!
sus caricias y palabras me dormían
pues a pesar de criar sus siete hijos
mi nacimiento fue motivo de alegría*

*Bautizada con el nombre de María
ya su nombre expresaba su bondad
amable, cariñosa y muy discreta
sus consejos debo siempre recordar*

*Desde el alma le dedico estos renglones
en mi vida la tengo siempre presente
como madre y como abuela lo fue todo
por lo cual la querré hasta la muerte*

Empecé a ir al colegio muy pequeña, al principio solo «de oyente», por así decirlo, y ello porque simplemente acompañaba a mi tía Esperanza cuando esta todavía estaba en edad escolar. Supongo que era la manera de que los mayores no tuvieran que estar todo el día pendientes de mí. Ya

como alumna matriculada tuve primero de maestra a una buena mujer, doña Martina, aunque la que más me enseñó e influenció fue doña Delfina. No sé si por mi forma de ser o porque me tenía pena por ser huérfana, demostró quererme mucho. Me enseñó gran parte de lo que sé y con ella, con su ánimo y su estímulo, pronto descubrí que no se me daban mal los estudios, que no era nada mala para las cuentas y que tenía cierta capacidad de palabra, dentro de mis limitaciones (porque nunca me he considerado una persona inteligente). Representamos varias obras de teatro en clase, y a mí me solían dar los papeles protagonistas (como la pastora Bernardita de la aparición de la Virgen de Lourdes) que por cierto requerían aprenderse unos guiones a veces extensos. Recuerdo también que me eligieron para recitar unos versos cuando nos visitó el obispo, por cuya lectura luego me felicitaron. Esta profesora, Delfina, nos enseñó a retener, a estudiar y, lo que quizás sea lo más importante, a ser buenas personas.

La verdad es que era feliz yendo al colegio, aunque en los meses duros hiciera mucho frío y los niños tuviéramos que llevar un hatillo de leña para aportar a la estufa (cada uno lo que buenamente pudiera, pues la leña no era un bien que abundara en muchas casas). Era dichosa no solo porque me demostraba a mí misma que mi mente funcionaba bien sino porque todo lo que aprendía me interesaba (me ha vuelto a pasar con las clases para adultos a las que ahora llevo dos años asistiendo). También y simplemente porque allí estaba rodeada de niños, cuando en mi casa eran todos adultos. En los recreos disfrutaba un montón.

Nuestra escuela era como la de cualquier pueblo de la época: los niños y las niñas separados, por supuesto, y en cada clase todos juntos sin diferencia de edades, los más pequeños y los que pronto abandonarían los estudios.

Desde los de seis hasta los de doce o trece años, sin que se pasara de curso y sin que se pudieran notas. Se comprenderá que con este sistema la instrucción era muy básica y poco especializada para que de esta manera fuera comprensible para unos y otros. Los más mayores ayudaban a los benjamines, sobre todo con las primeras letras, para complementar al profesor. Era además una educación muy memorística: teníamos que aprender prácticamente al pie de la letra lo que contaban los libros de texto, y con esto ya valía. No había mucho más. Se insistía bastante con la geografía (los ríos, las cordilleras, las provincias), con las labores de costura y por supuesto con el catecismo, que también había que aprenderse de memoria, aunque tengo que decir que a pesar de los tiempos que corrían, de exaltación de la iglesia, de Franco y de la patria, nuestra maestra nunca nos insistió con beaterías ni con políticas. No debía ser muy del Régimen y en este capítulo se limitaba a impartirnos lo que le obligaban. Ya debía tener bastante con enseñar lo básico a tantas niñas, que seríamos unas treinta en total.

Eso sí: disciplina, toda. A la que te descuidabas te daban con la regla o una vara en la punta de los dedos o te estiraban de las orejas. Aunque yo solía estar a recaudo de estas cosas porque realmente era una niña buena y obediente. La única vez que me pegaron fue en un castigo a toda la clase por el presunto robo de la pluma a una compañera del que nadie reconocía la culpabilidad. No era extraño que así fuera: al final resultó que el hurto no era tal. A la denunciante se le había caído la pluma al suelo y estaba bajo el pupitre. El castigo colectivo me pareció tan injusto que nunca lo he olvidado.

Tengo que contar otro aspecto del colegio: entonces no se le daba tanta importancia como ahora a la enseñanza,

porque por encima de ella estaba el sustento y la economía de las familias. Los niños empezaban a ayudar en el campo desde muy pequeños, y cuando llegaba el verano, con la siega, la siembra o las otras tareas estacionales, directamente faltaban a las clases. Además había muchísimas familias numerosas, y las hijas mayores enseguida debían echar una mano a las madres con el cuidado de los pequeños. Era el caso de mi mejor amiga de entonces, Magdalena, la mayor de ocho hermanos. Le entusiasmaba estudiar, pero por atender a estos casi nunca iba al colegio. Luego me preguntaba con mucho interés qué nos habían enseñado ese día.

Quise a esta amiga con pasión, y nos hicimos las mejores confidentes una de la otra. ¡Cuántos recuerdos juntas! Como cuando íbamos las dos solas a llenar de agua los cántaros en una fuente y teníamos que ayudarnos una a la otra para subirlos luego y con mucho esfuerzo a las mulas. En vez de sufrirlo como un trabajo duro estábamos dichosas de disponer juntas de ese tiempo en que nadie nos controlaba.

Magdalena vivía al lado de mi casa, pero todas las tareas domésticas que debía realizar la impedían salir a jugar. Era yo la que me pasaba por su vivienda, llevándole casi siempre el trozo de chocolate que me habían dado para merendar. Otras veces hurtaba una naranja de casa para regalársela. Para ella eran unas satisfacciones muy grandes. Su familia era más modesta que la mía, pero sobre todo miraban mucho el dinero. Con tantos hijos detrás, solo pensaban en ahorrar y adquirir nuevas tierras. Cuando venían por el pueblo los titiriteros, a ella no le daban el dinero para asistir a su función. Yo sí lo tenía, pero prefería quedarme con ella escuchándoles a escondidas desde fuera.

Ya siendo una mocita, Magdalena se fue a servir a Madrid. Se casaría y tendría hijos allí. Volveríamos a tratar-

nos muchos años después, hasta su trágica desaparición. Lo contaré más adelante, cuando el relato alcance esos tiempos.

No tuve muchas más amigas que merezca la pena rescatar fuera del ámbito escolar, aunque sí mencionaré a Amelia, que era dos años mayor que yo, y a Severina, aunque a esta le pasaba lo que a Magdalena: tenía siete hermanos, tres de ellos menores que ella, y no le sobraba tiempo para juegos. Con ella mantengo relación a día de hoy, aunque vive en Barcelona.

¿Nuestros juegos? Pues la comba, los pitos, las tres en raya, el escondite... pequeñas distracciones que hoy casi han desaparecido en este mundo donde para los más pequeños todo parece pasar por los teléfonos móviles, las *tabletas* y demás trastos tecnológicos. Juguetes apenas tuve pero tampoco los eché de menos, porque es que en el pueblo prácticamente los desconocíamos. Estábamos muy aislados del mundo, ni siquiera recuerdo escuchar una radio en mis primeros años. Y pienso que esta ignorancia de lo que podían poseer otros niños hacía que viviéramos tan felices, sin nada que envidiar o echar de menos. Llegaban los Reyes y simplemente recibías unas castañas, un dulce o algo de dinero. Y eso que mi familia, como queda dicho, no era de las pobres. A mis compañeras del colegio jamás las vi un juguete. Los niños los fabricábamos como podíamos. Con unos trapos y lana hacíamos una pelota. Y cuando por fin tuve una muñeca, que me trajo de Madrid mi tía Esperanza y me hizo una enorme ilusión, en vez de jugar con ella la tenía encima de una vitrina, como si fuera algo mágico que era mejor no estropear con el uso.

De tratarse con los niños, nada. A pesar de que hiciéramos mucha vida en la calle, entonces los niños se juntaban con los niños y las niñas con las niñas. Además, y como ha

quedado enunciado, los primeros en cuanto tenían cierta edad debían ya ayudar a sus familias en el campo.

Evocar la infancia me lleva a recordar también la dureza de los inviernos que padecíamos en aquellos años. Caían nevadas tan copiosas que muchas veces no podíamos ni acudir al colegio a pesar de lo cerca que estaba de las casas. Los hombres tenían que abrir sendas para caminar. Y las heladas eran tan fuertes que se formaba hielo en cualquier cántaro o cubo que no se reservase en las cocinas de las casas. También el invierno me ha inspirado alguna poesía:

*Los días se hacen más cortos en los días del invierno.
El frío empieza a sentirse y hay que preparar el fuego.
¡Cómo añoro mi niñez! Cuando, al lado del brasero
la familia reunida con qué atención escuchaba
las historias que mi abuela con tanto amor relataba*

*La nieve hace presencia con blancura inmaculada
caen los copos tan despacio, parece que pensarán
donde posar su blancura y que sea contemplada.
Los árboles ya sin hojas la reciben con sus ramas
las ciudades los tejados parece un cuento de hadas
¡Qué bonito es ver nevar a través de la ventana!*

*Los campos parecen estar dormidos
pero es solo un descanso producido por el frío.
Cuando el invierno termina y empieza la primavera
gracias a ese reposo la savia brota con fuerza
todo necesita un tiempo. También la naturaleza*

*El sol calienta muy poco, apenas vemos sus rayos
solo una leve caricia se digna a regalarnos*

*y recordarnos que existe y que vuelve a calentarnos
cuando el invierno termina y los días son más largos*

El invierno era sin embargo el tiempo de una de las mayores celebraciones que tenían lugar en todo hogar que tuviese la bendición de haber podido criar un cerdo: la matanza. Las tripas de los animales sacrificados se lavaban en un arroyo que llamaban *de las huertas*, pero este se helaba también y teníamos que romper la superficie con piedras para acceder al agua y realizar esta tarea imprescindible para preparar luego los embutidos. A veces los pies se quedaban pegados a las heladas piedras de la orilla. Las mujeres solían ponerse de rodillas sobre unas esteras redondas de esparto a las que se daba también otras utilidades.

A pesar de estas inclemencias, el día de la matanza era una jornada muy bonita en que todos lo pasábamos muy bien. Se juntaba toda la familia y se hacía el guiso típico, cuyo sabor exquisito nunca he olvidado. Se llamaba y se sigue llamando morteruelo. Una vez se daba cuenta del mismo quedaba mucho por hacer, por ejemplo las morcillas o los adobados, después de pelar los huesos, picar la carne y las otras tareas imprescindibles en el aprovechamiento del cerdo. Teniendo buen cuidado de hacerlo todo correctamente para que los productos se conservasen adecuadamente. Tenían que durar todo el año siguiente. Los jóvenes siempre nos juntábamos para celebrar la matanza, y aunque se hubiese trabajado duro en el campo durante la jornada, siempre había ganas de divertirse, emplearse con algún juego de mesa y bailar. Qué días tan inolvidables.

El cerdo, por cierto, se había criado en casa durante todo el año, alimentado con restos de cereales, todo cocido y amasado con salvado. Me hace sonreír recordarlo, por-

que estos animales comían lo que ahora se recomienda para las personas. Tal vez esa sea la causa de que nos supiera tan delicioso.

Junto a los de la matanza, los de Navidad eran los otros días del calendario señalados en el pueblo. Recuerdo que con la excusa de ensayar villancicos me juntaba siempre en casa de de mi tía Gabriela con varias de mis primas (eran cinco en total, pero las más mayores ya no vivían con los padres) y lo pasábamos de miedo.

El día 25 de diciembre, después de la misa y de cantar los villancicos de marras, íbamos a pedir el aguinaldo por las casas, que obteníamos de la manera más variopinta: dulces, castañas, naranjas o algunas monedas. Ya por la tarde disfrutábamos juntos del botín que hubiéramos obtenido, por insignificante que pudiera ser. Lo más importante, por lo menos para mí, era estar juntos. Bailábamos y festejábamos la Navidad, mientras tantas veces las calles estaban alfombradas de nieve.

Aunque según el censo Naharros tiene actualmente solo unos cuarenta habitantes y ha pasado incluso a ser una pedanía del municipio de Torrejoncillo del Rey, entonces estaba muy habitado y había muchos niños, pues como se está viendo no era raro que las familias tuvieran seis hijos y aún más. Y donde hay niños hay alegría y bullicio, que se multiplicaban sobre todo en nuestras dos fiestas locales. Una de ellas por San Agustín, del 26 al 27 de mayo, y la otra, la del Cristo, el 14 o el 15 de septiembre. Pequeños y grandes las esperábamos cada año con una enorme ilusión. Los adultos celebraban concursos de boleo, arrojando aquellas bolas tan pesadas, mientras para los jóvenes lo mejor era el baile. El dueño del salón donde tenía lugar se encargaba de contratar a un acordeonista y cobraba la

entrada, aunque solo a los hombres. Los menores de dieciocho años no podíamos entrar, pero como la música se escuchaba muy fuerte, desde la calle bailábamos igual.

Esas fiestas eran también la ocasión para comer mucho mejor que habitualmente. Las madres siempre guardaban algo especial y además se hacían dulces, con la diferencia de que se utilizaba para ello el horno comunal pero a condición de que ya se hubiera cocido el pan del día, con lo íbamos hasta el horno con nuestras madres ya de noche, a horas en las que el resto del año los niños ya teníamos que estar recogidos en casa. Es curioso lo sencillas que pueden ser a veces las cosas que más ilusión hacen. Cómo se puede ser feliz con muy poco. Es lo que yo solía sentir en aquellos años de infancia. Era una niña –y luego una joven– feliz, en nuestro pequeño y olvidado pueblo.

Las de Semana Santa eran también fechas muy señaladas en el calendario. Verdaderamente parecía que todos estuviéramos de luto. El Jueves Santo se hacía el vía crucis, rezando en cada estación hasta terminar en la colina que se sigue llamando «de las cruces». Y el Viernes Santo venía un misionero que a las siete de la mañana empezaba a tocar la campana de la iglesia y todos los vecinos salíamos a rezar el rosario recorriendo las calles. Durante ambos días no se podía comer carne y estaba prohibido hacer ruido; por supuesto ni hablar de escuchar música. Hasta que el Sábado Santo repicaban las campanas a mediodía y el pueblo, muy alegre tras la tristeza de las jornadas anteriores, regresaba a la normalidad y celebraba luego con júbilo el Domingo de Resurrección, que era otro día grande en nuestras vidas. En la madrugada previa, los mozos con novia fijaban en las ventanas de estas un ramo de flores, o incluso un pañuelo de seda los más rumbosos,

para que sus amadas los encontraran allí al despuntar el día. Era una costumbre muy bonita. Y en la puerta de la iglesia los quintos, los que ese año tendrían que hacer el servicio militar, colocaban lo que se llamaba «la enrramada a la Virgen», que muchos años era un almendro entero del que se colgaban adornos. También digno de verse. Ese Domingo de Resurrección ya volvía la música y el baile, que era casi nuestra única distracción en toda la semana y la única ocasión de juntarnos chicos y chicas, que era la mejor manera de divertirnos de verdad.

Antes de la Semana Santa, el jueves anterior al Miércoles de Ceniza, que llamábamos Miércoles Lardero, era tradición acudir al campo a merendar, con las tortillas de patata y los chorizos de orza, aunque más que la comida lo jubiloso era jugar a lo que fuera y sobre todo el ver a tantos niños reunidos. Poco después empezaría la Cuaresma y se prohibiría el baile.

Durante todo el año, ir a misa los domingos era prácticamente obligatorio. El que no acudía era criticado y mirado mal, y no solo porque con ello cometiera un presunto pecado. Es que incluso se consideraba que los que no cumplían con este sacramento eran peores personas. Al labrador que trabajaba en domingo se le multaba, razón de más para no faltar al rito. Tan solo en los veranos, durante los dos meses en que se cosechaban los cereales, se eliminaba esta prohibición de laborar en el Día del Señor. Una muestra de cómo eran aquellos años en que la iglesia, los alcaldes y cargos públicos, y la Guardia Civil para completar el retrato, tenían un poder inmenso frente al que nadie rechistaba.

Al respecto contaré algo que se me quedó grabado siendo niña.

Un vecino tuvo la ocurrencia de coger dos racimos de uvas maduras del huerto de otro. No sé cómo este último se enteró, pero era un enchufado del alcalde y lo denunció. Y el pequeño ladrón sufrió un castigo que bien parecerá desmesurado. Obligado por los guardias civiles tuvo que prometer ante todos, en la misma plaza del pueblo y con las uvas en la mano, que no lo volvería a hacer. Creo que la vergüenza que tuvo que pasar fue mucho peor que si los guardias le hubieran dado dos bofetadas y hubiera quedado ahí la cosa. El ladrón, por así llamarlo, tenía cuatro hijos, la mayor iba conmigo al colegio, y puedo atestiguar que estuvo una semana sin acudir por no sufrir las burlas y las maldades que le pudieran decir los otros niños. Porque ya se sabe que estos casi siempre son más crueles que los adultos, y solo al hacernos mayores nos damos cuenta de todo el daño que podemos infligir con según qué asuntos.

En similar orden de cosas, siempre he recordado con disgusto el servilismo con que se trataba a todo aquel que tenía algún poder, fuera por política, por su cargo o por el dinero y las propiedades que hubiera acumulado. En Naharros no existía ninguna gran fortuna (gran parte de las tierras eran propiedad del marqués de Santillana, que las arrendaba a los aparceros), pero las distinciones de clase se hacían notar. Y lo ilustro con un ejemplo concreto cuya injusticia me sublevaba: para hacer el pan teníamos un horno comunal, llevado por un vecino que se encargaba de traer la leña, limpiarlo y meter y sacar las piezas del pan obtenido con la masa de harina que cada cual llevase a cocer. Según la cantidad, a este señor se le pagaba un dinero, que lógicamente era la manera con que se ganaba la vida. Pero a lo que voy: resulta que de los panes que se hicieran, la señora del alcalde tenía derecho a quedarse con una parte proporcional, que además vendía. Era como un

impuesto que esta mujer se quedaba, y al que incluso se le daba un nombre: la poya. Si se consulta esta palabra en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua aparecerá en efecto como « derecho que se pagaba, en pan o en dinero, en el horno común». Bueno, pues sería legal pero a mí me parecía una tropelía y un abuso de poder mayor incluso de los que escuchamos hoy en los medios de comunicación, porque ese pan se le quitaba a familias que lo necesitaban para su subsistencia. Pero nadie protestaba. Ni por esto ni por nada. El alcalde, el cura y la Guardia Civil tenían atemorizado al pueblo.

Otra variante de la misma injusticia era que en los meses que pasaban los rebaños de la trashumancia, los pastores que venían a comprar sus vituallas estaban obligados a comprar el pan al alcalde de manera preferente. Solo si este no tenía suficiente lo podían adquirir de otros vecinos.

Y aún cuento una más: como tantas otras cosas entonces, el tabaco estaba racionado (se obtenía con las famosas cartilla de racionamiento). ¿Y de quién era el estanco? Pues del alcalde. Tengo el recuerdo de acompañar a una amiga mía cuyo padre no fumaba pero utilizaba el tabaco que le correspondía para vendérselo a otros. Había que recoger el cupo al que se tuviera derecho antes de una fecha determinada, pero muchos la sobrepasaban sencillamente porque en ese momento no tenían dinero para pagarlo. Pues bien, a mi amiga le faltaban veinte céntimos; su madre le había dicho que le dijera al alcalde-estancuero que lo anotara y que al día siguiente, sin falta, se lo llevaría. Pero este se negó. No acaba aquí la cosa: fuimos a buscar al hombre que compraría el tabaco, y después de algún apuro porque no estaba en casa, finalmente apareció y nos dio el dinero necesario. Volvimos corriendo al estanco... y fue ahora la

alcaldesa quien nos dijo que ya se había pasado el plazo de compra, y que como ahora ella y su marido podían vender más caras las cajetillas que no se hubieran despachado, tendríamos que pagar un sobreprecio si la familia de mi amiga las seguía queriendo. Negocio redondo para ellos. Yo no sé si eso sería legal, pero cualquiera que tenga mi edad o incluso menos y haya vivido la posguerra sabrá que entonces las irregularidades y los fraudes estaban a la orden del día.

Ocurría con productos básicos como el trigo, del que se sacaba la harina para el pan. Había que entregar al Estado una parte del cosechado y se pagaba a precio de miseria. Pero luego existía un mercado negro proveniente de aquellos a quienes les había sobrado del cupo que les correspondía y lo ponían a la venta fuera de los controles establecidos. Cuando los compradores acudían a moler esas fanegas de trigo clandestinamente, por las noches, muchas veces aparecían los guardias civiles y se las requisaban. El propio sistema era injusto, porque a unos no les llegaba el cupo de trigo al que tenían derecho, y a otros les sobraba y lo revendían en el mercado negro a precios superiores. Es lo que se llamaba *el estraperlo*. Seguiría contando injusticias y no pararía.

Pasaba el tiempo, y con trece años llegué a la finalización de los estudios básicos que entonces se solían cursar en un pueblo. Entre que me consideraba una buena alumna y que, siendo yo una niña más bien escuchimizada, no me veía muy capacitada para trabajar en el campo, que era el único horizonte para la mayoría de los vecinos, mi profesora Delfina trató de convencer a mi madre para que yo siguiera estudiando. En concreto con la idea de que llegara a hacerme maestra, que era mi ilusión de entonces.

Además, como huérfana de guerra podría cursar Magisterio gratuitamente. Pero mi madre se negó. Tendría yo que marchar a Cuenca capital o no sé dónde a realizar esos estudios, y le contestó a doña Delfina que no estaba dispuesta a separarse de mí. Bastante desgracia, argumentó, había tenido con la falta de su marido.

Inevitablemente esta negativa provocó en mí un cierto resentimiento hacia mi madre que, aunque nunca me atreví a demostrarle, me duró mucho tiempo y me lleva a abordar ahora un poco más en detalle la naturaleza de mi relación con ella en esos años. Mi madre era una bendita persona, inofensiva. Yo la quería y nos llevábamos bien, pero siempre sentí que no me defendía y velaba por mí en la manera en que una hija puede desear, con esa justa fiereza de madre que sí poseía mi abuela y luego yo también he sentido hacia mis hijos. Nunca se preocupó, por ejemplo, de comprarme ropa (lo hacía, cómo no, mi abuela). Y tampoco ayudaba mucho a tener una relación íntima y de confianza con ella lo callada que era: jamás me contó nada de su noviazgo con mi padre ni de las circunstancias de la muerte de este; ni de tantas otras cosas por las que yo sentía la natural curiosidad. Cuando yo buscaba consejo, quería pedir un real para comprarme algo, o simplemente necesitaba un abrazo, a quien acudía era a mi abuela.

Tengo que decir que si bien durante la infancia había sido una niña tímida y perfectamente buena y obediente, con la mocedad me hice un poco más gamberra, por así decirlo. Guardo al respecto dos travesuras que voy a contar, ambas coprotagonizadas con mi mencionada amiga Amelia. Una de ellas la perpetramos durante la celebración de la matanza en casa de mi tía Marca (Amelia era también familia suya, por parte del marido de mi tía). Se solía

hacer una ensalada con trozos de naranja bañados en azúcar (también con granadas, si las había), y una vez se nos ocurrió unir esos trozos con un hilo, aguja mediante. De tal manera que el primero que pinchó con el tenedor sacó una ristra de gajos que, en el primer momento y hasta que se aclaró la trampa, le hizo pasar muchísima vergüenza. Nos tuvimos que esconder a continuación, muertas de risa, para que no nos hiciera pagar esta broma.

La otra travesura fue mucho peor. En el pueblo se comentaba que a una señora se le había aparecido su abuela muerta, y de repente todos estábamos muy impresionados y hasta asustados. Pues bien, poco después falleció precisamente la abuela de una vecina de Amelia. ¿Y qué se le ocurrió a mi amiga? Pues después de planearlo y buscar la ocasión, aprovechando que esta vecina había salido de casa, Amelia entró en su alcoba, cogió una almohada larga, la puso en el extremo un pañuelo para la cabeza, y la metió finalmente en la cama colocándola de tal modo que pareciera un cuerpo. ¡Los gritos que daba aquella señora cuando entró en el cuarto y se topó con aquella «aparecida»! Se oían en toda la calle. Por supuesto Amelia y yo estábamos juntas en su casa, cosiendo pero en realidad pendientes de la reacción de nuestra «víctima».

Pasaban los años, mis tías estaban casadas y habían tenido hijos que para mí siempre fueron más que primos, y mis abuelos, mi madre y los tíos y tías que quedaban solteros seguíamos juntos. Teniendo yo dieciséis años o así, recuerdo que una noche, al calor de la lumbre, mis abuelos le comentaron a mi madre que un paisano que ya había dado muestras de interés por ella, se había atrevido a preguntarles si su hija Petra no estaría dispuesta a casarse con él. Mis abuelos la hicieron ver que ellos se

estaban haciendo viejos, que los otros hijos iban teniendo sus propias vidas y casas, y que en el pueblo era difícil ganarse la vida siendo una mujer sola. Mi madre reaccionó mal y argumentó que qué pensaría yo de ella si la viera con un hombre desconocido. En los pueblos estas cosas a menudo no se contemplaban con buenos ojos en el caso de las mujeres viudas.

Pero más tarde me preguntó directamente y yo contesté sin dudarle: le dije que debía hacer lo que ella misma considerase sin pensar mucho en mí, pues en el caso de que no llegase a congeniar con el posible padrastro, ya casi tenía edad para ganarme la vida si no pudiera vivir ni con ellos ni tampoco en casa de los abuelos cuando estos faltasen. Yo tenía claro que el hombre de la vida de mi madre sería siempre mi padre, pero estaba muerto y eso no tenía remedio.

Al final mi madre aceptó el ofrecimiento de aquel señor, seis años mayor que ella. Se casaron algo después, en mayo de 1954, y yo me quedé viviendo con mis abuelos, sin más sobresaltos. Mi madre venía a nuestra casa todos los días, y yo acudía también a menudo a la suya. De esta manera fui conociendo mejor a mi padrastro, de nombre Cástor Matas, un hombre muy inteligente, labrador de profesión pero que sabía mucho de números y de letras. Había pasado varios años en la cárcel después de la Guerra Civil y allí había aprovechado el tiempo estudiando y formándose. Poco a poco empezamos a hablar, a cambiar impresiones y a ganar en confianza hasta llegar a tener una relación bastante buena.

Un año después de este segundo matrimonio mi madre se quedó embarazada. Yo había cumplido ya los dieciocho años y me encargué de confeccionar todo el ajuar del bebé. Por entonces se cosía todo, hasta los pañales.

Mi hermano, Luis Vicente, nacería finalmente prematuro, con solo siete meses de gestación. Para sacarle adelante empleamos, a modo de incubadora, una estufa de leña, encendida día y noche en la alcoba de la que mi madre no salió durante días salvo para las obligadas visitas al baño.

El nacimiento de mi hermano supuso que yo me mudara a vivir con la nueva familia, lo que al principio, y a pesar de la atracción que me despertaba el pequeñín, no me hizo ninguna gracia. Mi abuela tuvo que emplear mucho sentido común para convencerme de que mi madre y mi hermanito me necesitaban. Para mí fue muy duro dejarla a ella, por un lado, y a la vez afrontar la incertidumbre que suponía convivir con la nueva pareja. ¿Cómo me tratarían?

Afortunadamente los temores se demostraron pronto infundados. Mi padrastro —yo le llamaba «tío» porque me parecía un tratamiento algo más familiar y menos frío— me respetó, mimó y cuidó desde el principio. No como a una hija, puesto que yo ya no era una niña, pero sí lo suficiente como para confiar en él y pedirle consejo cuando lo necesitaba. Estaba pendiente de que nadie me hiciera daño y eso ya significaba mucho para mí.

Vivíamos un poco retirados del centro del pueblo, como a medio kilómetro, en la parte baja, junto a la carretera de Cuenca a Madrid, en un caserón enorme de dos plantas con un montón de habitaciones, tantas que en la parte de arriba le alquilamos tres de ellas, con cocina y baño, al secretario del ayuntamiento, y aún nos sobraba espacio. Allí mi padrastro montó un pequeño bar, con mucha visión de negocio dado que era un lugar estratégico. Enfrente estaba la almazara del aceite, donde la gente de toda la comarca acudía a moler la aceituna; también la casilla del peón caminero, y sobre todo allí paraba el auto-

bús de línea. Los viajeros podían tomar algo y resguardarse del frío mientras lo esperaban, y además recogíamos los paquetes que traía y que luego venían a recoger los destinatarios (por este servicio nosotros podíamos viajar gratis por toda la provincia). También eran clientes nuestros los empleados de Campsa que transportaban la gasolina de un lugar a otro. Solían hacer un alto para comerse un bocadillo y comprarnos si acaso una gallina o un conejo de los que criábamos en la granja que montamos. Vendíamos también huevos y productos de la huerta y hacíamos —de esto me encargaba yo— nuestro propio pan. Otros clientes asiduos eran los guardias civiles de nuestra comarca. Recuerdo que tenían unos sueldos bastante míseros y siempre nos pedían que lo que compraban se lo apuntásemos en la cuenta hasta que cobraran.

También sacábamos un buen dinero comprando un becerro a los pastores, cuando pasaban por la trashumancia, y transformándolo en carne para vender. Ya digo que mi padrastrero era un hombre muy apañado, listo y negociante, y no me resisto a contar otra de las iniciativas que se le ocurrieron: un vecino, Pedro, que sabía mucho de campo y de animales, le comentó que había leído que en Holanda había una especie de patos que, de adultos, ponían huevos a diario. Se documentaron bien, y finalmente decidieron pedir desde aquel país ciento cincuenta ejemplares, cincuenta para Pedro y el resto para mi padrastrero. Los criarían en una habitación que teníamos nosotros desocupada.

La cosa, sin embargo, no era sencilla. Si no se cumplían las condiciones de crianza, los pobres patitos morirían como moscas. Así que primero nos mandaron desde Holanda las instrucciones: el alimento tenía que ser uno determinado, la habitación debía tener un suelo de paja y

en ella deberíamos disponer permanentemente unas estufas para que la temperatura fuera cálida y estable. Exactamente 24 grados. La recuerdo perfectamente porque, puesto que yo sería fundamental en toda esta operación, me tuve que aprender de memoria dichas instrucciones.

Finalmente llegaron los patitos por avión hasta el aeropuerto de Madrid, donde fueron a recogeros mi tío y Pedro. Algunos no habían soportado el viaje pero la mayoría llegaron sanos y salvos. Muchos de ellos no habían terminado de salir aún del cascarón. Resultaba enternecedor. Yo esperaba con la estufa-incubadora funcionando ya en la habitación que sería el hogar de aquellos cachorros de pato.

Cástor y yo nos pusimos pues a la tarea de criar a los animalillos, turnándonos para vigilar que la estufa no se apagara en ninguna circunstancia. Los primeros días los alimentamos metiéndoles directamente trozos de huevo cocido en el pico, hasta que crecieron y te empezaban a picar. Al cabo del primer mes, de los cien nuestros nos quedaban setenta y cinco, pero los sobrevivientes ya tirarían para adelante y pudimos pasarlos a otro espacio más grande aunque también cubierto que ya sería su hábitat definitivo. Amasábamos su alimento tres veces al día.

A los cuatro meses los patos fueron ya adultos y empezaron a poner, por cierto donde les daba la gana, que tenía que ir yo por todo el cuarto con el cestillo para recoger los huevos aquí y allá.

Aquellos animales acabaron siendo en efecto un buen negocio. Nos daban setenta huevos diarios, que además eran muy buenos para la pastelería porque tenían mucha yema, de tal forma que llegamos a un acuerdo con una de Tarancón para vendérselos. Hasta allá que me bajaba yo cada dos por tres en el autobús, llevando todas las cajas de

que era capaz. Pero además los patos se convirtieron en la atracción de todo el pueblo. Muchos paisanos venían a pedirnos que se los enseñáramos. Tal vez a alguien le parecerá banal, pero cuento todo esto porque para mí fue un desafío y una aventura sencilla pero muy hermosa.

Mi vida transcurría con normalidad pero con mucho trabajo. Mi hermano era todavía un renacuajo que al haber nacido sietemesino requería unos cuidados extras (teníamos una incubadora para los patos y otra para él), y mi madre prácticamente no se ocupaba de otra cosa que de él. Nunca salía de casa, así que yo me encargaba de casi todo. Además de los patos, también de las tareas de la huerta. Cultivábamos muchas lechugas y cebolletas y a mí correspondía subirlas a una carretilla y venderlas luego por las casas, aunque más que venderlas las cambiaba por otros víveres: tres lechugas por un huevo, por ejemplo. Además tenía que cocer el pan no solo para nosotros y la clientela sino también para mis abuelos y los tíos que quedaban solteros. Y acarrear el agua desde el pueblo. A propósito del agua, en invierno se llegaba a congelar en la superficie de los cántaros cuando la traía, de la misma manera que la masa para el pan había que taparla con mantas.

Frente a tantas ocupaciones, las distracciones en el pueblo no eran muchas, y el baile seguía siendo la mayor de todas ellas. Se hacía todos los domingos por la tarde, con el acompañamiento musical de dos vecinos que tocaban uno la guitarra y el otro la bandurria. En invierno pasaba rápido, porque a las ocho teníamos que estar de vuelta en casa. Y es que en dicha estación, esa hora parecía ya muy tardía, en un pueblo donde aún no existía el alumbrado público y salíamos a la calle llevando un farol.

En 1958 mis padres se tuvieron que cambiar de casa, pues pusieron a la venta la que habitábamos en la carretera,

que teníamos alquilada. A pesar de que era muy grande para una sola familia y estaba alejada del pueblo, como he contado, y era ineludible ir hasta allí para unas cosas o para otras, no tardó en haber comprador.

Mi padrastro tenía la que le correspondía en herencia de sus padres, una típica casa de pueblo mucho más pequeña que la anterior pero a la que añadieron un piso encima. Tras este arreglo nos mudamos allí. En la parte de abajo montó de nuevo una taberna, pero también una tienda como las que eran habituales entonces en los pueblos, quiero decir que se vendía de todo, como un pequeño supermercado. Desde alimentos hasta artículos para coser, papel y sobres para cartas, útiles para el trabajo del campo, materiales eléctricos... Los comestibles se despachaban al peso o por medidas: una peseta de pimentón, un cuarto de fideos, medio litro de aceite o de vino para las comidas... Tengo que decir que a mí el comercio, atender y hablar con los clientes, me gustaba bastante. Me daba la oportunidad además de ayudar a los vecinos más menesterosos, porque todavía mucha gente vivía con lo básico y había quien te pedía un regateo en el precio de unas simples patatas o unos trozos de bacalao.

En la taberna teníamos mesas y en los meses fríos los hombres se pasaban en ellas las horas muertas jugando a las cartas o simplemente hablando, al calor de unos chatos de vino o una copa de anís, aunque por entonces ya empezaba a consumirse cada vez más la cerveza. Por cierto que nuestra competencia era el bar que había montado mi querido tío Fidel, quizás más frecuentado que el nuestro, sobre todo por los jóvenes, porque pasaba por ser más moderno y estaba justo en la plaza del pueblo.

Si algún vecino necesitaba algo que no tuviéramos, lo traíamos de Cuenca capital, que estaba a treinta kilómetros

y donde nos desplazábamos a menudo. Lo más demandado eran productos para las chicas jóvenes, por ejemplo las medias de nylon, pues para el aseo solo teníamos lo más básico: champú, pastillas de jabón... El otro jabón, el de lavar la ropa, se hacía en casa. Y ya que lo menciono diré que, como no había agua corriente, en el invierno se hacía la colada en un barreño grande o en un recipiente que se extraía de un tronco de madera (tornajo lo llamábamos), vaciando este en gran parte y colocando luego una tabla de madera estriada (la losa) donde se frotaban y resregaban las prendas. En invierno la ropa blanca se tendía para que la cayera la nieve y al día siguiente se aclaraba en el arroyo, siempre que no estuviera congelado.

En el verano el rito de la colada cambiaba y se hacía en un nacimiento de agua dulce que estaba a dos kilómetros del pueblo. Se tendía luego la ropa al sol, y sus rayos la dejaban bien blanca. Era nuestra lejía. Por cierto que llevábamos los canastos al hombro, y si estando la ropa seca se dejaban llevar, una vez mojada el peso era ya bastante menos llevadero para las mujeres que nos encargábamos de esta tarea.

En un pueblo pequeño como el nuestro todos nos conocíamos muy bien. No solo de vernos y saludarnos por la calle; me refiero a que sabíamos prácticamente todo de cada familia, porque además había muchas relaciones de parentesco, aunque fueran de primos lejanos, y si habías nacido entre esas mismas calles ya existía como un sello común. Cuando las familias eran numerosas y fallecían los padres, los cultivos había que repartirlos entre los hijos y quedaba poca cosa para cada uno, por lo que muchos tenían que emigrar por estricta necesidad. Por ello hay vecinos de Naharros por toda España, aunque sobre todo en Madrid, Barcelona y Valencia.

En el pueblo eran muchos los que tenían ganado ovino, en cantidades muy diversas, igual que las tierras. Y como nunca eran muy grandes, las personas juntaban sus animales en un solo rebaño hasta un número determinado de cabezas, y se contrataba a un pastor para que los cuidara y los llevara a pastar. A este señor se le ajustaban las cuentas el día de san Pedro, pagando cada ganadero lo que le correspondiera según su proporción en el rebaño agrupado. En la temporada de ordeño para hacer el queso —que se extendía durante unos tres meses, una vez la oveja destetaba a sus crías— también había sus normas para que cada ganadero recibiera la leche que le correspondía. Lo cuento porque, siendo analfabetos muchos de los vecinos, que no sabían ni leer ni de números, se las apañaban mejor que muchos hombres de hoy para hacer sus cuentas. Y voy a explicar cómo lo hacían: por cada treinta ovejas que tuvieran en el rebaño les correspondía toda la leche de un día; si poseían treinta y cinco animales, cinco se unían a los de otro vecino que tuviera veinticinco, para completar la treintena, y entre ellos se apañaban para hacer el queso resultante de un día de ordeño y luego repartírselo en proporción. Así de sencillo y de práctico.

Esa jornada en que se hacía el queso había que dedicarla en buena parte solo a esta tarea. El pastor ordeñaba las ovejas y echaba la leche en un recipiente de barro (el tarro) de boca muy ancha y paredes muy gruesas, para que pesara bastante y el animal no pudiera derribarlo con sus movimientos o patadas. Hecho esto la leche se traspasaba a otra tinaja, también de boca muy ancha y cubierta de unas gasas para colarla y eliminar cualquier impureza. Finalmente se le añadían unos polvos (el cuajo) y, si hacía frío, se colocaba la tinaja cubierta cerca del fuego. Se esperaba a que la leche cuajase, se le daba la vuelta, se cortaba en

pedazos pequeño y se esperaba a que cuajase otra vez. Y se preparaba una mesa larga y estrecha (la tabla) que tenía impresos los dibujos para los quesos. Luego se forraban estos con una larga tira de esparto y dentro de cada círculo se vertía la leche ya cuajada, presionando con fuerza hasta que todo quedara compacto y se soltara el suero de la cuajada (con el que luego se haría el requesón). El producto resultante se cubría con una gasa, se le ponía encima una tapa de madera con el mismo dibujo que llevaba la tabla y un contrapeso para prensar, y así hasta el día siguiente en que los quesos se introducían en un recipiente con agua y sal, donde permanecía unas horas hasta que por fin se ponía a secar durante unos días. Así se elaboraba el queso manchego hace sesenta años.

Respecto al suero sobrante en toda esta operación, muchos vecinos acudían con tarros para que se lo dieras. A veces hasta se formaban colas. No era solo que a algunos les gustara. Es que era mucha la necesidad que había entre la gente más pobre.

**MI PRIMERO Y ÚNICO AMOR,
Y NUESTROS AÑOS EN
ALEMANIA**

He venido contando hasta aquí las circunstancias que mejor recuerdo de mi infancia y mi primera juventud, pero no he mencionado aún que mi tío—padrastro tenía un sobrino, de nombre Joaquín, al que prácticamente había criado, educado y enseñado todo lo necesario sobre las tareas del campo y otras, pues dicho sobrino había convivido con él y sus abuelos y no con sus padres. Desde muy pequeño le encomendaron trabajos de persona adulta, por circunstancias que no merece la pena recordar. Por esta relación familiar con mi padrastro yo conocía a este joven, pero ¡quién me iba a decir entonces que sería el hombre de mi vida, mi primer y único amor!

Tenía yo 17 años, y aún vivía junto a mis abuelos y mis tíos, cuando empecé a sentir lo que es el amor. Joaquín era entonces uno de los zagales que se relacionaba con la cuadrilla de las chicas (en los años 50 era así: las chicas en una cuadrilla y los chicos en otra, pero lo bastante próximos como para que ellos nos dijeran cosas y nosotras les pudiéramos contestar). Yo pensaba que este chico se fijaría en una de mis amigas (hermana de Amelia), que tenía mucho más pecho que las demás y estaba bastante gordita (entonces la gordura no exagerada llamaba la atención de los hombres). Lo cierto es que yo no le veía como alguien que pudiera hacerme feliz: era demasiado serio, y sobre todo tenía cuatro años más que yo, que a esas edades es mucha diferencia. A veces hablábamos, pero sobre todo porque esa amiga mencionada estaba loca por él y me usaba de intermediaria para hacerle saber lo que ella pensaba.

El tiempo iba pasando. Los chicos se dedicaban casi por completo a la agricultura y la mayoría de las chicas se marcharon a la capital a servir en casas. Otras nos quedábamos en el pueblo con ocupaciones «de madre», por así decirlo: acarrear el agua desde el pueblo, hacer el pan, ir a lavar... en general tareas que se hacían fuera de casa. Pues bien, este chico se marchó a la mili y, en uno de sus permisos, nos encontramos. Yo llevaba un cordero para que su madre lo amamantara, y el volvía del campo montado en su mula. Estaba convencida de que me preguntaría por mi amiga (que esos días no estaba en el pueblo), pero me llevé una sorpresa. Sin muchos rodeos me confió que no se veía con nadie y que con quien realmente quería tener una relación era conmigo. Me quedé tan sorprendida que no pude articular palabra, y seguí mi camino como si tal cosa.

Pero los días posteriores continuó insistiendo, Se le acabó el permiso y tuvo que volver al cuartel, pero desde allí empezó a mandarme cartas en las que me pedía que yo también le escribiera, si no como novios, al menos como amigos. Y así lo hice. El problema fue que en los pueblos no puedes tener secretos, las noticias vuelan, y muy pronto todo el mundo estaba enterado de que habíamos iniciado una relación, aunque fuera solo «escrita». Y mi familia materna se lo tomó tan mal que me prohibieron continuarla. No porque Joaquín no les gustara, sino porque me consideraban muy joven para andar con amoríos. Tengo que decir que yo era muy delgada —pesaba cuarenta y cuatro kilos— con lo que realmente parecía aún una niña, mientras que Joaquín además de llevarme cuatro años aparentaba todavía más edad por lo serio y responsable que era.

En el tiempo que él pasó en el servicio militar, alrededor de dos años, nos seguimos escribiendo a escondidas,

espoleados por el hecho de que lo prohibido resulta a veces más atractivo. Y con el paso del tiempo lo que había comenzado como cartas entre amigos pasó a ser cartas entre «algo más». En todo momento lo tuvimos que llevar en secreto, porque cuando los míos se enteraban de que había recibido una carta suya me regañaban, y a mí me dolía disgustarles. Se me ocurrió entonces hablar con el cartero, una bellísima persona llamada Maximino (se merece que deje constancia de su nombre) para que dejara las cartas en su propia casa. Yo iba a recogerlas cuando podía.

Terminó por fin la mili y mi «amigo más que amigo» regresó. Yo tenía dos años más de edad, era una mujer, y ya sentía con total seguridad que estaba enamorada de él. Y él me demostraba el mismo sentimiento siempre que podía. Pero mi familia seguía pensando que era muy joven y nuestra relación permanecía secreta. En cuanto nos veían por la calle hablando me regañaban, y él se sentía culpable por ello. Si ni hablar podíamos, tratarnos en el baile era totalmente imposible. En aquella época solo se bailaba agarrado y esto nos estaba vedado.

Eran los años en que vivía con mi madre y mi padrastro fuera del pueblo. A veces me escapaba a ver a Joaquín por las tardes, citándonos donde no nos pudieran ver, pues si alguno de los míos se enteraba, llegaba mi tío Fidel, al que yo tanto quería por otras razones, y nos obligaba a que tirásemos cada uno por nuestro lado. Comprendo que lo hacía por mi bien.

Ya cuando cumplí los veinte años mi familia comprendió que tenía muy claro que quería estar con Joaquín y aceptaron nuestra relación. Tengo grabado lo que me dijo mi abuelo Tomás, que no era hombre de muchos consejos: «Hija, lo único que tienes que valorar es que te quiera

mucho y que sea honrado y trabajador. Lo demás vendrá por añadidura» . Cuánta razón tenía.

Por fin pudimos comportarnos como una pareja normal. Hablábamos mucho de nuestro futuro juntos, en especial sobre lo que nos esperaba si nos quedábamos en el pueblo. Por esos años, muchos de los amigos de Joaquín se habían marchado a Madrid, para trabajar en Telefónica, y le llegaban noticias sobre lo distinta y mejor que era la vida en la capital. Así que tomó la decisión de vender las mulas que tenía y dejar sus cultivos en manos de otra persona, pues por edad sus padres no se podían hacer cargo de tales menesteres y sus hermanos también habían emigrado a Madrid, alojándose en casa de una hermana sin hijos que ya se había establecido allí, en el barrio de Ventas. Él tomó el mismo camino, marchándose sin trabajo y a la aventura. Iba ganando algún dinero con lo que le salía, pero la mayor parte tenía que dársela a su hermana para ayudar en casa. Joaquín fumaba, y para poder pagarse al menos los cigarrillos se iba a la cercana plaza de toros a vender almohadillas. No llego a imaginarme lo mal que lo debió pasar haciendo esto, pues nunca me quiso hablar abiertamente de ello. Le daba pavor recordarlo. Por suerte, cuando nos casamos dejó de fumar.

Iban pasando los meses en Madrid y seguía sin encontrar un trabajo fijo. Con lo trabajador y lo serio que era, estoy segura de que se lo debían llevar los diablos. Sus cartas reflejaban lo disgustado que estaba. Por consolarle, yo le hacía ver que siempre podría regresar al pueblo y trabajar en la agricultura, pero lo hacía con poco convencimiento, porque si así fuera escasa ayuda podría recibir de mí. Sabía de algunas labores pero otras no las había hecho nunca.

Un día le conté a mi abuela las malas noticias que tenía de Joaquín y ella me aconsejó que escribiera a un hermano

suyo, el tío Juan, que vivía en Madrid desde hacía muchos años y además conocía bien a la familia de Joaquín y a él mismo. Le faltó tiempo para moverse. Le recomendó en su antiguo trabajo, la empresa de ascensores Schneider, y de esta forma se acabó para mí novio el suplicio de encontrar un empleo estable.

Estando en esta empresa llegaron desde Alemania unos encargados ofertando puestos en una fundición en la ciudad de Hamburgo. Joaquín se apuntó, y a los pocos meses le llamaron. Realizado el obligatorio reconocimiento médico, se fue para allá. Era junio de 1960.

La estancia de Joaquín en Alemania en un principio fue muy dura. Sabíamos el uno del otro con retraso, porque las cartas tardaban una semana en llegar. Pero había que aguantarse. La diferencia salarial era enorme (un marco equivalía a 13 pesetas).

Después de llevar un año separados consiguió unos días de vacaciones y vino a España. Le vi muy desmejorado, y me confesó que se sentía muy solo.

En agosto terminaron sus vacaciones y nuestra despedida fue tremendamente triste, sabiendo él lo que le esperaba en Hamburgo. Tuvimos que retomar la rutina de escribirnos cartas y tener noticias el uno del otro solo dos veces al mes. En aquella época había escasez de vivienda en Alemania, por lo que la mayoría de los obreros vivían en residencias para hombres junto a trabajadores de otros países. Quien encontraba una habitación individual podía considerarse afortunado. Sobre esto me escribió, al poco de marcharse, contándome lo que le había pasado a uno de sus compañeros: tras encontrar una de estas habitaciones se había venido a España a casarse con su mujer y volver ya juntos a Alemania. Pero al llegar a Hamburgo se

encontraron con que el dueño se la había alquilado a otro. Sin tener dónde quedarse, la esposa tuvo que regresar a nuestro país y él volvió a la residencia para hombres.

Pero no mucho después, en una nueva carta, Joaquín me anunció que había encontrado habitación. Sin excesivos rodeos me preguntaba si quería casarme y marcharme a vivir con él. Pero claro, con el antecedente de lo ocurrido al compañero teníamos el natural temor. Además, tras sus vacaciones aquí no le quedaba dinero, y yo estaba igualmente sin blanca y no podía esperar ayuda de mi madre.

Pero a pesar de todos los inconvenientes le dije que sí, que me casaba y que fuera preparando el papeleo de la boda y de la habitación. Él logró contactar con un cura español residente en Hamburgo, que le informó sobre los documentos que necesitábamos para casarnos por poderes (pues de esta manera no nos arriesgaríamos a perder la dichosa habitación). Joaquín firmaría en Hamburgo y, una vez que los papeles pasaran por el obispado alemán, yo haría lo propio en España.

Empecé a arreglar las cosas para la boda sin pensar en ninguna celebración. Me faltaba mi padre, mi madre no quería saber nada, y mi padrastro, que sí me hubiera ayudado, había sufrido una caída y estaba escayolado por una rotura de la clavícula. Por todo ello, no habría convite ni fiesta después de la ceremonia. Ni tampoco quise pedir -ni me ofrecieron- ningún tipo de ayuda material para la que sería mi nueva vida. Mi familia tenía tierras y una tienda, pero estas eran posesiones que no podía empaquetar y subir al autobús. El vestido de novia me lo proporcionó una amiga de mi tía Esperanza (que no tardaría en casarse ella misma) quien por cierto colaboró en todo lo que estuvo en su mano, entre otras cosas llevándome a Madrid

para comprar ropa de abrigo adecuada para Alemania y también para que me pudiese familiarizar con los electrodomésticos que entonces se empezaban a usar —desde la lavadora a una simple olla exprés— y que en Naharros casi nadie tenía. No sabía qué me iba a encontrar en el país que me acogería y quería ir mínimamente preparada como esposa y ama de casa.

Además de las partidas de bautismo y de nacimiento y otros documentos para la boda, tenía que sacarme el pasaporte, que era complicado al no estar aún casada. Debería figurar como mujer soltera que se marchaba a Alemania en busca de trabajo. También necesitaba el certificado de penales y haber hecho el llamado Servicio Social, que entonces se exigía a las jóvenes españolas como una especie de equivalente del servicio militar que hacían los chicos. Yo no lo había hecho pero pude salvar la dificultad. Se exigía haber hecho una canastilla para un recién nacido y yo la había realizado en el pasado porque a veces sustituía a una amiga que era la encargada de esta actividad en la Sección Femenina. Explicué mi situación en esta institución y me dieron un papel en el que indicaba que lo tenía cumplido.

El tiempo apremiaba. Necesitaba tener todos los papeles lo antes posible, pues Joaquín me había avisado de que el 19 de enero salían de España unos autocares con trabajadores que volvían a Hamburgo tras haber pasado en la patria las fiestas navideñas. Entre ellos estaría un amigo suyo que podría hacerme compañía para no tener que enfrentar sola un viaje tan largo.

Él ya había firmado, ya se había «casado», pues, en noviembre, pero los trámites se habían quedado parados en el obispado de Hamburgo. Pasaban los días y los pape-

les de Alemania no llegaban. No lo hicieron hasta enero. Menos mal que el párroco de mi pueblo me había prometido que, en cuanto tuviéramos todo, me casaba inmediatamente. Y así fue.

Finalmente firmé el 15 de enero de 1962. Tenía veintitrés años. Recuerdo que salió un día radiante de sol. Sin embargo todo el pueblo estaba cubierto de nieve, así que yo, con mi vestido blanco prestado (entonces sólo se podían casar de blanco las mujeres que llegaban vírgenes al matrimonio) no destacaba. Los padrinos fueron mi tío Isidro y la hermana de Joaquín, Crescencia. Y el que representó a mi marido fue su padre, Máximo, que no dejó de llorar durante toda la ceremonia. Yo no lo hice, y hoy en día aún no entiendo por qué. Pues cuando ahora recuerdo ese momento se me vienen las lágrimas a los ojos.

Porque no fue, desde luego, la boda que una mujer puede esperar. No había un padre que me llevara del brazo, y respecto a mi madre tengo que decir que sencillamente no quiso asistir a la ceremonia. Decía que le daba mucha pena y ese día ni se levantó de la cama. Ni que decir tiene que esto me dolió mucho. Tampoco había querido participar antes en la compra del imprescindible ajuar que necesita una esposa, cuestión sobre la que fue mi padrastro quien tuvo que llamarle la atención.

No hubo convite, aunque mi abuela preparó unos pollos para agasajar a los pocos que nos juntamos, incluido el secretario municipal que vino a dar fe pública de mis esponsales y que era por cierto aquel señor que habíamos tenido de inquilino en la casa junto a la carretera.

Pero me sobrepuse a todo. Y puesto que no hubo celebración y los trámites corrían prisa, me fui a la centralita de teléfonos para llamar al obispado y asegurarme de

que me recibirían de inmediato para arreglar todo y firmar los papeles en los que se indicaba que ya estaba casada por la iglesia. Me dieron cita para el día siguiente, en Cuenca. El obispo me deseó mucha suerte y me dijo que había tomado una decisión valiente, pues entonces marchar al extranjero parecía irte fuera del mundo.

El día 17 recogí el libro de familia que habían preparado el juez y el secretario, y empaqueté toda la ropa y utensilios que pudiera necesitar. El pasaporte ya lo tenía. Si ya es difícil preparar una maleta normal, cuando el viaje es tan largo y para tanto tiempo resulta mucho más complicado. El 18 de enero me marché a Madrid con mi tía Esperanza, que me ayudó con todos los paquetes. Y al día siguiente, a las 7 de la tarde, me subí por fin a los autocares que salían de la Plaza de España con destino a Hamburgo.

A pesar de que me marchaba para estar con el hombre al que quería, la pena que sentí en ese momento fue enorme. A aquella hora, y en invierno, ya había anochecido, así que dejamos la capital en plena oscuridad. Todos estábamos tristes. Unos, como yo, porque dejábamos nuestra patria y a nuestra familia por primera vez. Otros, los que ya llevaban tiempo en Alemania, porque habrían dejado aquí a unos hijos a los que casi no reconocerían cuando volvieran a verlos en la próxima Navidad. Y los propios chiquillos casi se olvidarían de ellos mientras tanto. Por ello, algunas mujeres del autobús, madres, no dejaban de llorar.

Después de viajar toda la noche llegamos en la madrugada del día 20 a San Sebastián. Desde el autocar se veían numerosas hogueras y gente cantando y bailando a su alrededor, con la alegría de la celebración de una fiesta española. Mientras nosotros nos entristecíamos cada vez más, pues la frontera de Irún ya estaba cerca. Algunos hombres comenza-

ron a abrir bebidas, no sé si por olvidar o porque en el viaje anterior se las habían retirado en la aduana, junto con embudidos y jamón. Cuando por fin llegamos al paso fronterizo nos hicieron bajar del vehículo para revisarlo y también para inspeccionar algunas de nuestras maletas. La verdad es que se portaron bien porque no nos requisaron casi nada. Uno de mis compañeros de viaje me comentó que solo se llevaban las botellas cerradas, que luego podían vender. Revisado todo, incluidos los pasaportes, continuamos con la ruta, haciendo escala en Burdeos aunque exclusivamente para comer. Llevábamos dos conductores para que pudieran turnarse y de esta forma no tener que hacer paradas innecesarias.

Poco después de ponernos en marcha de nuevo, un despiste del chófer nos provocó un buen susto: chocó con un poste, no recuerdo si de luz o de teléfono, haciendo que este se partiera por la mitad. La parte que quedó clavada en la tierra frenó el autocar, evitando que cayésemos por un terraplén bastante pronunciado. No pasó nada grave, solo alguna contusión, pero tuvo que venir la policía, con lo que estuvimos bastante tiempo detenidos. Aunque dando gracias a Dios, claro.

Continuamos, un poco asustados, hasta llegar a la frontera con Bélgica, donde volvieron a revisar todo, pero mucho más rápido puesto que ya habíamos pasado la aduana francesa. Y en la madrugada del día 21, llegamos por fin a la frontera alemana. Allí sí que volvieron a mirar todo con más atención, requisando algunos productos del cerdo, pues en esa época estaba prohibido exportar cualquier alimento de este animal que procediera de España, ya que aquí se había declarado la peste porcina.

Ya estábamos en Alemania. Desde que cruzamos la frontera nos estuvo acompañando una fuerte nevada que

nos impedía ver cualquier cosa desde las ventanillas. Por ello el último tramo de viaje se hizo interminable (Hamburgo está muy al norte, teniendo que cruzar gran parte del país). Por fin, el día 21 de enero a las 8 de la noche, llegamos a nuestro destino, más cansada que en toda mi vida.

Por cierto que tengo que aclarar que Joaquín no me esperaba. La carta en la que le comunicaba que ya estaba formalizado también mi matrimonio no habría tenido tiempo de llegar, así que él no podía tener ninguna constancia de que yo había abandonado España.

Los autocares paraban en un intercambiador de Harburg, un barrio del extrarradio de Hamburgo, separado de la ciudad por el río Elba. Confiaba en que el compañero de mi marido sabría cómo pedir un taxi o qué medio de transporte podríamos coger, pero él estaba tan perdido como yo. No hablaba nada de alemán (un autobús de la empresa los recogía cada día en la residencia y los llevaba de vuelta al terminar la jornada), así que no se apañaba ni para pedir un billete. ¡Fui yo la que, con el papel donde llevaba escritas las señas, le indiqué al taxista a dónde quería ir! Tuve que confiar en él, porque me decía cosas que evidentemente yo no entendía, y la nevada que caía era tan fuerte que no se distinguía ningún letrero de la carretera.

Llegué por fin a la dirección que Joaquín me había dado. Era una casa de una planta, que parecía muy pequeña bajo toda la nieve que había caído. En la puerta había un hombre que, aunque me pareció extranjero, me saludó con un «buenas noches». ¡No podéis imaginaros lo que sentí al oír hablar español!

Le pregunté si conocía a Joaquín Moreno y me dijo que sí, que vivía allí. Le pedí que le llamara y le dijera que su mujer le estaba esperando a la puerta, pero contesto

que esto era imposible, pues eran compañeros de trabajo y le constaba que Joaquín estaba soltero. Tras insistirle, acabó avisándole. Mi marido salió a la calle sorprendidísimo. Nuestro compatriota le reprochó entonces que no le hubiera contado que se había casado, pero claro, ¡es que él todavía no lo sabía! La carta en que le ponía al corriente de todo no llegó hasta dos días después.

Ya juntos, recogimos mis maletas y nos despedimos de quien había sido mi compañero durante aquel largo viaje, invitándole a que se pasara un día a hacernos una visita, como agradecimiento por su ayuda (aunque, la verdad, me las había apañado muy bien yo sola).

Antes de entrar en el que iba a ser nuestro primer hogar como matrimonio, Joaquín me advirtió que no me hiciera muchas ilusiones. Era una simple habitación de unos diez metros cuadrados, pero yo ya venía mentalizada. No esperaba otra cosa. En ella había un sofá de noventa centímetros, que se podía abrir para que durmiéramos pero que al hacerlo taponaba la puerta; una especie de lavabo o pila para lavarnos y fregar; dos sillas, y una mesa con un infiernillo eléctrico que era el único medio que tendríamos para cocinar. En el alfeizar de la ventana se colocaban los platos y algún cacharro para guisar. El baño, solo con lavabo y taza, estaba fuera y se usaba en común con los otros inquilinos del edificio, que era una antigua nave que el dueño, aprovechando la escasez de vivienda, había dividido en habitaciones para ganar dinero con los emigrantes. En dicha nave vivían otros ocho matrimonio españoles, en cuartos de las mismas dimensiones que el nuestro. El propietario nos cobraba, lo recuerdo, 114 marcos alemanes al mes, que era una cantidad considerable trasladada a nuestras pesetas. Nada me importaban

las estrecheces si las iba a compartir con el único hombre que había conocido y amaba. Aquel que me prometió que sería siempre la mujer a la que nunca faltaría en ningún concepto si estaba en su mano. Una promesa que cumplió en los cuarenta y siete años que estuvimos juntos.

Joaquín empezó a cuidarme y a ser atento desde la misma noche de nuestro reencuentro. Como comprenderéis, un viaje entre España y Hamburgo de cincuenta horas de duración, sin descansos, parando solo para ir al baño y comprar algo de comer y beber, y con el frío de enero, me había dejado hecha polvo y con los pies hinchadísimos. Al cansancio había que sumarle mi miedo, pues era la primera vez que iba a estar íntimamente con un hombre. Pero mis temores se disiparon muy pronto. Joaquín me colmó de besos y mimos y me dijo que esa noche descansara y durmiera, que ya tendríamos tiempo de disfrutar de nuestro amor. Hoy en día le sigo agradeciendo ese gesto.

Puesto que no sabía que yo iba de camino a Hamburgo, no había pedido permiso en la fábrica para ausentarse unos días por estar recién casado. Al día siguiente se tuvo que levantar a las cinco de la mañana para ir a trabajar y pedir la libranza. A las tres de la tarde ya le tenía de vuelta. Me confesó que había estado muy nervioso toda la mañana pensando que yo estaría sola, pues los otros matrimonios de la casa trabajaban durante el día. Comimos algo de lo que él tenía en la cocina -que no era mucho porque normalmente almorzaba en la cantina de la empresa- junto a alguna cosa más de las que traje yo y no me habían quitado en la aduana.

Después de comer nos fuimos a ver a nuestro casero para avisarle de mi llegada y que diera el visto bueno. Nos hizo firmar un documento en el que se indicaba que si me

quedaba en estado, tendríamos que dejar la habitación. Así que, como podéis ver, tendríamos que celebrar la noche de bodas teniendo mucho cuidado con lo que hacíamos. Entre nuestros vecinos, todos ellos matrimonios jóvenes, dos mujeres tuvieron que volver a España porque se quedaron embarazadas. Cuando nacieron los niños, los dejaron con los abuelos y regresaron con sus maridos, con muchísima pena, por supuesto, y pendientes de cada carta que llegara con nuevas noticias sobre sus pequeños. La constante preocupación no les dejaba estar tranquilos.

Durante nuestras primeras semanas juntos yo me quedaba en casa (si se le puede llamar así), y aprovechaba para aprender los nombres alemanes de comidas, bebidas y productos de limpieza. Pero como no sabía pronunciar correctamente el idioma y en las tiendas no me entendían, empecé a apuntarme las palabras, entregando directamente el papel a la tendera, que la verdad es que ponía todo de su parte para que nos arregláramos. Para pagar, simplemente le daba el dinero, y con las vueltas calculaba cuánto costaba cada cosa.

Joaquín trabajaba en la industria metalúrgica, en una fundición por la que pasaban distintos tipos de metales. Terminaría en la sección del cobre. Era un trabajo en el que había que tener mucho cuidado para evitar los accidentes laborales.

Vivíamos en el barrio de Harburg, y para acudir al centro había que cruzar el Elba, un río enorme por el que navegaban barcos. Harburg era un barrio enorme, a la manera de un Móstoles o un Parla en términos madrileños.

Hamburgo era una ciudad muy grande (actualmente es la segunda mayor de Alemania) pero no resultaba abrumadora porque se construía con pocas alturas y la archi-

tectura era agradable. Me pareció bonita. El puerto era impresionante, y a él nos gustaba ir para ver cómo traían el pescado, aunque era de muy mala calidad. Otra atracción muy diferente era el barrio de Sankt Pauli, famoso porque, como ocurre en Ámsterdam, las prostitutas se exhibían en los escaparates. En Hamburgo se notaban todavía mucho, eso sí, los destrozos de la guerra. Había numerosos edificios sin reconstruir, y a ello se debía precisamente la escasez de vivienda tan acentuada y la circunstancia de que tantas familias vivieran, como nosotros, en simples habitaciones. Casi todo el mundo vivía de alquiler.

El país germano todavía no había conseguido rehacerse de la guerra que habían perdido y todo lo ocurrido bajo la dictadura de Hitler. A la gente no le gustaba hablar de este período (y si lo hacían nosotros tampoco lo entendíamos, claro) pero sí que veías a bastantes mutilados por los bombardeos. Y en la fábrica llegué a tener una amiga que me confió que el régimen la tuvo confinada y le impidió tener hijos —puede que incluso la esterilizaran— porque no la consideraban una aria pura.

No llevaba ni un mes en Hamburgo cuando se desbordó el río Elba. Fue el 16 de febrero de 1962. Me levanté porque oía voces y, aunque no les entendía, me vestí enseñada porque, por su forma de hablar, me imaginaba que había pasado algo serio. Estaba sola, porque Joaquín tenía turno de noche. De repente llamaron a la puerta, y al abrir me encontré a un policía con dos españolas, esposas de compañeros de mi marido. Una de ellas había deducido, por las palabras que lograba entender, que había pasado algo con el Elba. Nos desalojaron y nos metieron en un camión militar junto con otras personas (alrededor de nuestra casa había muchas viviendas bajas con huertos,

algunas incluso con animales, que tuvieron que ser desalojadas porque corrían peligro de inundarse). El camión nos alejó mientras la policía vigilaba el nivel del agua.

No os podéis imaginar el susto tan enorme que teníamos, sobre todo cuando empezamos a oír gritos de socorro (*hilfe* en alemán, esa palabra se ha quedado grabada en mi cerebro). Las dos compatriotas que me acompañaban sabían que nuestros maridos estaban al otro lado del río, a las afueras de Hamburgo. Por tanto era muy complicado que pudieran volver a casa. Hubiera preferido no enterarme de este detalle, pues mi miedo se incrementó entonces.

Cuando amaneció, empezamos a ver las primeras consecuencias de la inundación: algunas personas se habían refugiado en el techo de sus casas; otras viviendas habían sido directamente arrastradas por la corriente. A la nuestra no entró el agua tan solo por veinte centímetros. Cuando la policía vio que comenzaba a bajar, nos dejaron entrar. Nosotras seguíamos sin saber nada de nuestros maridos, las horas se hacían interminables sin tener noticias claras del alcance de lo ocurrido, porque aunque encendiésemos la televisión o la radio no podíamos entender lo que decían.

Al fin, a las siete de la tarde, aparecieron mi marido y sus compañeros. Resultó que el agua sí había entrado en su fábrica, llegando incluso a los hornos de fundición (los alemanes decían que esos hornos no se habían apagado, nunca, ni siquiera en la guerra, y que en ellos habían muerto quemados muchos judíos). Las pérdidas que causó aquel desbordamiento fueron numerosas. Cuando, días después, bajaron las aguas, se veían cuerpos de animales muertos y viviendas destrozadas. Muchos no pudieron

volver a trabajar hasta una semana después, ya que bastantes fábricas se habían inundado. Después llegaron las tareas de limpieza. Mira por donde, aquel desastre natural acabó suponiendo una oportunidad para mí.

Un día, a primeros de abril de aquel 1962, una chica de Valladolid, esposa de un compañero de Joaquín, me comentó que en su fábrica necesitaban gente para limpiar lo que el barro había sepultado. Fui a enterarme, y el día 12 de ese mes me contrataron. Se trataba de una fábrica de goma en la que se hacían todo tipo de materiales: neumáticos, juguetes, juntas de armas, piezas de fontanería...

El primer día me presenté en la oficina para que me ordenaran lo que tenía que hacer. Estaba asustada ante lo desconocido, y también impresionada al encontrarme dentro a tres hombres a quienes no les llegaba ni al hombro. Creo que debieron verme como a una niña, y tal vez por ello me cuidaron mucho siempre, durante los catorce años que pasé en aquella empresa. Uno de esos hombres, el de más edad, me llevó de la mano a recoger las herramientas que iba a usar y me acompañó hasta mi mesa (entre las que ocupaban dos alemanas). Los primeros días él fue mi tutor. Me tenía que explicar todo con señas. Yo puse mucho interés, apuntándome a mi manera los nombres de las telas y demás elementos que había que usar. La verdad es que mi «maestro» (así les llamaban) me demostró enseguida que me apreciaba y que estaba pendiente de que aprendiera. Me empezó a llamar «mi nieta», que en alemán es *enkelin*. Tuvo mucha paciencia conmigo hasta que aprendí los nombres de los utensilios. A partir de entonces, todo fue más fácil.

No habían pasado ni dos meses desde que yo empezara a trabajar cuando se nos presentó un problema muy grande. En una de las revisiones médicas que anualmente

les hacían en la fábrica, a Joaquín le descubrieron una mancha en un pulmón. Y como no sabían si podía ser algo contagioso, directamente le pusieron en aislamiento. Al llegar a casa esa tarde me encontré con un aviso suyo donde me contaba que le enviaban a un hospital. No podía decirme a cual ni en donde estaba.

Se imaginará mi desesperación. Me quedaba sola... y sin entender ni papa de alemán. Esa misma noche fui a ver a un compañero de Joaquín, que no sabía mucho más pero que al día siguiente, que era sábado, ya sí me pudo facilitar la dirección del hospital, aunque no tenía ni idea de dónde estaba ni cómo se podía llegar hasta allí. Como tantos otros compatriotas nuestros, este compañero llevaba ya dos o tres años en Alemania pero no manejaba más alemán que el de las palabras más básicas.

Como yo no trabajaba ese sábado, me armé de valor y me fui hasta la estación de autobuses. Con la dirección del hospital anotada en un papel iba preguntando como podía a los conductores. Nadie me ayudaba hasta que alguien se apiadó de mí y me señaló el autobús que debía coger. Me subí con el alma en un puño y el viaje se me hizo larguísimo porque ni siquiera sabía a qué distancia estaría mi destino. Daba igual. Tenía que ver a mi esposo.

Finalmente fueron unos cincuenta kilómetros. El hospital estaba en medio de un bosque precioso. Me dirigí a la recepción, con el nombre de Joaquín escrito igualmente en un papel, y la chica que atendía me indicó que allí trabajaba una española y enseguida fue a buscarla. Se llamaba Carmen. Le expliqué todo, ella hizo sus indagaciones y me comunicó que Joaquín estaba efectivamente en aislamiento, pero logró que nos pudiéramos ver a través de un cristal. Sin duda mi marido estaba tanto o más preocupado que yo,

no solo por la enfermedad sino por dejar a su mujer sola en un país extraño, pero al menos ya sabía que yo le había localizado. La enfermera española me dio cobijo esa noche en su propia habitación, y al día siguiente tuve que regresar a Hamburgo para incorporarme el lunes a mi trabajo.

Joaquín estuvo en aislamiento tres o cuatro semanas. Yo subía cada quince días a verle, sin poder hacer más y beneficiándome de la hospitalidad de Carmen. Para las navidades le otorgaron por fin un permiso, y a esos días corresponde la fotografía que aparece en este libro donde se nos ve tan contentos, viniendo de comprar los alimentos para la cena de Nochebuena, y juntos de nuevo.

No le dieron el alta definitiva hasta bien entrado enero, cuando pudo volver a casa bajo tratamiento. Aún tardaría unos días o semanas en volver a trabajar. Pero por fortuna lo que le habían detectado finalmente no era nada importante.

Aquellos meses sin él fueron tan duros para mí como se podrá figurar. De algún modo ir a trabajar era un alivio. La amiga que me había conseguido el empleo venía a diario a preguntarme cómo me encontraba, y mi maestro, que supo lo que pasaba por ella, también fue muy cariñoso. Yo no le conté a nadie de mi familia la hospitalización de Joaquín, por no preocuparles pero también para que no pensaran que lo de marcharme a Alemania había sido una locura. Pero en ese período sí recibí por sorpresa la visita de un cuñado mío que vivía en Frankfort. Se quedó de piedra, y no solo por lo de su hermano, sino al comprobar las muy modestas condiciones en que vivíamos, en nuestra escueta habitación de entonces. Aunque él había emigrado después de Joaquín, estaba mejor establecido.

La fábrica era de una familia llamada Martin Merkel. Cuando comencé a trabajar éramos 250 empleados, que

se convertirían en más de 400 cuando me marché, catorce años después. Los primeros días me dediqué efectivamente a limpiar el barro que había dejado la inundación, pero muy pronto me asignaron a una nueva sección donde trabajaban unas cincuenta personas, la mayoría mujeres junto a algún hombre mutilado de la guerra. El trabajo consistía en coger una tela blanca de lino e impregnarla en una pintura negra muy espesa, que la dejaba con un aspecto similar al cuero o a la goma. Había dos clases de pintura según el grosor: la más fina la llamaban *nesel*, y la más gruesa *presto*, pero esos trabajos se hacían en otra sección. Cuando las telas llegaban hasta nosotras ya venían secas y enrolladas en cilindros para cortarlas según las medidas, pesos y cantidades que el pedido exigiera, según lo que nos indicaran los encargados. ¿Para qué se utilizaban esas piezas o juntas? Pues desde para ruedas de juguetes hasta juntas para grifos y así, pasando por componentes para armamento. Durante mi primer año allí muchos pedidos iban dirigidos a Vietnam, que por entonces estaba en guerra. Había tres secciones en la cadena: los que le daban la pintura a las telas, las que cortábamos las piezas, y finalmente el prensado y la preparación final. Mi útil principal de trabajo eran unas tijeras —que conservo—. De tanto usarlas se me ha quedado un dedo de la mano torcido.

El mío era un trabajo rutinario, desde luego, pero como los pedidos eran diferentes y había que poner atención, no me resultaba ni mucho menos aburrido. Además me lo pasaba muy bien con las compañeras alemanas (cuando comencé, en la sección solo había dos españolas, y además haciendo un trabajo diferente). Como era más alegre y animada que las germanas y siempre les estaba gastando bromas, unas me llamaban, en su idioma, «pequeña campanilla», y otras directamente «demonio». El alemán

es muy suyo, más bien serio, pero si te acepta puede ser un amigo leal y afectuoso. En el tiempo que estuve allí diría que hice en general mejores amistades con alemanes que con compatriotas. Y de su carácter trabajador y su empuje, no tengo yo que añadir nada: no hay más que ver cómo se recuperaron del destrozo de la guerra y cómo luego han seguido siendo una gran nación incluso después de absorber a la Alemania del Este, que era mucho más pobre.

Los primeros días me resultó todo muy complicado, más aún porque no entendía lo que ponía en los documentos de los encargos, pero como la cosa iba en buena parte de números —te daban las medidas de las piezas— y estos nunca se me habían dado mal, la verdad es que enseguida me las apañé bastante bien. Al cabo del primer año no solo no tenía ningún problema con las instrucciones ni para rellenar los cuadernillos que nos daban para anotar la tarea que se había hecho exactamente, sino que me eligieron para que yo tutelase y enseñara durante las primeras semanas a las nuevas empleadas españolas que llegaban. Me daba un poco de apuro y le decía a mi jefe: «¿Y si no lo hacen bien, qué pasa?». Y él me contestaba: «Tampoco tú sabías cuando llegaste, y aprendiste. Que aprendan ellas también».

La verdad es que me gané fama de buena trabajadora. Esos cuadernos donde se anotaba escrupulosamente todo lo hecho se revisaban luego en las oficinas y allí sabían bien quién daba el callo y quién lo daba menos.

Pronto me ofrecieron trabajar los sábados como horas extras. A las empleadas alemanas no les interesaba, pero dado que nuestro propósito en Alemania era ganar dinero, acepté. A Joaquín no le gustó la idea, pero como ya me había comprometido me dijo que debía cumplir. El primer sábado hubiera sido mejor quedarme

en casa. Me explicaré: éramos muy pocas en la sección, todas extranjeras. Cuando empezamos a trabajar vino el maestro y me fui con él, dejándome el bolso en mi mesa, con los bocadillos para la comida y el monedero dentro. Terminamos la jornada y, a la salida, me acerqué a un mercadillo que había cerca para comprar algo de fruta, que para los extranjeros era lo más cómodo. Señalabas lo que querías y con los dedos indicabas cuántas piezas. Pues bien, a la hora de pagar me encontré el monedero vacío. La señora del puesto me dijo tan tranquilamente que dejara la fruta y fuera a por los cuartos, sin saber que yo vivía a diez paradas de tranvía de allí y que no es que me hubiera olvidado el dinero, sino que me lo habían robado. Cuando llegué a casa me eché a llorar todo lo que me había aguantado en la calle. Por supuesto, Joaquín me consoló. Al rato vino a casa la amiga que me había informado sobre el empleo para preguntarme qué tal me había ido, y me encontró llorando desconsolada. Cuando le conté lo ocurrido no dudó ni un segundo en señalar a la culpable: se trataba de una chica madrileña llamada Trini. Para ayudarme, el lunes siguiente subió a contarles a mis jefes el hurto que había sufrido. Pero claro, el dinero no tiene una firma que identifique al propietario. Fue una lección que ya nunca olvidé: si por alguna razón me tenía que ausentar, le dejaba el bolso a una compañera alemana que me tenía mucho cariño.

Esta es una anécdota sin importancia, que no desmerece el excelente trato que siempre recibí en la fábrica, tanto de las compañeras alemanas como de mis jefes. Tengo que contar que estos tuvieron siempre la gentileza de felicitarme en cada uno de los cumpleaños que pasé en Alemania. No sé qué méritos hice, pero recibí mucho cariño.

Hablando de compañeras, una de las mejores de esos años fue una chica griega, Fanny, que había comenzado a trabajar el mismo día que yo. Su marido también estaba empleado en la fábrica. Llevaba una especie de carro con refrescos y cerveza y recorría las secciones vendiendo esta mercancía. Sabía algunas palabras en español, y hablaba alemán a la perfección. Fanny y yo nos llevamos muy bien, pues además de trabajar en la misma sección comíamos en la misma mesa en la cantina. Un día me contó, pues lográbamos entendernos un poco, una cosa bien curiosa: que había conocido a su marido tan solo dos días antes de la boda. Él había hablado con su padre y habían acordado que le entregaría dos vacas y una cabra a cambio de poder casarse con ella. Cuando Miguel, que así le llamábamos, se vino a Alemania, Fanny tenía 11 años. Fue una gran amiga durante todos mis años de Hamburgo, aún más porque fuimos madres al mismo tiempo, cuando ella tenía veintitún años y yo veintiocho.

En cuanto a la jornada en sí, entraba a trabajar a las seis de la mañana (me tenía que levantar a las cinco) y terminaba a las dos del mediodía, con un par de descansos por medio. Se podía comer en la fábrica y yo lo solía aprovechar, aunque nunca me gustó el menú porque cocinaban con mantequilla y yo lo detestaba (Joaquín se acabó acostumbrando y hasta le cogió el gusto). Comprar aceite de oliva era difícil y salía carísimo, la botella costaría diez veces lo que en España, pero aún así la adquiriría porque con la mantequilla no podía. Llegué a fabricar yo misma chorizos, comprando la carne en un matadero y haciéndolos con una máquina que traje de España, y hasta salamos un par de jamones en la buhardilla que tenían unos amigos, que reunía las condiciones para ello.

Con la familia nos relacionábamos por carta, pero en el verano de 1963 ya hicimos nuestro primer viaje de vuelta, en compañía de unos amigos de Valladolid. Toda una aventura: tres días en coche, pasando por Ámsterdam, San Sebastián y otros sitios, hasta Madrid, donde nos recibió con mucha hospitalidad mi tía Esperanza y su marido. ¡Qué gusto fue volver a probar comida casera española!

Yo no había querido avisar a los míos. Pretendía una sorpresa. Nunca olvidaré el momento de llegar al pueblo y entrar en la que había sido mi primera casa. Mi abuela estaba cocinando una tortilla (por cierto que ya utilizaba bombonas de gas) y cómo le impresionaría el verme, así de improvisado, que hasta se le cayó parte de ella sobre la mesa.

También fue emocionante, cómo no, el reencuentro con mi madre, aunque ya ha quedado reflejado que ella era parca en expresar sus sentimientos. Seguía teniendo la tienda, y allí que me puse a despachar los días de vacaciones que pasé. Nada de irnos a la playa. No estábamos para esos lujos.

Al cabo de los dos años de mi estancia en Hamburgo surgió la oportunidad de mudarnos a una vivienda mejor, aunque tampoco como para tirar cohetes. Era como una barraca en medio de una huerta, que alquilaban los dueños de la casa de al lado, quienes posiblemente la hubieran utilizado antes como cuarto de herramientas o para la jardinería. Era un matrimonio majísimo, y la huerta era muy agradable, con perales y manzanos. Para nosotros era un cambio muy positivo: disponíamos de más espacio, había cocina, y ya no teníamos que compartir el baño con otros vecinos, aunque hasta entonces nos habíamos apañado sin él por la sencilla razón de que tanto en la fábrica mía como en la de mi marido se disponía de duchas para los empleados.

Estábamos muy establecidos ya en aquel país, y como matrimonio nos iba de fábula. Éramos muy felices. Muchas veces los matrimonios se malean por las intromisiones de otros familiares. Nosotros allí estábamos solos, vivíamos el uno para el otro, tan a gusto y siempre con armonía.

¿Si echábamos de menos España? Pues sí, claro. La luz y el ambiente de nuestro país. Con nuestras jornadas de trabajo, en otoño e invierno prácticamente no veíamos la luz del sol, y aquello de salir a la calle a tomar algo, allí no existía.

En 1965 Joaquín cumplió cinco años trabajando en su fábrica y pudo optar a las viviendas que ofrecía esta a sus trabajadores en el mismo barrio donde estaba instalada, el de Wilhemsburg, bastante más cerca del centro de Hamburgo que Harburg. En realidad eran una especie de apartamentos de unos treinta metros cuadrados, con una sola pieza pero preparada para dividirla con una cortina, y un gran ventanal. Un baño que no llegaría al metro cuadrado, con una ducha minúscula, y la cocina también muy reducida. Todo a estrenar, en una torre nueva construida para los empleados, en la que nos correspondió vivir en el piso noveno, por supuesto con ascensor. El cambio suponía un progreso enorme para nosotros, no solo por la comodidad material sino por una razón muy importante: teniendo más espacio, ahora sí que podíamos plantearnos tener hijos.

Aquel año nos vinimos de vacaciones a España durante agosto y septiembre. Y aunque tardaría aún unos días en saberlo, yo regresé a Alemania llevando dentro de mí a otro ser.

El embarazo transcurrió de maravilla. No falté a trabajar ningún día salvo los últimos, y ello porque los médicos de la fábrica —que te hacían chequeos regulares— dijeron que el feto

estaba ya en posición de nacer, que tal vez yo llevaba mal las cuentas, y me mandaron a casa. Pero mi cálculo era correcto. El parto tardó tres semanas en suceder. Por cierto que yo me había puesto enorme. No me podía ni sentar para comer. Mi jefe me mandaba a veces a coger una bebida de la cantina solo para que anduviese y no estuviera tan pesada.

Bueno, pues al final acudí un día al otro médico que nos trataba a los emigrantes, un generalista que aunque era alemán hablaba español, y me dijo que me fuese inmediatamente al hospital, que ni avisase a Joaquín ni nada, que estaba ya de parto. Le obedecí, no podía hacer otra cosa, aunque antes dejé una nota para mi marido en casa. En la maternidad resultó que la cosa no era tan inminente pero, como ya estaba allí, me aconsejaron quedarme internada.

Si el embarazo había sido coser y cantar, el parto en cambio fue terrible. Pasé las de Caín y al final tuvieron que usar el fórceps. Pero fue para bien.

Mari Mar nació el 15 de mayo de 1966, domingo, en el hospital católico que teníamos asignado. Un buen ejemplar: medía 57 centímetros y pesó cerca de 4 kilos. Por supuesto no sabíamos si sería niño o niña. La pusimos el nombre que lleva sin ninguna razón especial, y fueron sus padrinos nuestros amigos Rosario y su marido Felipe, a los que enseguida me referiré más extensamente. La bautizamos en el mismo hospital.

El primer mes se portó mal, por la sencilla razón de que con el fórceps la lastimaron un brazo y me la dieron entablillada a una especie de cruz de madera, que me costaba un montón cambiarla los pañales y la ropita. Durante un tiempo la tuve que llevar a que le dieran una especie de masajes. Yo también me había quedado muy debilitada tras el parto.

Pasado el primer mes, la niña fue una bendita —como lo sigue siendo ahora— y aunque yo era una madre primeriza no tuve ninguna dificultad. Porque estaba ya muy entrenada. Había medio criado a mi hermano, y dado de comer y demás a varios de mis primos. Mari Mar era mi primera hija pero no mi primer bebe.

Me dieron dieciséis semanas de permiso de maternidad —otra cosa buena de los alemanes— y cuando volví a la fábrica renuncié a hacer horas extras y además solicité una reducción de jornada para poder dar de mamar. Una vez más se portaron magníficamente conmigo porque durante los seis primeros meses me estuvieron trayendo el trabajo a casa, gracias a un jefe muy querido, *herr* Britzmann, que vivía cerca y con el que también hice muy buenas migas, llegando incluso a visitarle en su chalet.

Tomamos la decisión de que la niña siempre estaría con uno de nosotros. Nada de guarderías ni de llevarse a los hijos a España a que los criaran los abuelos u otros parientes, como hacían muchísimas familias españolas. Creo que nos influyó el hecho de que ninguno de los dos nos habíamos criado con nuestros padres y valorábamos mucho la presencia de una y otra figura. Más adelante, y puesto que Joaquín podía elegir turno, nos solapábamos para cuidarla: cuando yo llegaba de la fábrica él se marchaba. En el mismo autobús.

Mi marido estaba emocionado con la niña y queriéndola a más no poder. Así como de cocinar nunca hizo lo más mínimo, con su hija estaba disponible y atento para todo. En cuanto creció un poco la llevaba por las mañanas a la piscina, antes de marcharse a trabajar. Luego me la entregaba, cuando yo volvía a sustituirle, bien vestida y cuidada.

Teníamos claro que deseábamos otro hijo. Yo había sido hija única, al menos hasta mis dieciocho años, cuando nació Luis Vicente, y por mucho cariño que hubiera recibido de mi familia no quería que Mari Mar lo fuera. Pero había un problema serio al respecto. El apartamento que ocupábamos podía haber sido suficiente para una pareja; con un niño ya se quedaba pequeño... y desde luego para tener otro hijo resultaba imposible. Y no solo por la cosa del espacio. Es que en Alemania, y al menos con los emigrantes, funcionaba un servicio, asistencia social o lo que fuera, que nos visitaba en nuestras casas sin previo aviso, para comprobar las condiciones materiales en que vivíamos y cuidar de que fueran las adecuadas para los niños. Y esto representaba un problema ocupando la pequeña vivienda que teníamos. Porque además nosotros siempre fuimos muy respetuosos con las leyes de allí. Así que empecé a plantearme muy seriamente que habría que volver a España. Como ya tenía confianza con él, se lo conté a mi jefe de entonces, *herr* Britzman, y él vino a ofrecer la solución. Resultó que conocía a una señora ya mayor que quería cambiar su domicilio, que estaba muy cerca de la fábrica. La vivienda tenía salón, dormitorio, cocina, baño y un pasillo, pero era un segundo piso y el bloque carecía de ascensor y las escaleras eran bastante empinadas. Un serio inconveniente para aquella mujer, que era ya mayor, pero no para nosotros, que evidentemente éramos jóvenes y valorábamos más tener un espacio mayor. Así que realizamos la permuta, que en definitiva esto fue, sin más problemas.

Solucionado este frente, tres años después tuvimos a Ángel. De nuevo mi médico me dijo que estaba de parto, dejé a la niña con mi amiga Rosario y esta vez sí me pudo acompañar Joaquín al hospital. Pero allí le dijeron que se fuera para casa y que ya le avisarían, porque la cosa iba para

largo. Como ya había pasado por el parto de Mari Mar, la verdad es que me lo tomé bien, pero desde luego que se cumplió el pronóstico: ingresé a las cuatro de la tarde un día, y el niño no nació hasta las siete de la tarde del día siguiente. Y con un parto que volvió a ser de aúpa, con una hemorragia incluida, aunque sin fórceps. Me quedé tan mal que Joaquín vio a nuestro hijo antes de que yo lo pudiera tener en mis brazos.

Era el 15 de septiembre de 1969, lunes. Si Mari Mar había sido un bebé rollizo, el niño la superó: más de cuatro kilos. Sobre el nombre no tuvimos ninguna duda: llevaría el de mi difunto padre. Los padrinos —a distancia o casi por poderes, puesto que no era cuestión de hacerles venir para esto— fueron mi tía Esperanza y el señor del matrimonio que la trajo a vivir con ellos a Madrid y que acabarían siendo su otra familia. También casi para nosotros. Siempre les hemos llamado el *papá* David y la *mamá* Carmina, y así les veréis nombrados a menudo más adelante.

Como con la niña, estuve ocho días hospitalizada, con Joaquín viniendo al hospital dos horas diarias, que es lo que permitían. También le bautizamos allí mismo.

Bueno, pues había sido niño, lo que al padre le hizo lógicamente mucha ilusión (muchos compañeros habían tenido hijos también en esas fechas y todas salieron niñas) y con él ya teníamos lo que todo matrimonio buscaba al menos al principio: la parejita.

Ángel fue un bebé muy majo, gordo y que se crió de maravilla. En el trabajo continué con la jornada reducida que ya tenía desde el nacimiento de Mari Mar, pero además ahora, y como vivíamos muy cerca de la fábrica, aprovechaba los veinte minutos que nos daban de pausa a las nueve de la mañana para acercarme a darle el pecho.

Iba a la cancela con mi autorización para salir, y creo que incluso me consideraban muy buena madre por esto. Su hermana le quiso un montón desde el principio, aunque algo de celos sí tuvo. No lo expresaba (Mari Mar ha salido a su padre en lo sería y reservada) pero yo lo notaba.

Si hasta entonces, y como queda dicho, nuestra vida social era bastante limitada, se podrá imaginar que con dos niños se redujo ya prácticamente a cero. Como madre y trabajadora, yo andaba atareadísima. Cuando llegaba el fin de semana había que atender la casa y lo que quedara pendiente. A esto hay que sumar que en Alemania, en otoño e invierno, a las cuatro de la tarde ya era de noche. Y que tampoco las costumbres eran las nuestras: los bares no eran como los de España y además los alemanes tomaban la cerveza en vasos de medio litro y sin un mal aperitivo, lo que para nosotros era exagerado. Menos mal que unos compatriotas abrieron uno con productos nuestros, que acabó sirviendo de local de reunión. Porque al menos en los años sesenta todavía no existían, al menos en Hamburgo, las *Casas de España* o los centros para emigrantes, que vendrían unos años después, cuando aumentó aun más la emigración. Llegaron muchos turcos, y también más españoles, especialmente de las regiones más pobres. Muchos de ellos eran prácticamente analfabetos.

Pero sobre todo hay que entender que estábamos allí no para divertirnos sino para ahorrar dinero pensando en nuestro regreso a la patria. Y esto se lograba. Aunque diré una cosa: según fue pasando el tiempo apreciamos que en España se iba viviendo cada vez mejor. Muchas familias vivían aquí tan ricamente y veraneando todos los años sin necesidad de que las mujeres trabajasen. O sea que los emigrantes cuando volvíamos no éramos unos nuevos

ricos ni mucho menos. Llegabas a tener algo si habías ahorrado de verdad. Muchos que no lo habían hecho regresaron como se habían ido.

En cuanto a nuestras amistades de Hamburgo, tengo que citar muy señaladamente a una pareja de Salamanca, la ya mencionada Rosario y su marido, Felipe, que fueron muy importantes para nosotros y cuya amistad me honra seguir manteniendo. Rosario entró a trabajar en mi misma fábrica, tuvo en Alemania a sus dos hijos, como yo misma y casi en las mismas fechas, y si del primero fui madrina, al segundo le tuve tantas veces en brazos como si lo fuera. Teníamos una amistad tan grande que cuando nació este segundo cometí la travesura de alegar que estaba enferma para que me dieran la baja en el trabajo y ayudarla a ella en los días inmediatos al parto. Creo que eso solo se hace con una hermana.

También ellos regresaron a España y aquí continuamos la amistad, dura y fuerte como un roble. Tan estrecha que mis hijos les llaman padrinos y los suyos a mí tía. Nunca hemos faltado en las celebraciones de cada familia, y si leen estas páginas, que espero que lo harán, les dejo en ellas testimonio de mi mayor cariño.

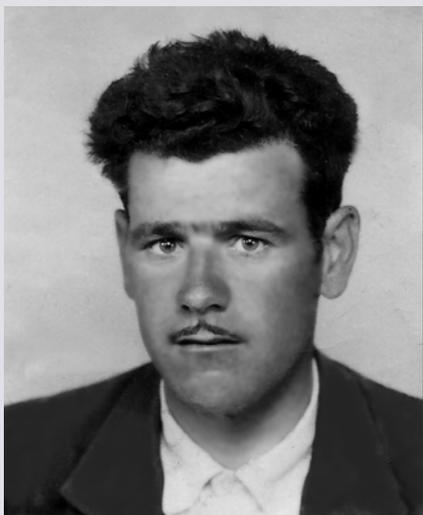
Bueno, pues los años se fueron sucediendo y llegó el momento de que la niña fuera a la escuela, con seis años. Lo hizo por partida doble: por las mañanas a un colegio alemán, donde recibía la educación normal por así decirlo, y por las tardes la llevábamos a uno español donde le enseñaban nuestra lengua y también la religión católica (allí haría la Primera Comunión). La dejaba en este segundo y, tirando del carrito de Ángel, me iba mientras a hacer la compra. Mari Mar salió muy estudiosa. Siempre ha tenido mucho amor propio. Y ha sido buena, igual que su her-

mano. Nunca nos hicieron ninguna trastada. No fueron niños de bajar a jugar a la calle, como los españoles. Allí eso no se llevaba. No veías a un niño solo fuera de casa.

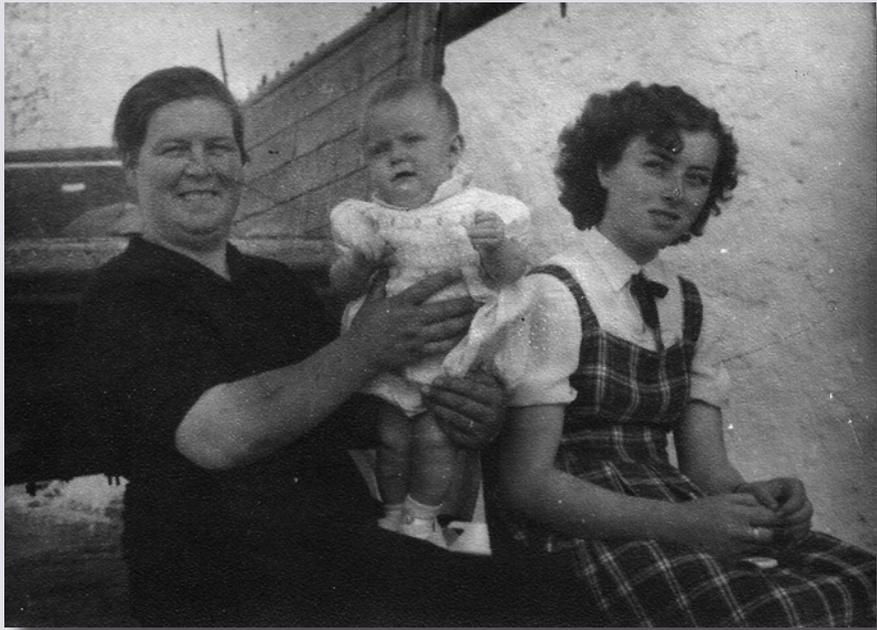
¿Que si hablábamos alemán a estas alturas? Pues sí y no. Me explicaré: para hacer la compra o decirle al médico lo que te pasaba a ti o a tus hijos nos apañábamos, pero tampoco mucho más. Ese idioma, con tantas consonantes, es francamente muy difícil. Y eso que teníamos televisión casi desde el principio. Pero la veíamos sin entender la mayor parte de lo que decían.

No voy a cerrar este capítulo sin contar un detalle más de mis años de Alemania. Y es que en 1974, llevando ya doce años de servicio y con ocasión del 75 aniversario de la fundación de la empresa, mis jefes me entregaron una medalla como reconocimiento (puede verse el momento en las páginas de fotos). Ni siquiera sé si es de oro (lo aparenta) o de otro metal, y tampoco conozco cual fue el escrutinio o la selección que se hizo para hacerme merecedora de ella, pero estoy muy orgullosa de tenerla.

Mi padre.



Mi tío Fidel.



Con mi madre y mi hermano, en el pueblo.





Con la virgen de Fátima, sobre 1958.



*En mi boda (15-1-1962).
Arriba con mi tío Isidro,
mi cuñada Crescencia y mi
suegro, Máximo. Al fondo,
escayolado, mi padrastro.*

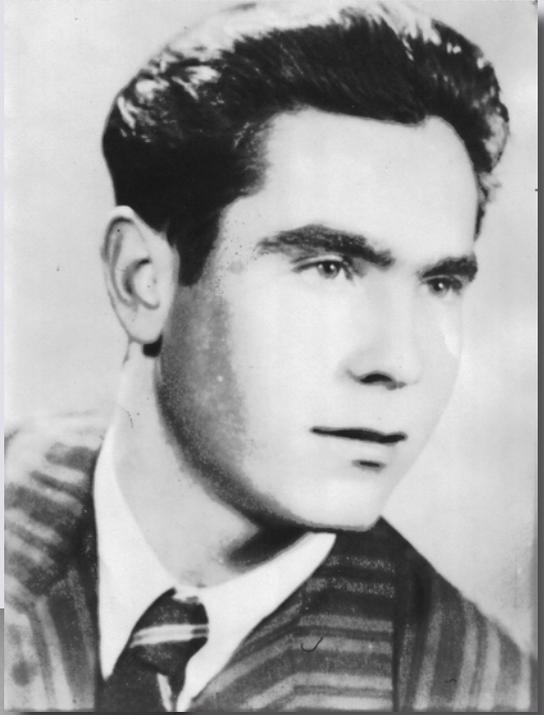


Con mi abuela María.



De jovencita.

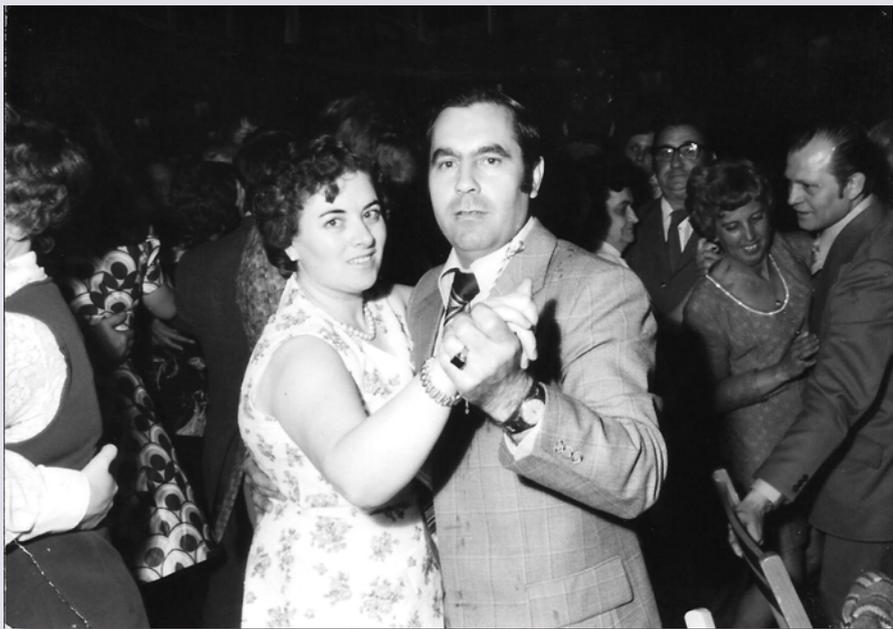




Joaquín, de joven.



Con la compra para la Nochebuena de 1962, en Hamburgo.



En una de las fiestas anuales de la empresa, y recibiendo una medalla por mis doce años de servicio en la fábrica.





*¡Y llegaron los
hijos!*



*Más fotos en Alemania.
Abajo, en la Primera
Comunión de Mari Mar
(1975).*





En mi frutería, sobre 1981.



Mi hermano en su servicio militar.



*Celebrando nuestras bodas de plata,
en Palma de Mallorca (1987).*

*En la boda de Mari
Mar (26-9-92).*



*¡Mi primer nieto!
(1995).*



En la boda de Ángel (23-6-2001).



Con mis nietos, en la actualidad.



NUESTRO REGRESO A ESPAÑA

Cuando tres años después de hacerlo con Mari Mar hubo que escolarizar a Ángel, tuvimos claro que había que volver a España. Pensábamos que se criarían mejor en nuestra patria, lo apreciábamos cada vez que veníamos por vacaciones, y hasta *herr* Britzmann me lo comentó cuando regresó de una estancia en Tenerife. Pero no era solo por los niños, también nosotros necesitábamos un cambio. La vida que llevábamos en Hamburgo no era mucho más que trabajar y dormir (y por supuesto atender a los hijos). Todo con la pretensión última de ahorrar para asegurarnos una vida mejor en España. Y debo decir que lo estábamos logrando. Ya en 1963, tras mi primer año de trabajo, y con lo que Joaquín había reunido desde que llegó a Alemania, pudimos pagar casi al contado un modesto piso en el madrileño barrio de Ventas, que pusimos en alquiler, y no mucho más tarde, y aconsejados por el *papá* David, quien me hizo ver que como huérfana de guerra tenía derecho a solicitar el día de mañana un estanco, si nos hiciera falta, habíamos adquirido para tal fin —aunque firmando las correspondientes letras— un local comercial en el barrio de Usera. Lo alquilamos finalmente a una viuda de guerra, aunque el negocio lo desarrolló un pariente o así, que por cierto nos daría unos cuantos problemas.

Lógicamente el retorno a España no fue una decisión repentina. Cuando en 1972 vinimos por vacaciones ya teníamos la determinación de comprar un piso en Madrid para que fuera nuestra vivienda definitiva una vez regresáramos. Fue David (en adelante prescindiré a veces de ese ape-

lativo cariñoso de *papá*) quien un día nos trajo por Aluche y nos mostró la urbanización donde todavía habito, que aún estaba solo proyectada. Aunque nos costó un buen dinero, porque evidentemente tenía un estupendo equipamiento (había otros pisos más baratos, pero quisimos este), nos decidimos y compramos sobre plano. Salió por un millón cien mil pesetas, exactamente, que tengo entendido que ya era una cantidad apreciable en aquella época. Por ello decidimos que no vendríamos a España en los tres años siguientes, pensando en ahorrar tolo lo posible para reiniciar aquí nuestras vidas en las mejores condiciones.

La idea era regresar los dos juntos, pero de nuevo mi jefe, con el que ya se ve que teníamos bastante confianza, le hizo ver a Joaquín que si trabajaba allí un año más, hasta computar dieciocho, tendría derecho a cobrar una pensión alemana el día que se jubilara. Y esto era algo que no podíamos rechazar.

En mayo de 1975 vine por fin con mis hijos, aprovechando mi mes de vacaciones, para empezar a preparar todo lo necesario para regresar definitivamente. Iniciaba con ello una auténtica aventura.

Nuestra futura casa de Aluche estaba ya construida pero necesitaba meterle bastante mano después de haber permanecido cerrada dos años. En este tiempo David se había ocupado de todo y hasta nos había mandado planos con todas las dimensiones interiores, instalaciones de fontanería y hasta la medida que tendrían que tener las cortinas. Esto me facilitó bastante amueblarla, aunque diré que tampoco me lo pensé mucho: acudí con David y la *mamá* Carmina —que seguían apoyándose en todas las gestiones; se entenderá que les tengamos que estar tan agradecidos— a una tienda que ellos conocían, y allí adquirí todo.

Nos instalamos en el chalet que ellos poseían en una urbanización de la selecta zona de Somosaguas, donde esos meses estaban viviendo mi tía Esperanza, Manolo y sus hijos, en tanto les entregaban el que ellos habían comprado a su vez. Tenía piscina, así que para mis hijos era estupendo, como lo era en general estar en España y haber llegado en verano, sin obligaciones escolares. Jamás echaron de menos Alemania, a pesar de haberse criado allí en buena medida (Mari Mar hablaba y escribía perfectamente el alemán, no así el pequeño, que al no estar aún escolarizado tenía el castellano que hablábamos en casa como su única lengua). Mientras ellos podían jugar y empezar a familiarizarse con su patria verdadera, yo me puse a la tarea de buscarles colegio, uno público, lo que me resultó bastante difícil porque en Aluche había muy pocos. Lo logré para Ángel pero a Mari Mar la tuve que matricular en uno privado. Ni que decir tiene que esto era muy importante para nuestros planes porque caso de que no lográramos plaza escolar (y yo no sabía cómo funcionaba la educación en nuestra patria) tal vez tendríamos que aplazar nuestra vuelta a España. Por esta razón, y por prudencia, yo conservaba aún mi empleo en Hamburgo.

Resuelta esta cuestión, y entrado ya el mes de junio, dejé a los niños en el pueblo con mi madre y mi padrastro, aunque al cuidado también de mi cuñada Concha, y regresé a Alemania a pedir, ahora sí, el finiquito en mi fábrica. Y en agosto regresé ya con Joaquín, que había acumulado dos períodos de vacaciones con este fin. Juntos pudimos ocuparnos de recibir los muebles que había adquirido en mayo y terminar de limpiar y montar la casa (que debo decir que en buena medida está hoy igual que la dejamos entonces). Terminábamos cansadísimos de todo este trajín. La verdad es que, aunque estábamos sin niños

la mayor parte del día, no tuvimos ocasión de dedicar ningún tiempo a divertirnos él y yo.

Nuestro nuevo barrio estaba ya bastante urbanizado aunque aún había numerosos solares. ¿Que si me gustó como lugar para vivir? Pues ni fu ni fa. No conocía apenas Madrid y lo mismo me hubiera dado estar en cualquier otro distrito. Lo único que me resultaba familiar en la capital era la zona centro, donde vivía mi tía Esperanza. En estos barrios periféricos me sentía bastante extraña.

Bueno, pues llegó el mes de septiembre y Joaquín tuvo que regresar a Alemania. Su marcha fue muy dura porque habíamos decidido que, de nuevo con el fin de ahorrar todo lo posible, no vendría el verano siguiente. Pasaríamos pues más de un año sin vernos. Con tal panorama, la despedida fue tan triste como se puede imaginar. Antes de que saliera por la puerta en dirección al aeropuerto a mí se me saltaron las lágrimas... y a él también. Aunque para mi marido no había terminado el tiempo de la emigración, al separarnos se cerraba un capítulo muy importante de nuestra existencia. En Alemania vivimos nuestros primeros años de casados, nacieron nuestros hijos y fuimos una familia muy unida, entre otras cosas porque no teníamos otros apoyos de parientes. ¿Los mejores años de nuestra vida? No, eso no. Allí sobre todo trabajamos mucho y disfrutamos lo justito y menos. Los mejores años estaban por llegar. Vamos con ellos.

Dinero en metálico teníamos poco, esa es la verdad, pero creo que nuestro propósito de haber progresado materialmente durante los años en Hamburgo se había cumplido: poseíamos la casa de Ventas, el local comercial en Usera, y la vivienda que sería nuestro hogar.

Y que lo sería también para mi hermano. Luis Vicente tendría por entonces diecinueve años y no había querido

seguir los estudios, aunque estaba bien dotado para ello. Yo quería que al menos se sacase el graduado escolar y forcé que viniera a Madrid para ello. Y por si éramos pocos, en noviembre me traje también a mi primo Fernando, hijo de mi tía Felicidad, algo mayor que mi hermano y que hasta entonces había trabajado el campo. No le gustaba y aspiraba a algo mejor. Le dije que en casa tendría una cama y no se lo pensó. Al principio le costó encontrar trabajo, pero aprovechó para sacarse el carnet de conducir de primera categoría, y gracias a ello se colocó de transportista.

Aquí me veis: sin marido pero con dos niños y dos jóvenes a mi cargo. Desde luego la soledad no iba a ser mi problema. Aunque la verdad es que al principio me sentía aquí más extranjera que en Alemania.

Supongo que esto último merece una explicación.

Yo había emigrado siendo muy joven y, como quien dice, me había hecho mujer dentro de una cultura extraña y escuchando continuamente un idioma que no era el mío. Ahora bajaba a hacer la compra y no sabía, por ejemplo, cómo se llamaban aquí algunos tipos de la carne que todo el mundo consumía. Me salían los nombres en alemán. Y recuerdo que me quedé de piedra cuando fui a solicitar el teléfono para poder hablar con Joaquín y me dijeron que tardarían tres meses en instalármelo. No daba crédito (aunque al final, y gracias a un primo de mi madre, me lo pusieron en solo una semana).

Además mientras fuimos emigrantes escuchabas todo tipo de promesas: que a nuestro regreso se nos darían un montón de facilidades, que viviríamos estu-pendamente... Pero luego encontrabas que cada uno se tenía que buscar la vida.

¡Y encima vine justo antes de que muriera Franco, con todos los cambios que ello supondría en el país!. Quieras que no, y siendo yo alguien que no entendía de política y había estado tantos años fuera, esto me supuso un motivo de incertidumbre grande. Estaba asustada por lo que pudiera ocurrir, aunque solo hasta cierto punto, porque tenía claro que si las cosas se torcían cogería a mis niños y me volvería a Alemania, donde seguro que me admitirían de nuevo en la empresa.

Evidentemente echaba mucho de menos a Joaquín. Hablábamos por teléfono una vez a la semana, el sábado o el domingo, y yo siempre le notaba la preocupación por cómo nos iba y cómo estaban los niños. Le angustiaba que el dinero que mandaba pudiera no ser suficiente para pagar las letras que quedaban del piso y atender a las necesidades diarias, pues ni él ni yo sabíamos bien el verdadero coste de muchas cosas en España, ya que mientras habíamos convivido con mis tíos estos se negaban a que pagásemos la comida. Joaquín evitaba hablar de sí mismo, pero yo sabía que nos debía añorar terriblemente. Me consolaba pensar que al menos lo más básico -comer, por ejemplo- lo tendría solucionado gracias a la cantina de la fábrica.

Mis hijos llevaron más o menos bien la ausencia del padre. Los niños se adaptan a menudo mejor que los adultos a las nuevas situaciones. Mari Mar lloraba muchas veces cuando hablaban por teléfono, y al principio le costó adaptarse al nuevo colegio, especialmente con la asignatura de matemáticas. La impartían de una manera distinta a la de Alemania y no la entendía. Volvía a casa, salía a la terraza y allí se hartaba a llorar. Junto al *papá* David, que debo decir que, como hombre culto que era se expresaba maravillosamente, tuve que ir a hablar con el director del centro a explicarle nuestra situación

de emigrantes retornados y a preguntarle si creía que debíamos contratar una profesora particular para ella. Aquel hombre nos recomendó esperar un tiempo, y fue un gran consejo (y un alivio, porque no estábamos para encarar gastos extras sin saber aún para cuánto daba el dinero que Joaquín enviaría). A los tres meses esos problemas se habían superado y la niña se había colocado —me dijo el director— entre las mejores de la clase. Otro factor que ayudaba era estar acompañados. Los fines de semana o los pasábamos en el chalet que Esperanza y Manolo se habían construido ahora en Pozuelo, o nos íbamos al pueblo con el coche, un Renault 8, que compré a medias con mi hermano cuando este se sacó el carnet. En Naharros los niños lo pasaban estupendamente, libres en la calle y teniendo a su disposición la tienda de mi madre y mi padrastro, con todas sus golosinas y demás. Ya que los menciono diré que seguían siendo un matrimonio perfectamente avenido. No sé hasta qué punto eran o no felices —esto queda para su intimidad— pero parecían llevarse bien. Cástor era un buen marido y un buen padre para Luis Vicente.

Creo que yo lo pasé peor. Efectivamente tenía compañía pero dos niños no pueden proporcionarte la conversación —mucho menos el respaldo— de un adulto, y mi hermano, que siempre había estado muy mimado y apenas sabía nada de la vida, tampoco era una gran ayuda en esto. Para mí era más otro hijo que un hermano. Respecto a mi primo Fernando, debo decir que se integró estupendamente con nosotros, como uno más de la familia. Cariñoso con los niños, y serio y trabajador en el empleo que había conseguido. Pasaríamos juntos cinco años y solo nos abandonaría para casarse, aunque una vez que se echó novia lógicamente ya hacia su vida y estaba menos tiempo en casa. Era y sigue siendo una gran persona.

Ese verano anterior al regreso de Joaquín pude tener por fin unas vacaciones como Dios manda, y no en el pueblo como habían sido todas hasta entonces. Marché con los niños y con mis tíos a la playa, a Mazarrón, donde alquilamos un apartamento a medias. ¡Lo que pudimos disfrutar, los niños –Esperanza y Manolo tenían dos chicas y un chico– y los adultos! Y eso sin hacer ningún dispendio, que comprábamos la comida y la cocinábamos en el apartamento. Manolo decía: «Son las vacaciones más baratas que hemos hecho». A pesar de que no nos acompañaba Joaquín, y aunque solo fuera por la novedad y por ver a tus hijos felices bañándose y disfrutando con sus primos, creo que es el tiempo de ocio del que guardo mejor recuerdo

La separación de mi marido tocaba ya a su fin. Justo en vísperas de las navidades de 1976 nos pudimos reunir por fin toda la familia. Habían transcurrido dieciséis meses sin siquiera vernos.

No le pude ir a recibir al aeropuerto pero no se me olvida el momento en que tocó el timbre de casa. Mis hijos y yo bajamos como locos a recibirle. Traía varias maletas con las ropas y las cosas más fáciles de trasladar (el resto de nuestras pertenencias domésticas lo habíamos traído tiempo atrás, por vía férrea, con un contenedor).

Una no sabía si reír o llorar. El reencuentro fue por supuesto un suceso felicísimo, más aún en esas fechas tan entrañables, que nos fuimos a pasar con mis padres y los suyos a Naharro. Pero lo cierto es que los comienzos fueron difíciles. Joaquín no quería perder un momento para ponerse a encontrar trabajo, y esto no resultó al principio nada fácil. En su empresa de Alemania le habían señalado que en una fundición en Almería le darían empleo con seguridad, pero esta no era una alternativa que pudiéramos

mos contemplar. En aquellos años vivir en Almería era estar casi más lejos de nuestros parientes que estando en Hamburgo, donde al fin y al cabo, y en caso de necesidad, un avión te traía a España en poco más de tres horas.

Así que el estar de brazos cruzados y la incertidumbre sobre el futuro enseguida empezaron a minar la moral de mi marido. Llegó incluso a pensar en regresar a Alemania, pero yo me negué en redondo. Antes, le dije, me pongo a trabajar aquí, en lo que sea. Finalmente, sería ya el mes de marzo, nuestro vecino Gonzalo, que junto a su mujer, Aurora, siempre nos han echado una mano en lo que han podido, le encontró un empleo a tiempo parcial en una empresa de limpieza industrial llamada *El Impecable*. Eran solo cuatro o cinco horas al día, y ganaba doce mil pesetas, un sueldo muy bajo para la época. No era pues para estar contento. Pero afortunadamente al cabo de un año ya empezó a faenar la jornada completa. Aunque el salario seguía siendo pobre, ya era mayor, y además el sentirte útil ya se sabe que sube la moral. Dificultades económicas no llegamos a pasar nunca. Al fin y al cabo seguíamos teniendo alquilados el piso de la calle San Marcelo y el local de Usera (que además de estanco se ampliaría a despacho de quinielas y más tarde a juguetería), aunque la renta de uno y otro en realidad era una miseria. De auténtica risa. Por eso seguíamos tratando de moderar los gastos y nos hacíamos nosotros mismos todo lo que estuviera en nuestra mano, desde el bricolaje casero hasta los arreglos de ropa, que mis buenas jornadas me he pasado entre calcetines, sábanas, pantalones vaqueros y todo lo demás. Joaquín traía el dinero y yo procuraba gastar lo menos posible. Pero estábamos en nuestro país, donde la vida era efectivamente más agradable. Salías a la calle, ibas a tomar cualquier cosa, y el carácter de la gente y hasta la

misma luz del sol ya te hacían la vida más alegre. Desde casa podía ver todas las tardes a mi hijo jugando en el patio privado de la urbanización con sus amigos y eso era ya un gozo. Tanto él como Mari Mar iban creciendo sin problemas, ella siempre obediente (cuando la regañabas se enfurruñaba y pasaba un mal rato) y muy buena estudiante, de hincar los codos a base de bien, y él más rebelde y respondón, como a menudo pasa entre niños y niñas. Me hace gracia recordar la pasión que Ángel tenía –y tiene aún– por los coches. Desde pequeñito se sabía todas las marcas, y a poco de llegar a España podía distinguir las matrículas de cada provincia.

La educación de nuestros hijos recayó en mí en gran medida, por una sencilla razón: para compensar lo bajo que era el sueldo, Joaquín trabajaba como un mulo, incluidos los sábados por la mañana, y hacía todas las horas extras que podía. Se marchaba antes de las ocho y regresaba doce horas después, ya casi para cenar y acostarse. No tenía mucho tiempo para ejercer de padre. Deberes, citas con los profesores en el colegio y demás eran para mí. Y de cuentas domésticas lo mismo: él ingresaba la nómina en el banco y no se preocupaba más de lo que había o dejaba de haber. Sinceramente tanto los estudios de los hijos como la economía los llevaba yo en exclusiva y él se limitaba a dejarme hacer.

Ocio tuvimos poco en esos primeros años tras nuestro regreso. Los fines de semana los pasábamos casi todos en el pueblo. Yo hacía compañía a mi madre y ayudaba en la tienda, y Joaquín los pasaba tan a gusto, feliz de estar en el campo. Si nos quedábamos en Madrid, venía a tomar café algún pariente, visitábamos a Esperanza y Manolo, y poco más. Con nuestros grandes amigos de Alemania,

Rosario y Felipe, al vivir ellos en Salamanca, si acaso nos veíamos una o dos veces al año. Con el cansancio acumulado de la semana Joaquín donde mejor estaba era en casa y no quería otra cosa. Jamás fui con él al cine o a un espectáculo. Los pocos ratos libres que tenía se dedicaba a su mayor afición: trabajar la madera.

A medida que uno se va haciendo mayor, es inevitable tener que afrontar la desaparición física de algunas de las personas que nos antecedieron en este mundo y a las que hemos amado. Y en 1977 tuve que llorar la de quien ha sido más que importante en mi vida: la de mi abuela María. Tenía entonces una edad muy respetable, ochenta y seis años, pero nadie lo esperaba porque estaba bien de salud. Su fallecimiento fue repentino: una noche se acostó quejándose de que se encontraba mal... y ya nunca despertó. La había visto por última vez en las navidades anteriores, justo recién llegado Joaquín desde Alemania, y me había dicho estas palabras que nunca olvidaré: «Ya me puedo morir tranquila. Ya no estás sola». De esta manera me quiso hasta sus últimos momentos la persona que más me ha influido y a la que yo más he querido en mi vida, si se exceptúa a mi marido y mis hijos.

Pero la vida continuó. En casa éramos seis personas y la convivencia seguía siendo apacible. Joaquín nunca protestó por tener acogidos a mis parientes. Si acaso regañaba a mi hermano como si de un padre se tratara («tienes que cuidarte más», «no fumes tanto») pero siempre con buen talante. Hay que decir que tanto Luis Vicente como Fernando aportaban un dinero para los gastos comunes de la casa y yo cocinaba para todos y me ocupaba de la ropa y demás.

En el verano volvimos a Mazarrón y de nuevo fue muy gozoso. Joaquín acababa de conseguir su empleo y

no tenía vacaciones pero aprovechó el tiempo y en ese mes se sacó el carnet de conducir, aprobando tanto el examen teórico como el práctico a la primera. Siempre he dicho que era una persona muy capaz y que podría haber aspirado a cualquier cosa si la vida le hubiera puesto por delante las oportunidades. Ya «motorizados» le dejamos el Renault 8 en exclusiva a mi hermano y compramos un Citroën X2, un coche precioso, de color blanco que disfrutamos sus buenos doce o trece años sin que nos diera un solo problema. Joaquín lo limpiaba y lo cuidaba como si fuera un cachorro. En Alemania otros compatriotas habían comprado coche en cuanto tenían dos duros ahorrados. Nosotros habíamos tardado pero ya nos había llegado el turno de darnos ese capricho.

Avanzo en el relato y llego al año de 1981, en el que tiene lugar otro episodio importante de mi modesta biografía.

Solía hacer la compra en una galería de alimentación que había al lado de casa, y tenía ya la natural familiaridad con muchos de los tenderos, aún mayor dado que me sentía un poco del gremio por mi experiencia en el comercio de mi madre y mi padrastro. Y ocurrió que al señor del matrimonio que llevaba la frutería le tuvieron que cortar una pierna por un problema de salud. Ya no podría acudir a Mercamadrid a por la mercancía, el hijo que tenían llevaba un bar, y me contaron que querían traspasar el puesto.

Y a mí me interesó, pensando en llevarlo junto a mi hermano, que desde hacía un tiempo trabajaba por horas colocando persianas para una empresa. No era nada estable. Se lo consulté y aceptó, aunque convinimos en que él se limitaría a acudir a Mercamadrid y seguiría recogiendo avisos de las persianas. Lo de estar en el puesto no le convencía nada, salvo para ocasiones de fuerza mayor.

Recuerdo que tenía la mala costumbre de dejar las cajas con el género tiradas de cualquier manera y marcharse a desayunar, antes incluso de informarme a cuánto habíamos pagado las distintas mercancías. Me venían las primeras clientas y no sabía a qué precios tenía que vender. Esto me daba una vergüenza enorme y me hacía rabiar muchísimo, hasta de soñar por las noches con ello. Pero en fin, él se pudo dar de alta como trabajador autónomo e incluso compramos juntos una furgoneta nueva y grande para acarrear el género.

Yo estaba muy contenta, la verdad. Ya he dicho que me gustaba el comercio. Pero enseguida se nos cruzó un problema. Llevaríamos apenas un mes con el negocio cuando a mi suegro, Máximo, le tuvieron que cortar una pierna. Y mis cuñadas decidieron que había que turnarse para atenderle a él y a su mujer en el pueblo. Cada hijo una semana alterna. No había otra, y la que tendría que hacerse cargo sería yo.

Así que las semanas que yo estaba ausente tuvimos que recurrir a la dueña de la frutería, Angelita, para que se pusiera tras el mostrador. El beneficio que podíamos obtener se iba en buena parte con lo que la pagábamos. Y esto era solo un aspecto del desaguisado: con Joaquín trabajando, mis hijos se quedaban a cargo de mi hermano para las comidas. Evidentemente Luis Vicente no era precisamente un buen cocinero ni alguien que pudiera llevar una casa. Me hartaba de dejar guisos preparados y de arreglar ropa, y cuando estaba en Madrid tenía que trabajar a base de bien en el comercio. Y no fue una situación pasajera. Duró unos tres años. Pero en fin, al mal tiempo buena cara.

Todo se normalizó cuando finalmente, y por desgracia, falleció mi suegro. Me pude dedicar ya completamente

a la frutería, que he de decir que era un oficio que me gustaba, aunque ciertamente es bastante sacrificado. A las siete y media u ocho menos cuarto ya estaba en el puesto recibiendo y colocando la mercancía, con sacos que a veces pesaban más que yo misma.

Por este tiempo viví otro hecho muy triste que no quiero dejar de relatar y está relacionado con quien había sido mi gran amiga de la infancia. Aunque a una edad más tardía que la de otras chicas del pueblo, Magdalena se había venido también a servir a la capital. Más tarde se marchó con sus patronos, que la trataban magníficamente, a Italia, y a su regreso a Madrid se había casado y había tenido su primera hija, Elena. Hasta ahí nos habíamos seguido comunicando, pero al marchar yo a Alemania dejamos lógicamente de vernos. A mi vuelta pudimos reanudar la relación. Pues bien, un día me confió que la habían diagnosticado un cáncer de mama. Lo sentí en lo más profundo de mi corazón.

La acabaron ingresando en una clínica y recuerdo perfectamente la última visita que la hice. Era un sábado o un domingo. Hablamos de esto y aquello, sin dramatismo. Hasta que el lunes siguiente, como quien dice unas horas después, sonó el teléfono muy temprano. Era su marido para comunicarme que Magdalena había fallecido esa madrugada (era el 27 de septiembre de 1984, lo sé porque fue el día siguiente al de la muerte del torero Paquirri). Me pedía que avisara a quien pensara que debía saberlo, pues conocía la confianza y la amistad que nos había unido.

Pedí que me sustituyeran en la frutería y me fui para la clínica de inmediato. El cuerpo de mi amiga estaba en el depósito, sobre una mesa de mármol, sin nadie que la velara, ni su marido, ni los tres hijos que para entonces

ya tenía (uno de ellos, el único varón, todavía era un niño pequeño, lo que añadía más tristeza al fallecimiento). Contemplarla así, en esa soledad, me provocó una piedad infinita, que aumentó cuando, con mi única presencia, vinieron a encerrarla en la caja mortuoria. Al levantar el cadáver, este se combó. Aún no estaba rígido. Este detalle me impresionó tremendamente. No olvidaré la escena mientras viva.

Pero será mejor que regrese a mi propia vida.

Seguía con mis frutas y mis verduras, acomodándome a circunstancias cambiantes. El negocio iba bien y además de aportar dinero a casa me brindaba la posibilidad de tratar a muchas vecinas. Tengo a gala que hoy día todavía me saludan por la calle muchas clientas de entonces con las que hice auténtica amistad. En la otra cara, una frutería es un negocio bastante sacrificado. Entre limpiar las lechugas o los repollos (estos muchas veces llegaban con hielo en su interior), mover los sacos y disponer el género, te podías tirar más de una hora larga trabajando muy duro antes de abrir el puesto, que lo hacíamos bien pronto. Y luego para el cierre y la limpieza, otra hora. Y vente por fin a casa, a las nueve ya de la noche, y ponte a disponer lo necesario para la cena y atender al marido y los hijos.

Para quien le interese, y como simple curiosidad, diré que la fruta y las verduras llevaban un margen grande pero siempre que las dices salida rápidamente, porque se estropea mucho género. Tienes que vender muchos kilos, y deprisa. Por no hablar de que entonces, y a pesar de lo que se pueda pensar, estaban proporcionalmente más caras que hoy en día. Muchas veces tenía que comprar productos básicos a un precio muy elevado que apenas te dejaba incrementarlo. Pero había que tenerlos porque la gente los pedía.

Mis hijos, que a estas alturas ya eran unos jovencitos, empezaron a echarme una mano, primero la mayor, y luego Ángel que, con quince o dieciséis años, terminado el ciclo obligatorio, no quiso seguir los estudios y se puso conmigo detrás del mostrador, aunque luego le contrataron en el puesto de enfrente, de productos congelados. Por las tardes se apuntó a hacer una FP del ramo de la frigorización. Quería cursar la de mecánica de coches, pero no encontró plaza. A mi hija tampoco se le cayeron nunca los anillos por ayudar a su madre, mientras por las tardes terminaba su carrera de Filología Hispánica, con la que al menos al principio aspiraba a convertirse el día de mañana en profesora de instituto. Siempre con beca, que seguía siendo muy aplicada. Uno y otra eran buenos comerciantes. A Ángel todavía le recuerdan muchos clientes del puesto de los congelados.

Mi hermano estaba cotizando a la Seguridad Social (yo no), con lo que iba asegurando de algún modo su futuro. Nunca le había faltado de nada y no era hombre de estar debajo de unos jefes. Íbamos pagando las letras de la furgoneta que habíamos adquirido para el negocio, pero ya se sabe que la vida está llena de giros imprevistos y no deseados, y uno de ellos se cebó en Luis Vicente. La única novia que había tenido, Juani, sufrió un tumor cerebral que le costaría fatalmente la vida. Y con esta desgracia él perdió prácticamente la cabeza. Tanto que durante un tiempo mi hija le tenía que acompañar por la mañana a Mercamadrid porque perdía el dinero y no sabía ni lo que compraba. No tenía interés por nada y la vida le importaba un comino. Acabó bebiendo más de la cuenta, supongo que para olvidar, aunque tampoco de una manera muy notoria. Yo nunca le vi borracho.

Nunca se recuperó de la muerte de Juani, aunque tuvo la energía de abrir él solo una frutería en Boadilla del Monte, por la recomendación de unos amigos suyos, aunque tampoco se entregó a ella demasiado. Eso me obligó a contratar entonces a un chaval, Luis, sobre todo después de que esa formación profesional que había hecho mi hijo diera enseguida sus frutos, incluso antes de terminarla (que todavía no lo ha hecho, por cierto). A través del marido de una vecina entró a trabajar en la empresa de aire acondicionado donde sigue en la actualidad. Aún no había cumplido los dieciocho años.

A propósito de esto voy a contar una anécdota, que es casi la única traxada que puedo recordar que nos hicieran nuestros hijos, que bien pocos problemas nos han dado de chicos, gracias a Dios. De salud, ninguno, afortunadamente.

Como he contado, a Ángel le entusiasmaban los coches desde pequeñito y cuando cumplió los dieciocho años no perdió como quien dice ni un día en sacarse el carnet de conducir. Pues bien, nos pidió prestado el coche (seguíamos teniendo ese Citroën X2) para ir junto a un primo un fin de semana al pueblo a estrenarse como conductor. Joaquín no estaba por la labor pero al final accedió. Total, que en aquel viaje tuvo un accidente con otro vehículo a la altura de Tarancón... y le hizo un buen estropicio. Tanto que el seguro quería declararlo siniestro total. Nos negamos por el aprecio que le teníamos a aquel Citroën, pero la reparación costó 250.000 pesetas de la época.

Mi marido se llevó un buen disgusto con el accidente (aunque ya más tranquilo comprendió que peor hubiera sido que alguien hubiera salido herido o aún peor) pero, conociéndole, seguro que el de mi hijo no fue menor por haber defraudado a su padre. Ni que decir tiene que en

cuanto reunió los primeros sueldos en su nuevo empleo se compró su propio vehículo.

Bueno, el caso es que teníamos a un hijo ya colocado, a la niña con la carrera terminada o a punto de terminar, y tanto Joaquín como yo trabajando. Era el momento de cumplir el sueño que tienen casi todas las familias: comprarse una casa en la playa. No teníamos un lugar concreto en el punto de mira y la elección fue un poco por azar, como tantas otras cosas. Una hermana de mi amiga Amelia vendía la que tenía en la localidad alicantina de Villajoyosa. La fuimos a ver pero surgieron complicaciones con esta y acabamos comprando otra cuyo anuncio habíamos visto en esa primera visita, en la que por cierto me acompañó mi hija... con su novio. Sí, los chicos se hacían mayores, y es que hemos llegado en el relato al año 1988.

Villajoyosa me parece un pueblo muy agradable y lógicamente estábamos encantados de tener una segunda residencia, pero acabaríamos utilizándola menos de lo deseado. Por lo que voy a contar.

Ese mismo año de 1988 falleció mi padrastro, Cástor, quien por cierto se había jubilado antes de tiempo por un desprendimiento de retina que le obligó a dejar la tienda en manos de mi madre. Era verano pero no habíamos cerrado la frutería. Nos avisaron de que había sufrido un infarto y, tras pedir de nuevo auxilio a la antigua dueña, mi hermano y yo partimos de inmediato hacia Cuenca, que es donde le habían ingresado. Estaba inconsciente. Al principio los médicos no se pronunciaban sobre qué evolución podía esperarse, pero a los pocos días ya expresaron que no cabía albergar ninguna esperanza. Les consulté entonces si lo podía trasladar al pueblo para que al menos muriera allí, y aceptaron sin dudar, una vez me ense-

ñaron a manejarme con las botellas del suero. No duró mucho el pobre. Dejó este mundo en la festividad de la Virgen de agosto. Tenía ochenta y un años.

Lo sentí mucho, claro está. Desde que entrara en la vida de mi madre y comprobara que podía confiarle algunas de mis cosas, siempre con ese tratamiento de «tío» con el que me dirigía a él, le había apreciado y respetado muchísimo. Pero a la natural tristeza se añadía ahora el problema que representaba la soledad en que quedaba mi madre quien, por su carácter, siempre había vivido a la sombra y bajo la iniciativa de su segundo esposo, que era quien llevaba la voz cantante en aquel matrimonio.

Algo había que hacer, y la primera medida fue traerla a vivir con nosotros los meses más fríos y oscuros, desde Todos los Santos hasta Semana Santa. El resto del año se quedaba en el pueblo, pero ya nos obligó a nosotros a subir todos los fines de semana. Adiós prácticamente a la casa de Villajoyosa, porque con su edad y el calor de esas tierras a ella le resultaba un engorro ir allí.

Con el tiempo, y después de probar otras soluciones, como contratar a una mujer para que la cuidara en el pueblo, no quedó otra que traerla a vivir con nosotros a Madrid permanentemente.

Mari Mar, mientras tanto, ya había terminado su carrera universitaria y, mientras le salía trabajo, seguía ayudándome en el puesto, hasta que, de nuevo gracias a las relaciones del mercado, le surgió una oportunidad laboral. Una clienta nos informó de que en el Banco de Santander estaban contratando a jóvenes con título universitario, y mi hija no dejó pasar la oportunidad. Se presentaban seis personas, pasaron el correspondiente examen y aunque ella volvió un poco decepcionada porque le había dado la

impresión de que los otros iban recomendados, la acabaron llamando para contratarla. Fue en 1990. Qué alegría. Recordando este hecho me viene a la memoria otro de signo muy contrario: aquel año estaba de vacaciones en Villajoyosa y me telefoneó mi hermano para decirme que Luis, el chaval que nos ayudaba en la frutería, se había matado en un accidente de coche con unos amigos. Horrible. Era un chico encantador, trabajador y buenísima persona, y su prematuro fallecimiento acabó llevándome a tomar la decisión de dejar el puesto. Mis hijos parecían ya tener encauzadas sus vidas, ni podían ayudarme a mí ni precisaban de mi ayuda, y yo ya no necesitaba pasar más fatigas ni ingresar ese dinero extra.

Por cierto que mi hermano había acabado dejando su frutería y pasado un tiempo se había empleado en una fábrica de despiece de pollos y elaboración de derivados en el pueblo toledano de Recas. Le animó a ello otra frutera que era de allí y con cuya hija tuvo Luis Vicente una relación amorosa que al final no llegó a cuajar porque esta chica era de las de ahorrar y controlar todo (le regañaba por la dejadez con que en su opinión llevaba la frutería) y mi hermano era un viva la virgen. Por entonces ya se había recuperado de la depresión en que le sumió el fallecimiento de su primera novia y estaba contento porque su trabajo era atender a las máquinas de la instalación y a él todo lo de la mecánica y los motores se le daba muy bien. Era tremendamente mañoso, valía para mucho. Alquiló una casa de pueblo en Recas y los fines de semana venía con nosotros, trayendo la ropa sucia y llevándose la limpia para toda la semana.

Volviendo a Mari Mar, ya he apuntado que tenía novio, desde sus diecinueve años o así. Francisco Javier, un chaval del barrio. Durante el noviazgo se veían solo los

fines de semana y poco más, porque la niña anteponía sus estudios, y luego el trabajo, a todo lo demás.

Y por fin se casaron, el 26 de septiembre de 1992, en una boda muy bonita oficiada en la iglesia de la Santa Cruz y seguida del correspondiente banquete. Ella iba preciosa y Joaquín fue el padrino.

Mi hija abandonaba nuestra casa, lo que siempre provoca cierta pena a unos padres, pero en mí primaba con mucho la satisfacción por su felicidad y, en mi fuero interno y pensando en lo que fue mi propia boda, la satisfacción por haberla podido ayudar en todos los preparativos, en los que hubo la dificultad de que estaba terminando la carrera de Ciencias Empresariales que le había costado el banco donde se empleó y pudo hacer en solo tres años porque le convalidaron varias asignaturas de su carrera anterior. La acabó en junio, nerviosa ya con las cosas del vestido de novia y todo lo demás de una boda. Por cierto que como premio por terminar esa nueva carrera el banco le pagó una buena cantidad de dinero, un extra que a ella y a Fran les vino de perlas para los gastos de un nuevo matrimonio.

Se fueron a vivir a nuestro piso de la calle San Marcelo, una vez que se lo reformamos por completo durante el verano previo. Mi marido dedicó prácticamente sus vacaciones de aquel año a la tarea, junto a un albañil que contratamos.

Tres años después llegaría otro momento muy especial en la vida de cualquiera que haya tenido hijos: la ocasión de ser abuela por vez primera.

Recuerdo que estábamos en nuestra casa de Villajoyosa, con nuestros *padrinos* (así les llamamos familiarmente) Rosario y Felipe, cuando telefoneó Mari Mar. «Te voy a dar una buena noticia -me dijo- ¡Que vas a ser abuela!». Se

me saltaron las lágrimas. Me emocioné tremendamente, como se emociona cualquiera al saber que nace una nueva generación de tu sangre.

Le pasé el teléfono a Joaquín y recuerdo con pesar que cuando colgó reaccionó de manera muy distinta y aun sorprendente para todos. Le entró una pena muy grande, que no pudo reprimir y llamó la atención de nuestros amigos. Tengo que explicar que estaba pasando unas semanas muy malas. Se sentía muy decaído, tanto que aquellos días prefería muchas veces que le dejáramos solo. Habíamos consultado a los médicos, por supuesto, pero no encontraban la causa. Decían que seguramente tendría una depresión, como les ocurría a tantos hombres al llegar a su edad. Como Joaquín era así de reservado no expresó sus sentimientos, pero yo creo que tenía miedo de tener algo serio y no llegar a ver a aquel nieto que apuntaba. Aclararé ya que a la vuelta de aquellas vacaciones acudimos de nuevo al médico, que le diagnosticó un problema de tiroides que, con el debido tratamiento, superó perfectamente.

El nacimiento de mi primer nieto tuvo algunas dificultades. La primera de ellas, que ocurrió justo en los días en que los padres estaban haciendo la mudanza a su nueva casa, aquí en Aluche. Y la segunda que, siguiendo los pasos de su madre, Mari Mar tuvo que pasar bastantes horas en el paritorio.

Iván nació en la noche del 7 de marzo de 1995 y fue una criatura sana y con bastante pelo. Me tocaría ayudar a criarle, y lo haría con mucho gusto. Transcurrido el permiso de maternidad de mi hija, nos traía el bebé a casa a primera hora de la mañana... y con nosotros se quedaba muchas veces hasta las ocho de la tarde. Porque además, y como salió muy especial para el comer, tras un par de intentos tuvimos que renunciar a llevarle a la guardería.

Mari Mar venía la mayoría de los días a comer con nosotros, así que casi seguíamos siendo una familia, y ahora con un nuevo miembro.

Pasarían cinco años hasta que viniera el segundo nieto. David nació el 22 de mayo de 2000. Un bebé también grandecito, como su hermano, pero curiosamente con el cabello rubio,. Para entonces Iván ya iba al colegio y solo nos teníamos que encargar de él para recogerle, darle de comer a mediodía y llevarle de nuevo, pero con David volvimos a las andadas de estar casi todo el día pendientes de él (lo digo con todo cariño). Otra vez a recibirle con los primeros rayos del sol, como quien dice, aunque este no se libró de la guardería. Le llevamos a una cuando cumplió año y medio o así. El pobre se resistía. A la puerta lloraba él... y lloraba yo.

Pero con David yo ya tenía ayuda. Dos años antes de que naciera, en 1998, se había jubilado ya Joaquín, a sus sesenta y cuatro años, un año antes de la edad estipulada porque la empresa así se lo aconsejó. Ya podría cobrar también la pensión complementaria que le correspondía por el tiempo en Alemania. Los últimos siete u ocho años en la empresa se había ocupado de transportar en una furgoneta a las cuadrillas de limpieza de un lugar de trabajo a otro. Nunca tuvo una baja. Lo que habla de su buena salud pero también de lo serio y honesto que era. Había tenido que trabajar mucho, disponible incluso los domingos si por alguna razón le llamaban, y todo por un sueldo tan humilde que recuerdo que mi hijo Ángel ganaba ya más que él en aquel primer empleo que le salió después de dejar el puesto de congelados en la galería comercial. Seguro que esto le debía herir en su amor propio, pero por supuesto nunca lo exteriorizó.

A algunas personas la jubilación les acaba sentando mal porque de pronto no saben qué hacer con sus vidas, pero no fue su caso. Sobre todo por una razón: pudo ocuparse de sus nietos, primero de Iván y más adelante de David. Y esto le encantaba y le dio muchas satisfacciones. Se le dulcificó el carácter. Su natural seriedad se evaporó. Entre semana les traía del colegio, les llevaba aquí o allá y les compraba casi todo lo que le pedían. Siempre volvía un nieto u otro con «el abuelo me ha comprado...». Y jugaba con ellos a todo lo que querían.

Joaquín nunca fue un hombre de muchos amigos. Yo he sido la sociable de la pareja, siempre he estado rodeada de gente y con mis amistades había de sobra para los dos. Él cultivaba más sus aficiones, entre las que destacaba los trabajos de madera que hacía y para los que tan diestro era. Se salía a la terraza y se ponía con ello, aunque ocurría que mi madre, cada vez más maniática, no quería salir si estaba él, y muchas veces mi marido se metía dentro de casa para dejarle vía libre a ella. En el pueblo sigue estando la colección de bastones que hizo; los que quedan, porque muchos los regaló a hermanos y familiares. Era muy ordenado para estas labores, se hacía unas cajas primorosas para guardar las herramientas. También se aficionó a la filatelia y llegó a reunir cuatro álbumes de sellos, que hoy tienen sus hijos. El fútbol le gustaba pero nunca fue hincha de ningún equipo. Simpatizaba con el que mejor jugase y nada más.

Mientras Joaquín se ocupaba de entretener a los nietos, yo me dedicaba en exclusiva a mi madre, que ya he dicho que por entonces vivía de manera permanente con nosotros. Casi siempre estaba haciendo ganchillo, y jamás salía a la calle sin mi compañía, así que muchas veces tenía

que dejar solo a Joaquín para que a ella le diera un poco el aire. No bajó sola ni al patio cerrado de abajo. Se acostaba muy tarde y al menos estaba todavía bien de salud y se valía para su higiene y demás. Lo peor es que no le gustaba que vinieran mis nietos a casa. Tenía celos de ellos y a veces se quejaba de que eran revoltosos u otras tonterías. Ni que decir tiene que a Joaquín, que siempre había tenido muy buen talante con ella, esto le enfadaba bastante.

En nuestra vida seguían pasando cosas importantes. En el año 2000 se marchó de casa nuestro hijo, con ocasión de que ya le habían dado el piso que había comprado en el barrio de San Blas. Me lo consultó antes, y le dije que hiciera lo que mejor le pareciera. No iba a echarle demasiado de menos, porque entre el pequeñín de Mari Mar, los cuidados de mi madre y llevar las cosas domésticas estaba más que ocupada. No podía decir «qué solita me quedo». Y que se fuera a casar era estupendo, porque en mi familia ha habido mucha soltería.

Hay que contar aquí que llevaba ya unos años de novio con Esther, una chica de nuestro pueblo. Se conocían desde niños y nuestras familias están emparentadas. El padre de Esther era primo hermano de mi padre, así que yo siempre había entrado en su casa con confianza, e incluso durante nuestros noviazgos respectivos Joaquín y yo habíamos salido muchas veces con nuestros futuros consuegros por Naharros. Por todo ello, cuando Ángel y Esther se ennoviaron para nosotros fue una gran alegría.

Ángel ya tenía una posición laboral muy estable desde tiempo atrás, y Esther ganó una oposición a funcionaria. Así que tras un breve tiempo de convivencia se casaron el 23 de junio de 2001, en Illescas. Esta vez me tocó ser la madrina.

Con mi madre las cosas empezaron a ir peor. Según supimos después, debió padecer un ictus que en su momento no se llegó a manifestar como tal pero que progresivamente se dejó sentir en toda una serie de síntomas: brusquedad en los movimientos, o el hecho de que por las noches se ponía a hablar desde su cama en un tono bastante audible. Se interrumpía si entraba yo en su habitación, así que tenía que hacerlo siempre que esto ocurría, para que no molestara a los vecinos. Mi hermano dormía junto a ella cuando estaba en casa, y un día me dijo que no sabía cómo aguantábamos. La verdad es que entre estos achaques, el comentado tema de la terraza, y lo molesta que parecía muchas veces cuando estaban nuestros nietos, la convivencia con ella empezó a ser más dificultosa y había que buscar una solución. Fue Luis Vicente el primero que pensó en llevarla a una residencia.

Encontramos por fin una -de pago, claro- en un pueblo cercano al nuestro. Sobre junio de 2003 la trasladamos allí. Para entonces su deterioro era ya muy grande, físico y mental. Debía apoyarse en un bastón, y en la residencia se lo tuvieron que quitar porque se quejaba de que le iban a robar y amenazada con él a las empleadas.

Con su internamiento se acabaron ya para nosotros los fines de semana en Madrid. Íbamos a visitarla todos los sábados, nos quedábamos a dormir en Naharros, y regresábamos a verla el domingo por la mañana. Como siempre, Joaquín se hizo cargo de la situación y nunca rechistó. Incluso el primer año que la dejamos, en el verano quisimos aprovechar y marcharnos a la playa, y a los seis días nos avisaron de que había empeorado y la tenían que llevar al hospital, así que tuvimos que regresar.

Mi madre acabó falleciendo de pura vejez, sin una causa específica. La máquina del cuerpo se paró, simple-

mente. Estábamos en Naharros en uno de esos fines de semana que íbamos a verla, y a última hora me avisó una de las chicas de que la habían encontrado en la cama muy rígida y de que no abría los ojos. Expiró al día siguiente, domingo. Era el 12 de marzo de 2006. El 14 de abril habría cumplido 93 años. Está enterrada en el pueblo.

¿Cómo me afectó su muerte? Pues como le afecta siempre a una hija. El hecho de que fuera ya tan mayor y de que realmente quedara poca vida dentro de ella ayudó a encajar el golpe, igual que mi propia conciencia de haberla cuidado hasta el final. Creo que ya ha quedado aquí contado cual fue la naturaleza de nuestra relación. La quise siempre, aunque es verdad que la mujer más importante en mi vida fue mi abuela.

A pesar del trauma que debió representar quedarse viuda sin apenas haber disfrutado del amor de un esposo y encima embarazada, creo que mi madre logró rehacer su vida y, a su manera, fue feliz, libre de casi todas las preocupaciones comunes gracias a ese hombre fantástico que fue su segundo marido. Porque ante los problemas ella reaccionaba como el avestruz: escondiendo la cabeza. Estoy segura de que no le quiso tanto como a mi padre (recuerdo que siendo yo niña, ella lloraba en todas las fiestas señaladas del año por no tenerle consigo y contemplar la alegría de los otros matrimonios) pero Cástor le dio una vida de seguridad y de bienestar.

A la muerte de mi madre le siguió otra desgracia familiar muy grande, seguramente mayor por una razón: lo inesperado.

El 1 de junio de 2007 amaneció espléndido pero era un día triste para mí porque se cumplía un aniversario más de la muerte de mi tío Isidro, tan querido por tantas razones. No podía entonces imaginar la noticia que horas después recibiría.

Era la una del mediodía cuando una conocida mía y amiga de mi hermano llamó a la puerta. Por la cara que traía ya calibré que algo malo pasaba. La invité a pasar y al principio ella no sabía cómo expresar lo que había venido a anunciarme. Era muy consciente de la relación tan estrecha que teníamos mi hermano y yo. Por fin, después de pedirme que me sentara, logró reunir las fuerzas para decirme que habían encontrado muerto a Luis Vicente en su casa de Recas. Apenas sabía más. Quien descubrió el cadáver se lo había dicho a esta chica y a un hermano porque sabían que eran amigos suyos.

Con el corazón destrozado, avisé a mis hijos y me puse en contacto con la familia de aquella medio novia de mi hermano que le había facilitado el empleo en Recas. Estaban al tanto de lo ocurrido y me dijeron que se habían llevado el cuerpo a Toledo capital. Con tan escasa información, sin saber exactamente dónde, me fui para allá con Joaquín y Mari Mar. Preguntamos a la gente por la calle y nos indicaron que seguramente lo habrían llevado al tanatorio del cementerio, pero al llegar allí estaba cerrado y nadie daba razón. Ya pensábamos en regresar sin resultados cuando vimos el cartel de una funeraria. Entramos y un empleado muy amable nos explicó que a esa hora no podía hacer nada —eran las nueve de la noche de un viernes— pero que al día siguiente nos acompañaría y ayudaría en todo. Se portó muy bien pero mi corazón estaba destrozado por no poder ver ya a mi hermano, aunque fuera en la triste condición de fallecido.

No quedó otra que volvernos a Madrid. Aquella noche, aun corta como todas las del verano que ya des-puntaba, me resultó interminable.

A primerísima hora de la mañana —yo necesitaba estar cerca de aquel cuerpo tan querido— estábamos ya de vuelta en

Toledo, esta vez con mis dos hijos y sus parejas. El señor de la funeraria ya había hecho sus averiguaciones y nos acompañó hasta el tanatorio, pero resultó que debíamos esperar a que el forense realizara la autopsia. Finalmente llegó el momento de reconocer el cuerpo, ese trámite tan doloroso para el que me acompañó mi hijo. ¡No deseo a nadie de mis seres queridos tener que pasar por una experiencia así!

Nos dijeron que el fallecimiento se había debido a un infarto. Y que poco antes había estado tomando algo en un bar, tan tranquilamente. Hubo complicaciones burocráticas para el traslado del cuerpo y el papeleo previo y posterior, que mejor me ahorraré. Ellas fueron las culpables de que no pudiéramos enterrarle en Naharros hasta el domingo por la tarde.

Luis Vicente tenía solo cincuenta años cuando murió. ¿Diría que fue feliz durante su corta vida? No sabría calibrarlo. El período posterior a la muerte de Juani fue muy negro para él. Era un hombre muy inteligente, eso lo tengo claro, pero creo que no aprovechó sus capacidades, y que muchas veces rehuía las responsabilidades. En los últimos días de mi madre, cuando ella estaba en la residencia, no quería ir a verla. Alegaba que le daba mucha pena. Pero yo le quise como a un hermano. O como a un hijo, que ya he dicho que casi fue para mí. Él también creo que lo consideraba así. Una vez se refirió a mí y a Joaquín como «los padres jóvenes» que la vida le había dado.

*Fuimos hermanos de madre
que es quien engendra el querer
es la que nos dio el sustento
tomamos la misma sangre
hasta el día de nacer*

*Qué alegría me causaste
al saber de tu llegada
pues a pesar de mi edad
un hermano deseaba*

*Te fuiste sin despedirte
sin darte un último abrazo
decirte que te quería
como hijo y como hermano*

*Es tanta la pena mía
cuando a mis recuerdos vienes...
Lagrimas ardientes nacen
soñando a veces que vuelves*

*Hoy mis hijos te recuerdan
como al hermano que fuiste
durmiendo en la misma cama
bebiendo en la misma fuente,
y dejándonos grabado
tu hermoso nombre ¡Luis Vicente!*

La vida te golpea en el momento más inesperado, pero también te premia cuando menos lo esperas. Si en 2007 perdí un hermano, antes de cumplirse un año desde entonces llegó al mundo el tercero de mis nietos.

Fue una sorpresa. Ángel y Esther llevaban siete años ya casados y la descendencia no llegaba. Yo sabía que a mi hijo le gustaban mucho los niños, pero en fin, al menos parecían un matrimonio feliz. Creo que ni ellos se lo esperaban cuando recibieron carta de la cigüeña. A mí me comunicaron la buena nueva cuando Esther llevaba dos meses encinta.

Alberto nacería el 8 de mayo de 2008. Un niño precioso que desde el principio se mostró de lo más espabilado, con esos ojos azules siempre tan abiertos que parece que lo abarcan todo y todo le interesa. Su nacimiento nos llenó de júbilo a todos, primero por todo lo que sus padres y los demás le deseábamos. Pero también porque para entonces llevábamos un año envueltos en un sufrimiento muy grande.

Las que siguen son sin duda las páginas más dolorosas de las que componen este libro. Hasta aquí he referido recuerdos a veces muy difíciles de evocar, como las pérdidas de mi abuela María, de Luis Vicente o de mi madre. Pero ninguno de estos hechos puede compararse a lo que ahora me toca relatar. Como en un guiño del destino, todo comenzó casi en las mismas fechas de la muerte y el entierro de mi hermano.

Estábamos de nuevo en Naharro arreglando papeles porque Luis Vicente no había dejado testamento cuando Joaquín me confió que había ido al baño y al hacer sus necesidades había sangrado. Nos asustamos, claro. Seguíamos teniendo las maletas hechas en la casa de Madrid para las proyectadas vacaciones en Villajoyosa que la muerte de mi hermano había frustrado, pero aquello había que afrontarlo de inmediato. Fuimos a nuestra doctora de cabecera, nos envió al especialista y, cuando este le palpó, no se anduvo por las ramas. Nos dijo que Joaquín tenía un tumor en el colon, que era grande y que había que extirparlo de inmediato. Aunque antes habría que reducirlo, con lo que le pusieron en tratamiento de radioterapia y quimioterapia, lo que llevó unos pocos meses.

Le operaron finalmente el 18 de diciembre –no olvido la fecha–. Al salir del quirófano nos dijeron que el tumor debía llevar unos cuantos años porque además de su tamaño estaba muy enraizado.

Pasaríamos aquella Navidad de 2007 en el hospital. Puesto que algunas de sus funciones orgánicas no respondían, le tuvieron que poner una bolsa para evacuar y esto a Joaquín le afectó mucho. La odiaba con todas sus fuerzas y hasta le daba apuro estar con otras personas por culpa de ella.

Pienso que perdió ya entonces la ilusión de vivir. Logramos esquivar una segunda operación que al principio nos anunciaron porque la evolución no era buena y volvimos a casa, pero ya teníamos que ir a quimioterapia regularmente, cada veintiún días. Mi marido reaccionaba a ella fatal, vomitaba y se ponía muy mal.

No vale la pena pormenorizar todo lo que vino después. Fueron dos años de sufrimiento. En sus últimos meses le salieron además unos bultos por todo el cuerpo que le provocaban mucho dolor y hubo que combatir con morfina. Estaba muy torpe y ya prácticamente no se valía para nada. Sobre las navidades de 2008, exactamente la tarde del 31 de diciembre, supimos que el tumor se había reproducido. Telefonaron del hospital, cogió él la llamada, y le comunicaron esta mala noticia y la necesidad urgentísima de que volviera a ingresar para recibir de nuevo quimioterapia. Cuando regresé de hacer unas compras le encontré totalmente roto. Hundido. Ni siquiera quiso que fuéramos a la cena familiar en casa de nuestra hija. Debo decir que hasta ese momento él se había negado a aceptar que padecía un cáncer.

Yo ya me hacía a la idea de que mi marido estaba condenado.

Unos días antes de mi cumpleaños, creo que el 3 de mayo de 2009, empeoró y hubo que ingresarle de nuevo. Le velé de día y de noche, sin pasar siquiera por casa, hasta que le trasladaron a la UCI, donde ya solo me dejaban estar con él a ciertas horas. Las enfermeras me decían que no paraba de reclamarme a su lado. Finalmente le devolvieron a planta. Los dolores eran muy fuertes y la morfina le dejaba casi inconsciente. No hubo ocasión pues de decirnos unas palabras de despedida. Él todavía confiaba en sanar.

Junto a la cabecera de su cama en su habitación del hospital tuvo siempre la foto de su último nieto, Alberto, todavía prácticamente un bebé. Una foto en la que aparece graciosamente vestido de chulapo madrileño. A todo el que le preguntaba por él le respondía orgulloso que era el último de su estirpe. Gracias a Dios, llegó a conocerle. Desgraciadamente no llegaría a jugar y a pasear por las calles con él como sí pudo hacerlo con Iván y David.

El 7 de junio, algo más de un mes desde esta última hospitalización, nos dejó. Tantos años después, le he dedicado este poema. Lleva por título *Cuando te fuiste*.

*Cuando te fuiste, mi amor
yo me sentí tan perdida
que a pesar que el tiempo pasa
soy un barco a la deriva*

*Fuiste el timón de mi vida
a él me agarré con firmeza
por eso cuando marchaste
fue tan grande mi tristeza*

*Nuestro amor, profundo y puro
de cincuenta años de unión
jamás podré yo olvidarlo
si se fue mi corazón*

*Fuiste mi único amor
te conocí siendo niña
tan solo de ti probé
los besos y las caricias*

*Nos casamos por poderes
ahí te demostré mi amor,
soñaba de noche y de día
que llegara nuestra unión*

*De nuestro bonito amor
Dios nos premió con dos hijos
hoy por ellos sigo viva
¡Sin ti no hay otro motivo!*

En ausencia de Joaquín, mis nietos mayores se convirtieron en el bálsamo que me ayudó a tirar para adelante, especialmente David, por la sencilla razón de que, a sus nueve años, todavía no iba solo al colegio y yo quise retomar la actividad de acompañarle, como habíamos hecho con los dos cuando mi marido aún estaba sano. Esta sola tarea me daba fuerzas y ánimo al despertar cada nuevo día. Me levantaba a las siete y media, me arreglaba y a las ocho ya estaba en casa de mi hija. Iván ya estaba despierto a esa hora pero David no, y era yo quien le despertaba. Y no hay dicha mayor para una abuela que contemplar la sonrisa de su nieto al despertar y ver cómo te echa los brazos y se agarra a tu cuello. Observar que seguía siendo necesaria para él era un gran motivo de satisfacción.

Le preparaba el desayuno, hacía las camas y nos marchábamos juntos al colegio. En casa me esperaba la soledad, pero de nuevo a las cuatro de la tarde (porque comía en el centro) tenía una nueva cita con él para recogerle. Y qué satisfacción de nuevo al verle correr hacia mí pronunciando la palabra abuela.

VIVIENDO EL PRESENTE

Han pasado ya siete años desde que me falta mi primer y único amor. Le echo de menos cada hora que transcurre, y me da rabia pensar que en este tiempo, ya sin que los nietos nos necesitaran, podríamos haber vivido muchos días tranquilos y felices en nuestra casa de Villajoyosa, donde hace siempre un tiempo tan bueno, y pasar otras temporadas en el pueblo, que él tanto disfrutaba. Pero creo haberme repuesto mejor que peor de un golpe tan cruel. Un año después de su fallecimiento estaba programada la Primera Comunión de mi nieto David y, aunque mis hijos me dijeron que entenderían que faltase por lo doloroso que podía ser hacerlo sin Joaquín, no quise dejar de estar presente en una ocasión tan señalada. Acudí, y ese día lloré, sí, pero lo hice en casa, cuando estaba ya sola.

Mientras preparaba este libro junto a Luis, el escritor que me ha ayudado a evocar recuerdos y ordenarlos, he cumplido setenta y ocho años. Gracias a Dios, me encuentro bien de salud.

La soledad que siento es inevitable. Contra la ausencia del hombre con quien has compartido una vida y alumbrado la de otros poco se puede hacer, pero no he renunciado a la existencia y trato de sobrellevarla de la mejor manera. Creo que incluso lo consigo, negándome a estar encerrada en casa, apoyándome a veces en la escritura y ayudando a los míos, que es lo mejor que puedo hacer. Y sobre todo no siendo una carga para ellos.

Cada mañana me levanto bastante temprano, a las siete y media casi en punto y deseando que los primeros rayos del sol me anuncien el comienzo de una nueva jornada. Diré que es mi mejor momento del día, el despertar con el mismo ánimo que la jornada anterior. Lo primero que hago, tras pasar por el baño, es hacerme mis buenos veinte minutos de bicicleta estática. Después de eso me preparo un zumo con solo una naranja y medio litro de agua y me lo tomo poco a poco. Seguro que mal no me hace.

Hay días en que los sueños me han sugerido algo o estoy inspirada, y me pongo a escribir. Pero lo obligado es que baje a comprar cualquier cosa que me falte y me ponga a hacerme la comida.

A las once, todos los días salvo los lunes, voy a buscar a mi amiga Juli, una vecina y antigua cliente de la frutería con la que conservo muy buena relación. Juli tiene ochenta y seis años y está por ello más baqueteada que yo, pero es animosa como pocas, tiene una estupenda memoria y siempre está contando chistes, cantando canciones antiguas o poniéndome al corriente de las telenovelas que ve en la tele o de lo que se ha hecho para comer ese día. En la hora que pasamos paseando por el barrio no hay un momento de silencio y se pasa volando. Somos mutuas confidentes y, si lo pienso, Juli es la persona con quien tengo un trato más continuo y cotidiano. Es viuda como yo, tiene tres hijos, y si no fuera a buscarla saldría mucho menos de casa. Así que además del placer de su compañía, creo que de algún modo estoy haciendo una buena acción acompañándola. Solo dejamos de salir por alguna razón de fuerza mayor. O porque haga mucho frío o llueva.

También, una vez por semana, visito en su casa a un matrimonio amigo, Victoria y Boni, igualmente clientes de mi frutería y que deben rondar ya los noventa años. Sé que les hace mucha ilusión el rato que pasamos charlando, y con ello me vuelvo muy satisfecha.

Cuando me separo de Juli me acerco a casa de mi hija, donde hago las camas y recojo lo que haya que recoger. Echo una mano, en definitiva. Siempre me da la una del mediodía. Regreso a casa y me hago el segundo plato o encaro cualquier otra faena doméstica.

Almuerzo y me voy a mis clases en el Centro de Educación de Adultos de Aluche, de cuatro y media a siete. Doy Lengua, Memoria y Ciencias Naturales. Matemáticas no, porque las que enseñan son muy básicas y yo las he tenido que practicar mucho en mi vida, desde la fábrica de Alemania hasta las cuentas que había que realizar en la frutería. En esto estoy más que enseñada y hasta ayudo a las compañeras. He hecho más números que el ministro de Hacienda. Además en las clases de memoria, que me recomendaron, ya nos ponen como ejercicio bastantes operaciones, y con un tiempo medido para hacerlas.

Las clases, que comencé en el curso 2013-2014, fueron muy importantes para sobrellevar la soledad y conocer a otras personas de mi edad con las que compartir la añoranza de tiempos pasados. En ocasiones el simple hecho de dialogar, sin una televisión encendida por medio que acaba siendo la protagonista de muchas conversaciones domésticas, hace mucho bien. Me encantan las clases y me las tomo muy en serio. Hago religiosamente todos los ejercicios que nos ponen los profesores. Nos juntamos unas veinte mujeres o así —yo ya soy de las mayores en edad— algunas con sus esposos, y entre ellas he hecho un buen puñado de buenas

amigas, como Aurora o Pepi, que ahora ha dejado de ir porque no aguanta sentada tanto tiempo en las duras sillas que tenemos allí. ¡A ver si nos las cambian!

De estas clases viene mi reciente afición a escribir poesías, que de algún modo le debo a mi primer profesor, don Jesús Pardo. Con ocasión de la celebración del Día del Libro nos propuso un año, como ejercicio, componer entre todos unos murales de cartulina, y yo contribuí con una poesía dedicada al placer y la compañía que proporciona la lectura. Don Jesús la leyó y me dijo que le parecía muy hermosa y llena de sentimiento. «Tienes que escribir más, Esperanza», me animó, y de ahí surgieron esos poemas, buenos o malos, que acompañan estas páginas y que a continuación veréis agrupados. Espero que no os parezcan demasiado simples.

Pepi es una de las lectoras más habituales de mis poesías. Las ha leído todas, se las recita también a su marido, y en general cuando le cuento cosas de mi vida, porque hemos llegado a tener mucha confianza, siempre me dice: «Tienes que escribirla en un libro». Ella ya sabe que me he metido en este «fregado». Ojalá le guste cómo ha quedado.

Así que escribir, leer y seguir aprendiendo con las clases, son sin duda mis mayores aficiones.

Cuando regreso a casa tras las clases suelen ser ya las siete y media. Es el momento de ver un poco la televisión, de escribir algunos días, y de leer casi todos. En esta etapa de mi vida he llegado a valorar muchísimo lo que aporta la lectura, ese «amigo que siempre te acompaña», como titulé precisamente aquella poesía que hice para el Día del Libro. En cuanto a géneros literarios, me gustan especialmente las biografías de personajes importantes, porque creo que al ser historias reales, no inventadas, quizás se aprende más de ellas.

Ceno y me voy a la cama a las doce en punto. Ni antes ni después. Si me paso por exceso o por defecto lo pagaré y me tiraré dando vueltas en la cama hasta entrada la madrugada. No hace mucho atravesé una temporada de molestias serias por las noches y mi médica me aconsejó que procurara tener unos horarios lo más regulares posibles.

Llevo ya cuarenta años en este barrio y tengo que decir que estoy muy a gusto. Está muy bien comunicado y siempre es agradable encontrar caras conocidas, y que te saluden cuando bajas a la calle. A mi querido pueblo natal, Naharro, hoy casi semiabandonado como he dicho, salvo en los veranos, ya casi he dejado de ir. Mis hijos ya solo acuden para honrar a su padre el día de Todos los Santos y para mí es complicado desplazarme sola. En esto los años me pesan.

En estas últimas páginas casi de balance, diré que si echo la vista atrás puedo considerar que mis mayores virtudes han sido y son la sinceridad, la constancia y el amor propio. También, y aunque esto no sea quizás exactamente una virtud, diré que me doy bastante maña para saber de qué pie cojean los demás. A lo largo de mi vida he conocido a muchísimas personas, y en Alemania incluso de nacionalidades muy diferentes, y creo que calibro bastante bien si alguien es sincero o no, y si puedo fiarme o no de él. Ya me pasaba cuando estaba tras el mostrador de la frutería. Soy muy intuitiva para eso.

En el otro lado de la balanza, mis mayores defectos deben ser lo cabezota y lo exigente que soy. Hasta que no consigo algo, no paro (que se lo digan a mi difunto marido). Y la exigencia no es solo con los demás, que también, sino sobre todo respecto a mí misma. Repito y repito las cosas hasta que quedan como quiero. Las mismas poe-

sías que siguen a estas páginas son una buena muestra. Algunas de ellas las he rehecho hasta tres veces (el lector tendrá que juzgar si ha valido la pena). También habría que añadir como un defecto que bien me habría gustado corregir lo poco que me he querido a mí misma, en el sentido de que nunca me he cuidado más de lo imprescindible ni apenas me he dado un capricho. Ni un cine ni, casi, una peluquería. Me apaño sola para la mayoría de las cosas.

¿Tengo alguna ilusión, un sueño o algo que me gustaría realizar antes de que me llegue la hora final? Pues no. O mejor dicho, sí habría algo, pero tendría que haber ocurrido junto a Joaquín: regresar, esta vez solo de turismo, a Hamburgo.

Soy religiosa. Acudo los domingos a misa y rezo en casa todos los días. La religión me aporta seguridad, tranquilidad. Creo en la otra vida, y no temo a la muerte, siempre que sea benévola conmigo. He vivido lo que es extinguirse lentamente y con sufrimiento físico, y esto sí me infunde miedo. Quisiera irme plácidamente y sin darme cuenta. Claro que esto es lo que firmaría cualquiera.

Si lo mejor de mi vida fue el nacimiento de mis hijos, esa presencia continúa, sigue ahí. Es muy grato comprobar que son buenas personas, que salieron trabajadores y han resuelto sus vidas junto a Francisco y a Esther, y he tenido ocasión además de comprobar de primera mano cómo les aprecian sus compañeros de trabajo. Por algo será.

Y tengo también el cariño de mis nietos, que no escatiman las ocasiones de demostrármelo. Como anécdota diré que con el mayor he desarrollado incluso un cierto sexto sentido de abuela: con solo verle la cara sé si tiene algún problema, aunque no pueda determinar de qué tipo y él lo disimule. Iván y David son bastante distintos, incluso físicamente. El primero, que con veintiún años ya es casi

un hombre, está loco por el deporte y prácticamente ha terminado la carrera de Educación Física, mientras David pasa bastante, aunque también practicó algunos. Y si el mayor es muy parecido en carácter al padre, en mi opinión el pequeño, que acaba de cumplir dieciséis años, ha heredado el de su madre, más tranquilo. Ahora los dos están todo el día enganchados al ordenador o a los otros trastos tecnológicos, como todos los chicos. Por fortuna, los dos son igualmente sanos: odian el tabaco y la bebida.

El pequeño, Alberto, que ya ha cumplido ocho años, ya dije que es un chaval de lo más espabilado. Empezó a leer muy temprano, va genial en los estudios, y ya ha ganado tres copas en una de sus aficiones preferidas: el ajedrez. Pero además es muy alegre y activo, siempre tiene que estar haciendo cosas. Le regalas un juego de construcciones, y en cuanto te descuidas ya ha montado lo que sea. No sé qué terminará siendo de mayor, pero ahora siempre se inclina por lo último que le haya llamado la atención. Hace un año pensaba ser paleontólogo, ahora está entusiasmado con los astros. Lo único que siento es que, al vivir más lejos que mis otros nietos, le veo menos y no puedo achucharlo con la frecuencia que me gustaría, pero disfruto cada momento que estamos juntos.

Ver crecer a mis nietos, y respecto a mis hijos poder seguir siendo testigo de cómo prosperan y luchan por su felicidad, y en general poder continuar dando cariño a unos y otros (y también a las amistades que cultivo) es el único deseo que me queda para el futuro.

He escrito estas páginas a espaldas de mi familia y temiendo un poco que cuando les entregue este libro piensen que he hecho una locura. Espero que entiendan que solo he tratado de recopilar para ellos, y para las

generaciones que continúen nuestros apellidos, muchos recuerdos y sentimientos que a veces no aparecen en las conversaciones diarias y podrían correr el riesgo de caer en el olvido. Pensé que valía la pena dejarlos por escrito. Confío en que lo vean así y les guste este humilde relato de una vida no extraordinaria pero sí distinta a todas las demás, y en la que ellos son también protagonistas.

POEMAS

MI PUEBLO

Pueblo mío que fuiste mi cuna
nací en tiempos en que estabas muy triste
te faltaban muchos de tus hijos
y a alguno ya jamás viste

Eran tiempos difíciles y angustiosos
pues la guerra a España atenazaba
no importaba de qué parte se estuviera
entonces entre hermanos se mataban

Fui huérfana antes de que me conocieras
mi padre fue uno de aquellos tus hijos
que dejaron, pueblo mío, aquí sus raíces
a la fuerza, sin haberlo ellos pedido

Mi niñez fue feliz y muy alegre
a pesar de ser un pueblo pequeñito
pues aquí recibí mucho cariño
de mi madre, mis abuelos y mis tíos

Amigas tuve de las que guardo recuerdo
cuando tus calles se llenaban de chiquillos
¡no importaba no tener ningún juguete!
No hacían falta, con poco nos divertíamos

En ese tiempo éramos muchos en tu seno
poco a poco te hemos ido abandonando.
No estés triste, te seguimos queriendo
y recordando, aunque estemos muy lejanos

Pueblo mío, eres sencillo, pequeñito pero bello
sobre todo para los que aquí nacimos
pues soñamos con volver a tu regazo
y será ya definitivo

CUENCA

Cuenca, ciudad hermosa y mágica
de historia y de belleza sin igual.
Eres única para todos los conqueses
que con orgullo debemos resaltar

Tienes las casas colgadas
que unidas van a tu nombre
y la Ciudad Encantada
que el mundo entero conoce

Punto de romanticismo es el puente de san Pablo
que nace en rocas talladas.
Es un paisaje de ensueño
parece un cuento de hadas

El Júcar pasa en silencio
bajo el puente san Antón
rindiendo culto y respeto a la Virgen de la Luz
como patrona de cuenca y madre del Redentor

Carretería es el centro
de esta preciosa ciudad
con la plaza de los Carros
y el parque de san Julián

También, en el casco antiguo,
se encuentra la catedral
fachada a plaza Mayor
y al palacio episcopal

En la Ciudad Encantada
parece todo un milagro
que con la erosión del agua
admirables esculturas se han creado

Cuenca tiene más encantos.
Rocas, ríos y pinares
donde el tiempo está dormido
con temor a despertarse

AGUA

Agua pura, transparente y cristalina
única para calmar al sediento
qué sería del mundo sin tu presencia
en tu ausencia no existiría el universo

No apreciamos suficiente tu valía
tal vez por tenerte en abundancia
sin pensar en los pueblos que te adoran
donde escaseas y les haces mucha falta

En el mundo te admiran por tu belleza
y contemplan cómo fluyen tus corrientes
en el mar tu inmensidad impresiona
en los ríos tu caudal cruza los puentes

Manantiales que nacen en todas partes
no importa sean valles o montañas
solo quieres alegrar con tu presencia
pues sin ti este mundo terminara

El murmullo que provocas al moverte
son canciones que adormecen los sentidos.
Clara y limpia, eres toda una belleza
no es así cuando te echan los vertidos

En las fuentes tu elegancia es magistral
a ti acuden muchos niños y viandantes
en sus manos te agitan y juegetean
pues les sirves de juguete y refrescante

¡Cómo luces en parques y jardines
cuando intentas elevarte al firmamento!
En cascadas no hay nada que a ti se iguale
tu presencia nunca falta en los eventos

AÑO NUEVO

Año Nuevo; con júbilo y alegría recibimos
le pedimos muchas cosas y esperamos
que la salud y la fortuna no nos falte.
Y olvidamos lo que ha sido del pasado

No pensamos que ese año que termina
es un año que has quitado de tu vida
es un tiempo que jamás vuelves a ver
y en tu mente siempre hay algo que no olvidas

Algún año te ha dejado mal recuerdo
una fecha que tú nunca olvidas.
Es el tiempo. No se para, sigue andando
y te anima a continuar

En la vida, si has vivido muchos años
habrás pasado Años Nuevos, Nochesviejas.
Si perdiste en el camino mucha gente
ya no sientas tantos miembros a tu mesa

Esa silla que está sola en la pared
y te indica que este año está vacante
es porque alguien de tus seres está ausente
y estas fechas te obligan a recordarle

La euforia y alegría que vivimos
cuando llega Nochevieja y Año Nuevo
solo existe en una etapa de la vida.
Con los años esa euforia ha terminado

EL AMOR

Amor de madre, amor profundo, incomparable
cariño que de las entrañas nace
tan hondo que jamás se extingue
y ni la muerte logra nunca separarle

El cordón umbilical que a ella nos une
cuando el seno maternal nos da la vida
vínculo entrañable, fuerte y puro
incomparable a cualquier otro que reciba

Ese afecto de los hijos a los padres
es distinto, y a veces interesado.
Pues si no complaces sus deseos
en ocasiones ese apego es olvidado

El amor de pareja es otra cosa.
Es algo que se encontró en la calle
y en él manda el atractivo y el deseo
con promesas de placeres más carnales

Afinidad muchas veces pasajera
rota pronto por causas inexplicables
lealtad trastocada en fuerte odio
busca siempre cómo más perjudicarse

MUJER

Tu cuerpo tan fino y esbelto
como el olmo en la alameda
deslumbra mi corazón
como el árbol a la pradera
de la cual toma sustento
para seguir deslumbrando.
Todos los que en ti se fijan
pensando ¡qué hermoso tallo,
quién pudiera ser su dueño!
Para poder contemplarlo
y tenerte entre mis brazos
y así seguirte besando

Tus ojos verdes turquesa
en mi pecho están clavados
pues por hijos que te tenga
nunca dejo de mirarlos.
Pienso que si no lo hiciera
alguien podría robarlos
y desprenderlos del cuerpo
del que estoy enamorado

Cuando el viento en tu cabeza
mueve tu pelo dorado
me siento aciago y celoso
de no poder evitarlo
y que no sean solo mis manos
las con derecho a acariciarlo

LA FAMILIA

La familia es como un árbol
se alimenta de sus raíces.
De ellas brotan muchas yemas
pero no todas iguales

En una misma familia
existe tal diferencia
que no parece que todos
sean de la misma esencia

Hay brotes que nacen fuertes
otros muy finos y endebles
unos darán buenos frutos
otros darán solo verde

Los hijos son nuestras herencia
los genes fueron los mismos
unos son buenos y amables
otros son degenerados

Un hijo bueno y generoso
es la bendición de Dios
pero si nace rebelde
una gran preocupación

Después nacerán los nietos
esquejes son de ese árbol
pero pueden cambiar mucho
al haber sido injertados

Los injertos en las plantas
le dan un cambio muy grande.
Pasa igual en la familia
cuando se mezcla otra sangre

LA NOCHE

Sombría, triste y oscura.

Así aparece la noche.

Todo parece distinto y nada se reconoce
cuando el día se termina y cede el paso a la noche

La noche es parte del día

pero nada comparable

la luz del día te anima a vivir con alegría

la noche te pone triste y causa melancolía

Las horas se hacen más largas, tal vez por la oscuridad
sobre todo si tu sueño no te quiere acompañar.

Esa noche del invierno parece no tener fin
al día tienen oculto y no le dejan lucir

Qué tristeza me produces, noche, cuando te acercas
pues no sé por qué motivo tu oscuridad me molesta

El silencio de la noche impone y causa respeto
sabido es que sus horas ocultan muchos secretos

Noches de lluvia y silencio

noches de nieve y de frío

noches de rugir el viento.

Qué duras para los mendigos

AMANE CER

La aurora marca en el cielo
con su claridad divina
anunciando con destellos
que ha llegado un nuevo día

En silencio nos susurra
que tenemos que luchar
que el astro Sol ha salido
y nos quiere despertar

La luna sumisa y sola
se oculta en el horizonte
esperando que este día
para ella traiga la noche

¡Qué lindos los días son
Si aprovechas con sentido!
No hay que malgastar el tiempo
sí cumplir lo prometido

Si el prójimo pide ayuda
sé generoso con él
una palabra sincera, con cariño y con amor
la vida puede alegrarte, y también el corazón

Recréate en tus trabajos
si tus sentidos conservas
tacto, oír , ver... a veces hasta sentir
es suficiente en la vida para que seas feliz

LA PRIMAVERA

Ya llega la primavera
cargada de bendiciones
alegrando con su fuerza
los campos y corazones

La savia vuelve a vivir
en las venas de las flores
los brotes del árbol nacen
y cantan los ruiseñores

Atrás se queda el invierno
que tanto nos deprimió
la lluvias, la nieve, el viento
en el recuerdo quedó

Los árboles ya se empiezan
a vestir para el verano
pues el otoño e invierno
los dejan muy despojados

En las praderas y campos
ya crecen flores y plantas
con las caricias del sol
que en la primavera avanza

Qué bonitos los jardines
parques, ríos y montañas
en los meses que esta dura
¡qué bonitas las mañanas!

La primavera es el tiempo
en el que todo se anima
es la fuerza que ella ofrece
para que siga la vida

El sol en la primavera
luce en el cielo sumiso
pues no quiere que sus rayos
dañen campos tan bonitos

La noche empieza a ser corta
pues ella quiere aportar
que el día tenga más horas
para poder contemplar

Es tan grande la belleza
que la primavera ofrece
que ninguna otra estación
tanta admiración merece

EL OTOÑO

Llegó el otoño, silencioso y muy sumiso
pues sabe que trae tristeza
que hay seres a los que aflige
con depresión y dolencias

Los árboles de los parques se entristecen
cambien sus hojas de color
del verde intenso que tenían
en amarillo y marrón

Van esas hojas cayendo
dejándolos desnudos y desolados
su savia se queda muerta
llegará la primavera. A resucitarlo

Por las mañanas la ciudad cubierta
de niebla solapada en los tejados
como una lluvia cernida
que evita al sol con sus rayos

Otoño de frutos secos
tal vez quiera así recompensarnos.
Nos muestra así que en él queda
algo de lo bueno que nos dio el verano

LA LLUVIA

La lluvia cae apacible resbalando en los cristales
parece traer silencio, nada se oye por las calles.
Es digna de admiración cuando llueve tan despacio.
Pareciera agua corrida, que todo lo va lavando

La lluvia en la primavera los campos hace brotar
floreciendo lindas plantas que podemos contemplar.
Sin la lluvia nada vive, o al menos no vive igual.
Ella nos brinda alegría si resbala en el cristal

Las plantas se reverdecen cuando la lluvia ha llegado
la reciben con anhelo; calma la sed del verano.
La ciudad cambia de aspecto cuando todo está lavado.
El aire se purifica, el aire que respiramos

Cuando una noche de otoño la oímos en la ventana
su ruido te hace sentir que te vigila, callada.
Ella cae mientras dormimos, despacio pero sin pausa
sabe que, sin su presencia, el mundo se terminara

A veces, enfurecida, el agua viene a raudales.
No sabemos los motivos, pero causa muchos males.
Las calles se vuelven ríos, llevándose por delante
todo lo que en ellas encuentra; parece nada importante
¡Tal vez sea porque hemos robado su cauce!

LA TIERRA

Naturaleza y belleza para deleitar los sentidos
nos brinda la madre tierra, y el lugar donde vivimos.
No apreciamos el planeta en el que estamos viviendo
como si de lo que ofrece, fuéramos nosotros dueños

Si pensáramos un poco lo que pasaría un día
si los mares se elevaran, teniendo gran mayoría.
Solo ocupamos un tercio en el mundo que habitamos
el resto son los océanos que de agua están formados

Nos proporciona el oxígeno con sus árboles y bosques
pero el hombre los destruye. Parece que nada le importe.
Produce los alimentos cual sustento de los vivos
no solo la raza humana, sino todo lo nacido

También nos regala el agua que todo ser necesita
brotando de sus entrañas, y de formas muy distintas.
Es causa de admiración, viendo nacer de su seno
a veces grandes caudales, para saciar al sediento

Gracias a su bondad, sin pedirnos nada a cambio
nuestros ojos pueden ver lo que la Tierra ha creado.
Sin la mano de los hombres hay paisajes tan hermosos
que ella nos brinda y ofrece, pidiendo ser cuidadosos

Mas no la respetamos, ni cuidamos del medio ambiente
prendiendo fuego a los bosques y ensuciando las corrientes
por ello el clima se altera. Pero no lo suficiente
para hacer ver al humano que solo es un ser viviente

LA VIDA

La vida es como una vela
si es hecha de cera virgen
extraída del panal donde la abeja obrera
de las flores trae el polen para cuidar a su reina

Esa labor tan intensa ha de hacerse con amor
pensando en el compromiso de formar un corazón.
Una nueva vida empieza, la mecha es la primera
si esa mecha no se pone, nunca encenderá la vela

Cuando venimos al mundo, la vela empieza a lucir
sin saber a ciencia cierta cuándo llegará a su fin.
La llama al principio es frágil, con esmero hay que cuidar
pues si el viento sopla fuerte, puede llegar a apagar

Los vaivenes que esta sufre, en lo que dura la vida
son a veces tan intensos como un barco a la deriva.
Lucha y lucha con tal fuerza, ante una gran tempestad
pasando grandes apuros hasta a la orilla llegar

Es un camino la vida el cual tenemos que andar
en pasos largos o cortos, pero con mismo final.
Mientras esa vela luce es porque sigue la vida
hasta que llega el momento que esa vela es consumida

A MI HIJA

Ya cumple cincuenta años
esa rama de mi tronco
que con amor y alegría
le dio su primer sustento

Cuando notas que en tu cuerpo
albergas un nuevo ser
el corazón se acelera
¡qué contento! ¡Qué placer!
Si con amor concebido
ya lo empiezas a querer

Qué puede causar más dicha
cuando dos seres se aman
que ver brotar un esqueje
por el que fluye su savia

El día quince de mayo
el día que ella nació
dos corazones latían
lentos de gran emoción

Con qué admiración miramos
el milagro de la vida
cuando por primera vez
vimos su linda carita.
El fruto de nuestro amor
trajo a este mundo esa hija

Hoy me siento muy dichosa

viendo mi árbol crecer.
Mis nietos llenan mi vida
alegrándome los días
camino de mi vejez

CON CARIÑO A MARTA

Una mañana de otoño
vino al mundo un querubín.
Era tan linfa y bonita
como jamás vi

Sus ojos lindos y azules,
azul como el mismo mar,
en su interior reflejaban
su gran valía y bondad

Su infancia fue muy feliz
en su hogar fue muy querida
pues además de sus padres
ahí sus abuelos vivían

Siendo aún muy pequeñita
cuando a mi casa pasaba,
le gustaba ver las flores
que tenía en la terraza

Con su candor infantil
sonriendo preguntaba
¿Puedo cortar una flor?
¡Quiero otra para mi hermana!

Cuando en las manos tenía
las flores que yo cortaba
con qué sonrisa y dulzura
con sus deditos mimaba

De adolescente dudaba
qué profesión elegir
pues los libros le aburrían
no la hacían muy feliz.

Marta ya no es una niña
está a punto de volar
del cobijo de sus padres
para formar un hogar

Te echaré mucho de menos
a pesar de mi alegría
por ver que todo transcurre
como tú te merecías

PARA MI TÍO, MANUEL NAVARRA

Cuando una vida se acaba
no se puede remediar.
La pena que al irse causa
el no poder verle más

Esa vida ya no existe, pero existe el más allá
para los que aquí quedamos y poderle recordar.
Gran suerte la de haberle conocido
disfrutar de su bondad como tío y como amigo

Aquí deja sus raíces, donde poder recordar
que existió un hombre bueno y con mucha humanidad
simpático, afable y grato con aquellos que trató
por eso él se ha marchado pero no su convicción

Tenemos que estar contentos por haberle conocido
y olvidar el dolor de despedirlo.
Se va, pero aquí nos deja algo que hay que agradecer.
Que siguiendo sus consejos, no nos fallará la fe

Creyente desde la cuna, de sus padres recibió
ese ejemplo con la gente que en su camino encontró.
Por ello fueron queridos tanto sus padres como él
y así será recordado. Con el nombre de Manuel

A LA VIRGEN DEL ROSARIO

A ti madre dirijo mis palabras
protectora de este pueblo
que te venera como virgen del Rosario
da igual el nombre que te pusieron

Solo existe una imagen, madre y reina
a pesar de los nombres que tú tienes
cada pueblo te celebra con el suyo
y confía en que así tú los proteges

Tan pura fuiste que hasta el cielo te elevaste
como rayo de luz al universo,
protegiendo a tus hijos bajo el manto
pues tu fe nos ayuda y da consuelo

El rosario invocamos con agrado
pues pensamos que a ti lleguen nuestros rezos.
Adoramos tu belleza y tu dulzura
tu grandeza cubre todo el universo

Tan hermosa que brillaste como estrella
siempre al tanto de tus hijos que te imploran
que los guíes, cuides y protejas
y tu luz ilumine a todas horas

LAS CAMPANAS

¿Por quién doblan las campanas,
a la salida del sol?
En el sonido mostraban
un gran gesto de dolor.

Cuando tocan de esa forma
tan tristes y desoladas
anuncian que de este pueblo
uno de sus hijos falta

El tañer de las campanas
nos anuncia muchas cosas
que no siempre serán tristes.
También las habrá gloriosas

Cuando era jovencita
repicaban las campanas
anunciando que a otro día
ya la fiesta comenzaba

También tocaban las doce
y entonces nos avisaban
¡tenéis que rezar el Ángelus,
que se acaba la mañana!

Ahora esos toques no existen
solo se le oye tocar
para anunciar que el domingo
es un día de guardar.

Tan solo un día repican
con emoción y alegría
cuando el Dios resucitado
va al encuentro de María

LA VIOLETA

La violeta es la flor
que nace en la primavera.
Se cría, crece y florece
entre arroyos y alamedas

Su tamaño es muy pequeño
su color le da su nombre
el aroma que desprende es tan fino y destacado
que el mundo entero conoce y además es cotizado

Su planta humilde y sencilla
se oculta entre la maleza
esperando que el buen tiempo
la primavera le ofrezca

Cuando florece es tan linda
tan humilde y delicada
que a pesar de su tamaño
es vistosa y admirada

De ella se escriben poemas
y se componen canciones
demuestra con su modestia
que llena los corazones

El ejemplo de esta flor
todo candor y humildad
quiere enseñarnos a todos
que hace falta la igualdad

LA AMAPOLA

Se están cubriendo los campos
todos con flores silvestres
y entre ellas, la amapola
la que más color ofrece

Tiene un rojo tan intenso
que cuando en el trigal florece
y el viento mueve la espiga
desde lejos puede verse

Es una flor muy sencilla
es silvestre, surge sola
sin que nadie la cultive
¡así crece la amapola!

En las sendas y caminos
también suelen abundar
acompañando a otras flores
de hermosura sin igual

Los campos están cubiertos, todo flores naturales
parecen lindos tapices de color inigualable.
Amarillo de la liria, blanco de la margarita
y verde de la pradera... ¡La amapola es la más vista!

EL ROSAL

La tierra te adoptó como su hijo
te acogió y cuidó con mucho esmero,
Sin exigirte nada te alimenta
como madre de sus senos

Frondoso y elegante creces
como lo hace una planta en el vivero.
Floreces en los patios y jardines,
por tu aroma y belleza te eligieron

En silencio esperas la primavera
para empezar a cumplir lo prometido
a llenar con tus ramas y tus flores
el sitio que para ti han elegido

Tus flores pueden ser de mil colores
todas bellas, grandiosas y elegantes
tu belleza marca a veces tu destino
pues te cortan y separan de tus raíces

En tus pétalos recibes el rocío
de la aurora que te invita a despertarte
con qué estilo muestras en tus hojas
los destellos, como brillos de diamante

Te eligieron como reina de las flores
eso muestra tu belleza y tu fragancia
pues no solo adornas donde naces
tu regalo muestra signos de elegancia

A las madres les regalan doce rosas.
Del libro sirves de acompañante
linda, preciosa pero sencilla
por lo cual todos tenemos que admirarte

En tus tallos, espinas muy visibles
te protegen, aunque no lo suficiente.
Solo anuncias a la mano que te corta
que al hacerlo ya tu muerte es evidente

EL OLIVO

Árbol perenne, vigoroso y muy longevo
con virtudes que ningún otro le iguala.
Árbol sagrado en culturas muy diversas
milenario y de paz para la raza humana

Sus frutos tienen muchas propiedades
la humanidad por todo ello lo venera
su imagen es robusta, de árbol fuerte
y su retorcido tronco da firmeza a su madera

Luz en los tiempos más remotos
con su aceite se alumbraban iglesias y cabañas
salud y medicina guardan sus hojas
los eventos se adornaban con sus ramas

Su elegancia se destaca donde vive
árbol donde Jesús oraba.
Solo él y el cobijo de sus ramas
escucharon en silencio su plegaria

Sus ramas tienen mucha relevancia
el Domingo de Ramos y de palmas
bendecidas como algo que es sagrado
los cristianos conservamos su añoranza

Verde fuerte es el color de sus hojas
oro líquido el que sus frutos nos regalan
veteada y muy valiosa su madera
si por manos expertas trabajada

LA PALABRA

Es tan bella la palabra
dicha siempre con ternura.
Calma, anima y tranquiliza
a quien atento la escucha

Es la palabra merced
que Dios regaló a sus hijos
teniendo gran relevancia
la forma en la que la usamos

Tanto es el poder que tiene
si antes de hablar la pensamos
que puede amansar las fieras
o enfurecer al humano

Pronunciada, una palabra
según el tono de voz,
puede no ser ofensiva
o causar mucho dolor

¡Qué agradable y dulce suena
de los labios de un poeta!
Como escuchar las canciones
que de palabras son hechas

Esa nana que una madre
canta o susurra al bebé...
vemos que el niño se calma
escucha la melodía con carita de placer

EL LIBRO Y LA SOLEDAD

Soledad que llegas sin llamarte
tu presencia casi nadie la agradece
si no fuera por amigos como el libro
el silencio se apodera de tu mente

Gracias al libro nuestro tiempo es llevadero
él nos habla de todo cuanto queramos
nos orienta y soluciona algún problema
si estás sola ¡no dejes de consultarlo!

Cuando erguido luce en la librería
esperando que decidan cualquier tema
no se enfada, no protesta si lo ignoran
ni se queja el escritor que lo pariera

En el libro encuentras todo lo que quieras
testigo de cuanto en el mundo existe
él te anima y te dice entre sus líneas
“no estás sola, no debes sentirte triste”

Y si quieres informarte de otras cosas
no dudará en servirte informaciones
en su seno los talentos marcan todo.
Capitales, monumentos y atracciones

Es amigo, compañero y hasta amante
el amigo que jamás te traiciona
que te entiende, te soporta sin enfado
y al que recurres cuando tú te sientes sola

Compañero de viaje a todas partes
no protesta jamás donde le lleves.
En el bolso, en la maleta, en tu regazo
orgullosa de sentir que le prefieres

Como amante es humilde y bondadoso
complace que te acompañe hasta en tu sueño
sus historias te ayudan a que este llegue
te aconseja que olvides malos recuerdos

